G. M. D.

LA RUSIA TENEBROSA

Obras de la misma colección

—

La Rusia Roja
(Lenine)

Rusia Nueva
(Trotsky)

WORSKY - RIERA

LA RUSIA TENEBROSA

(RASPUTIN)

EDITORIAL «ORBIS»
Calle de Enrique Granados, 110. – BARCELONA

Derechos de traducción, reproducción y adaptación reservados para todos los países-Copyright Joaquín Gil in 1928

Printed in Spain

PRÓLOGO

"Soberano, nosotros, los obreros, nuestros hijos, nuestras mujeres y nuestros padres, viejos y débiles, acudimos a ti, soberano, en demanda de protección y justicia. Estamos reducidos a la miseria, se nos oprime, se nos abruma con un trabajo superior a nuestras fuerzas, se nos injuria, no se quiere reconocer que somos hombres, se nos trata a fuer de esclavos que deben soportar su suerte y callar. Hemos sufrido; pero se nos precipita más y más en el abismo de la indigencia, de la servidumbre y de la ignorancia. El despotismo y la arbitrariedad nos aplastan; nos ahogamos. ¡Las fuerzas nos faltan, soberano! Se ha llegado al límite de la miseria; estamos en este momento terrible en que la muerte es preferible a la prolongación de tormentos insoportables."

Tal es el comienzo de la famosa petición de los obreros de Petersburgo. En ella, la amenaza revolucionaria del proletariado suena entre la súplica de los súbditos desvalidos. Siguen luego unos párrafos en los que se enumera todo el daño recibido y se expresa cuanto debe hacerse para cambiar una situación tan desesperada. Se pide una amnistía, libertades públicas, separación de la iglesia y del estado,

la jornada de ocho horas, el salario normal, la cesión progresiva de la tierra a los campesinos y la convocación de unas Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal.

"He aquí, soberano, las principales necesidades que sentimos. Ordena y jura satisfacerlas y así harás la Rusia fuerte y gloriosa, imprimirás tu nombre en nuestros corazones y en el corazón de nuestros hijos y nuestros nietos por siempre jamás. Si te niegas a oír nuestra súplica, moriremos aquí, en esta plaza, ante tu palacio. No hay otra salida para nosotros; no podemos acudir a otra parte. Ante nosotros, sólo quedan dos caminos: o hacia la libertad y la dicha, o hacia la tumba. Indícanos, soberano, el que debemos elegir y lo seguiremos sin replicar, aun cuando sea el que conduce a la huesa. Sacrifíquese nuestra existencia en aras de Rusia agotada por tan atroces tormentos. No sentiremos tal sacrificio y lo ofreceremos sin vacilación alguna."

La petición sirvió para iniciar una acción revolucionaria. Si el emperador accedía a lo que le pedían sus súbditos y otorgaba libertades y reducía la jornada de trabajo, el movimiento revolucionario estaba ya en marcha. El autócrata, tomando partido por el pueblo contra los ministros, la burocracia y la Okhrana abría un período de nueva política; si se oponía a los deseos de los proletarios y de los liberales, las masas obreras se levantarían ante la monarquía en son de guerra.

Los acontecimientos que forman el prólogo de la revolución de 1905, se sucedieron con rapidez extraordinaria. El día 3 de enero estalló la huelga en los talleres Putilov; el 7, holgaban 150,000 obreros; el 10, más de 200 mil; el 13 se reanudó el trabajo. Pero entre el primer día de la huelga y el último, existió el 9, de fatídica memoria para los proletarios y para la monarquía. Quizá, sin los millares de víctimas de aquel día, se retardara la revolución o no tomara un carácter tan sangriento.

El 9 de enero era domingo. Se escogió tal fecha para que los obreros todos de Petersburgo, en manifestación, fueran a entregar la petición al emperador en el palacio de invierno. El gobierno sabía perfectamente que los obreros tenían tal propósito y le constaba que Nicolás II rechazaría de plano cuanto le pedían sus súbditos. Y nada hizo para evitar la efusión de sangre. No la evitaron tampoco los jefes revolucionarios que prepararon la manifestación. Pensaban que la matanza de unos miles de obreros sería la gota que hace rebosar el vaso, y no se equivocaron; pero cometieron la atrocidad de acosar a los desdichados hasta el punto donde se les debía fusilar a mansalva. Los ministros y los jefes revolucionarios son igualmente responsables de la sangre derramada.

La manifestación se puso en marcha. Los obreros llevaban sus trajes de las fiestas, iban sin armas. No tenían propósitos de lucha.

A última hora, Trepov organizó la distribución de tropas y cuando la manifestación llegó casi a la vista del palacio de invierno, los jefes dieron una orden y los soldados descargaron sus armas contra aquella muchedumbre inerme, en la que había mujeres y niños.

Huyeron los desdichados; pero las balas corrían más que ellos, y en pocos momentos, en menos de dos minutos, causaron millares de víctimas. Fueron recogidos del arroyo 720 cadáveres; hubo más de 5,000 heridos.

El poder constituído triunfaba, al parecer. En realidad, había firmado con sangre, con sangre ajena, un documento ejecutivo a largo plazo, cuyo pago se le exigiría. Ese pago se exigió en las jornadas de marzo de 1917.

La carnicería de Petersburgo produjo indignación profunda en Rusia entera. Los proletarios de 122 ciudades y poblaciones, los de muchas minas del Donetz y los em-

pleados de diez Compañías de ferrocarriles, se declararon en huelga.

Consiguieron las autoridades reprimir el movimiento huelguista a fuerza de rigor y se creyó que todo había concluído; pero no fué así. Bajo la ceniza ardía el rescoldo.

El 19 de septiembre, los cajistas de la imprenta de Sytin, de Moscou, se declararon en huelga. Esta bastó para producir la huelga política general en Rusia entera. El 24 holgaban cincuenta imprentas. El jefe de policía atribuyó la culpa al consejo (soviet) de los delegados obreros, procedió contra ellos y creyó haber vencido. Pero los panaderos declararon la huelga y Moscou quedó sin pan. Las fábricas cerraron sus puertas, porque los obreros no acudían a ellas. El primero de octubre, todo parecía terminado; pero el 2 holgaron los cajistas de Petersburgo. Después, algunos talleres de metalurgia. Mas el 7 casi todos trabajaban.

De pronto, cunde la alarma. Los ferroviarios proclaman la huelga general. Moscou queda aislado. El Gobierno recibe telegramas de Nidjni Novgorod, Riazan, Venev Kachira, clamando contra el aislamiento.

El 9, a medida que se extiende la huelga, reúnese el Congreso de los delegados ferroviarios en Petersburgo y decide pedir la jornada de ocho horas, las libertades cívicas, la amnistía y Cortes Constituyentes.

La huelga de los ferroviarios se extiende y el 16 es completa. Todo el ejército de los ferroviarios, 720,000 hombres, huelga. Muchas líneas telegráficas no funcionan, los correos se niegan a admitir correspondencia.

El mismo día 16, la huelga de todos los oficios es casi general en Moscou, Orenburgo, Tiflis, Reval, Kursk, Kharkov, Samara, Poltava, Saratov, Kalisz, Gomel, Petersburgo Minsk, Simferopol, Vilna, Batum, Odessa, Irkustk, Riga, Libau, Pskov, Kazan, Dvinsk, Tomsk, es decir, en las principales ciudades de Rusia. En algunos puntos los ju-

rados se niegan a juzgar, a informar los abogados, a curar los médicos.

En muchas ciudades se organizan mitines. Los ministros no saben qué hacer. Las calles y plazas están llenas de patrullas de infantería y caballería. Los cosacos acometen a sablazos y latigazos sin previo aviso. La muchedumbre se dispersa en un punto para reunirse en otro. En Kharkov, al salir de un mitin, la multitud se apodera de un almacén de armas. El día 11 de octubre, obreros y estudiantes levantan barricadas. El mismo día, otras barricadas aparecen en Ekaterinoslav. La tropa intenta tomarlas y es rechazada la primera vez; pero la segunda logra su objeto y después de un combate encarnizado domina a los sublevados.

El 16, es Odessa la que resiste; pero por pocas horas. Los soldados vencen aquella resistencia y renace la calma.

Lo que se había predicho por liberales y por reaccionarios, se realiza. El país entero se estremece. La vida normal se ha paralizado. El comercio y la industria parecen haber desaparecido. Toda actividad bienhechora ha muerto. Sólo existe la actividad revolucionaria.

El viejo Suvorin lo había predicho en la "Novoie Vremia":

"Sin algunas reformas y concesiones, la revolución amenaza y cada día avanza. Ténganlo entendido los que quieren y deben evitarla."

Trotsky. que en aquella época empezaba a figurar entre los revolucionarios, escribía en febrero de 1905: . . .

"Después del 9 de enero la revolución no se detendrá. Ya no se limita a un trabajo de zapa, oculto a los ojos, para levantar nuevas capas; ha empezado a reclutar sus compañías y batallones a la faz del sol. La fuerza principal de esta tropa inmensa está constituída por el proletariado he ahí porqué la revolución procede al llamamiento de sus soldados por la huelga.

"Unas después de otras, ciudades, fábricas, profesiones abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento; las vías férreas sirven de ruta a esa epidemia. Se formulan exigencias económicas que se satisfacen, en todo o en parte. Pero ni el principio ni el fin de la huelga dependen por entero de las reivindicaciones presentadas ni de su otorgamiento. La huelga se ha iniciado no porque la lucha económica haya llegado a exigencias determinadas, sino porque se elige varias exigencias y se las formula, porque hay necesidad de que haya huelga. Se necesita, para saber a punto fijo con qué fuerzas se puede contar y hasta qué punto están dispuestas a ir y si tienen ardor combativo. Es necesario pasar una revista general de la nación. Los mismos huelguistas y los que les sostienen, y los que simpatizan con ellos, y los que les temen y que les odian—todos comprenden o sienten confusamente que esta huelga furiosa, que corre locamente por todos los ámbitos del país y pasa como un torbellino—todos comprenden o sienten que no obra por sí misma, sino que cumple la voluntad de la revolución que la envía. En el campo de operaciones de la huelga, es decir, en toda la extensión de Rusia, alienta una fuerza amenazadora, siniestra, cargada de insolente temeridad.

"Desde el 9 de enero, la revolución no se detiene. Sin cuidarse de guardar el secreto de su estrategia, abierta y bulliciosamente, pisoteando las rutinas habituales, rompiendo toda traba, nos lleva hacia su apogeo."

Tan evidente era que la revolución iba a subvertir cuanto se consideraba firme y bien asentado, que el Gobierno cedió.

El 17 se promulgó el célebre manifiesto; Witte ocupó la presidencia del Consejo. Durante la noche del 17 al 18 el pueblo, formando compactos grupos en Petersburgo, pidió la amnistía. La causa de la libertad había triunfado parcialmente, pues el emperador hacía concesiones.

No fué, como alguien ha dicho y mucha gente ha creído después, una victoria alcanzada por los obreros. Fué el triunfo de la burguesía y de los obreros; de cuantos se ahogaban en la atmósfera de despotismo "no ilustrado".

Entonces fué cuando se organizó el consejo o "soviet" de los obreros de Petersburgo, que sirvió de modelo a otros que seguidamente se fundaron en Moscou, Odessa y otras ciudades. Aquel "soviet" de delegados obreros tuvo influencia decisiva desde los primeros momentos de estar constituído.

El "manifiesto" expresaba la aflicción que sentía su corazón paternal ante aquellos disturbios y afirmaba que el dolor del pueblo era su dolor. Luego prometía todas las libertades compatibles con el orden, el derecho legislativo para la Duma y la extensión del derecho electoral.

El conde Witte fué el mensajero de la capitulación de la autocracia, como lo fuera de la capitulación con los japoneses.

Una cosa es predicar y otra distinta dar trigo. Apenas se hubo calmado la excitación popular, se vió claramente que las promesas hechas sólo a medias se cumplían. Se había otorgado la libertad de reunión; pero los soldados estaban a la puerta de los locales; continuaba la censura, a pesar de la libertad de palabra; se otorgaba los derechos personales y las cárceles rebosaban; se nombraba primer ministro a Witte liberalizante, pero se le adjuntaba Durnovo, el peor reaccionario de Rusia; se concedió una amnistía, pero restringida.

Quince días después de terminada la huelga de octubre, el soviet de los delegados obreros invitó a otra huelga que debía estallar el 2 de noviembre, a mediodía. Cesaron en su trabajo las fábricas y talleres; pero los ferrocarriles y el tráfico rodado de las ciudades continuó.

La escuadra del mar Negro se subleva y es sometida. Los campesinos del gobierno de Saratov se reparten las

tierras señoriales, queman las casas de los barines, se apoderan de los útiles de labranza y de todo el ganado. En otros gobiernos cunde la agitación de los agrarios. El Gobierno no puede enviar tropas a todas partes; pero en algunos puntos hace escarmientos tremendos. El 26 de noviembre fué encarcelado Khrustalev, presidente del soviet de obreros. El día 30 se proclamó el estado de guerra en Kiev y en los gobiernos de Livonia, Saratov, Penza, Simbirsk y Tchernigov. El 2 de diciembre se suspenden ocho periodicos que publicaron el "Manifiesto financiero del soviet", documento en el cual se evidenciaban las malversaciones de los ministros y altos empleados

El 7 de diciembre el soviet de Moscou decide, de acuerdo con los partidos revolucionarios, proclamar la huelga política general. Los delegados de 29 lineas férreas decidieron apoyar esa huelga. En Petersburgo se inicia la huelga el 8; pero el 12 termina.

En Moscou, la huelga comprende más de 100,000 obreros desde el primer dia. El 8 llegan a 150,000 los huelguistas, entre la ciudad y los suburbios. Muchos obreros están armados. Formando grupos numerosos, desarman a los policías. El que resiste, muere. Los regimientos y escuadrones han recibido órdenes severas. Allí donde se acomete a la policia, intervienen los soldados y disparan sin previo aviso.

Se levantan barricadas en muchos puntos. Los choques entre huelguistas y soldados se suceden y menudean. Allí donde la infanteria no puede romper de tenazón la resistencia, acuden los cañones y disparan. Lo que no pueden hacer los fusiles, lo realizan las ametralladoras.

La lucha duró nueve dias: del 8 al 17 de diciembre. Los regimientos de la guardia y la artilleria, disparando durante ocho horas seguidas contra el barrio de Presnia, produjeron estragos, causaron millares de victimas. La insurrec-

ción estaba domada, aniquilada, al terminar el 17 de diciembre.

En las demás ciudades donde hubo barricadas y lucha se resistió menos que en Moscou; pero se luchó también y cayeron víctimas. Además de éstas, cuyo número no se puede precisar, por los documentos encontrados en los ministerios en 1917, se sabe que fueron detenidos, encarcelados y deportados a Siberia, 73,312 hombres.

El 27 de abril de 1906 se convocó la primera Duma de Estado. Se creyó que la revolución estaba vencida. Continuó la tiranía. El prólogo del inmenso, del terrible drama, había acabado. En silencio y en la sombra se preparaba la revolución de 1917.

CAPITULO PRIMERO

ESTALLA LA GUERRA

Si no recuerdo mal, mediaba junio de 1912. Estaba rendido de andar y correr por los bosques que se extienden por la orilla izquierda del Dnieper, cerca de Cherkasy. El cansancio y el calor me hicieron encontrar como blanda cama la tierra negra sobre la que me tumbé cuan largo era, dejando a un lado el zurrón, cargado de caza, y la escopeta que me permitió conquistarla.

Me dormí casi en seguida sin cuidarme de los insectos que volaban en torno y de los que curioseaban subiéndose por las ropas y paseando sin reparo por mis manos y cara. Pero a los dieciséis años puede más el apetito que la fatiga. Esta desaparece con rapidez y aquél aumenta en igual medida. De aquella mengua y de este crecimiento resultó que desperté pronto, decidido a ir a comer a mi casa, pues debía de ser más de mediodía.

Iba a incorporarme, cuando oí voces de mujer y vi que pasaban cerca de mí dos muchachas de mi edad o poco menos, acompañadas de un criado y de un mastín enorme.

Eran las hijas del barin cuya propiedad, de miles de deciatinas, lindaba con la mísera hacienda de mi padre.

Para no saludar me hice el dormido. Me miraron al

pasar. Ambas eran lindas y como hechas a torno. Una de ellas, la mayor, Ana, tenía empaque de gran señora; la menor, Olga, era más alegre, parecía más franca. Yo las conocía de verlas los domingos en la iglesia. Ellas no habrían reparado jamás en mí.

Tan pronto como hubieron pasado me levanté de un brinco, cogí morral y escopeta, me encaramé a lo alto de un ribazo, mientras las jóvenes seguían por lo hondo, sin duda para tener más sombra, y estaba poco más o menos a su altura, ellas en la torrentera y yo en el bosque, invisible, cuando Ana dijo:

—Es un mujik.

—Es un estudiante; lo sé. Y buen mozo por cierto.

Ana preguntó al criado:

—¿Conoces a ese muchacho?

—Sí, señora.

—¿Verdad que es hijo de mujik?

—No, señora. Su padre, Alejo Constantinovitch, tiene un bosque, unos campos, junto al encinar del barin.

—¿Ves, testaruda?—exclamó Olga, la graciosa morenilla que me diputó buen mozo.

Momentos después había perdido de vista a las muchachas; pero no perdí el recuerdo de ellas, ni entonces ni en mucho tiempo. Un hombre olvida con frecuencia a una mujer de quien cree estar enamorado; pero recuerda casi siempre a la que presume que le encuentra listo, agradable o de su gusto.

El próximo domingo me acicalé lo mejor que supe y pude, y me las compuse de modo que tropecé con el barin y sus dos hijas a la entrada y a la salida de la iglesia. Me convencí de que Olga era una preciosidad, una golosina, una niña de todas prendas y me cercioré igualmente de

que me miraba a menudo y a hurtadillas y que desviaba la mirada cuando temía que yo fijara mi vista en ella.

A pesar de la enorme diferencia social que mediaba entre un estudiantillo hijo de un propietario pobre y la hija de un barin opulento, Olga me gustaba mucho y yo no le desagradaba a ella.

Poco duraron las miradas. Un día supe que el barin y sus hijas habían marchado a Suiza. Cuando yo fuí a Petersburgo, ellas aun estaban en el extranjero. Me consolé pensando que el año próximo podría verlas.

No fué así. Aquel año ni siquiera estuvieron unos días en su propiedad de Poltava. Volví a la capital a proseguir mis estudios y confieso que poco a poco iba olvidando a Olga, pues pensaba de continuo en la revolución de que hablaban todos mis compañeros y que yo deseaba tanto como ellos.

A primeros de agosto de 1914, cuando Alemania hubo declarado la guerra a Rusia, ciento doce estudiantes de la Facultad de Leyes nos alistamos en calidad de voluntarios en el regimiento de Volhinia. Ninguno de nosotros nos sentíamos patriotas, puesto que deseábamos acabar con el despotismo, que tanto daño causaba a nuestra patria; pero creímos que entrando en las filas del ejército podríamos hacer prosélitos entre los campesinos e inspirar a los demás el aborrecimiento que sentíamos por el Czar y por su camarilla.

He de confesar que la guerra era popular en Rusia. Los periódicos se habían arreglado de modo que hicieron creer que debíamos acudir en auxilio de los *bratuchki,* es decir, de los eslavos de los Balkanes. Entre los revolucionarios se esperaba mucho de ella. Una derrota completa de los ejércitos del Czar, ocasionada por los latrocinios de los generales, jefes y oficiales y por su ineptitud reconoci-

da, debía iniciar el principio de una revolución, como la de 1905 que estalló a consecuencia de los disparatados planes de campaña de Kuropatkin y de la torpeza de los generales que tenía a sus órdenes.

Los estudiantes que nos habíamos alistado convinimos en procurar que se nos nombrara sargentos lo antes posible. De ese modo tendríamos sobre el tropel de campesinos el ascendiente que proporciona una instrucción mediana sobre los ignorantes y el prestigio de los primeros galones sobre los que no debían conocer de la existencia y del ejército sino las miserias y los dolores.

No nos fué difícil alcanzar lo que nos proponíamos. Aun sin desearlo, se nos nombraba sargentos, pues la inmensa mayoría de los que la movilización llamó a las filas eran analfabetos y no podían aspirar a dirigir a un grupo siquiera de sus camaradas.

Los campesinos, al principiar la guerra, tenían una confianza absoluta en los jefes y oficiales. Les veían tan bien ataviados y tan bien atendidos por las autoridades y particulares ricos de los pueblos y ciudades; hablaban en un tono tan enérgico; decidían con tanta rapidez de lo más difícil; se mostraban tan seguros de sí mismos y despreciaban tan profundamente—¡vayan ustedes a saber por qué!—a los infelices que tenían a sus órdenes, que los quintos les veneraban como iconos semovientes y eran capaces de estrellarse contra un muro o de arrostrar inermes el fuego de cien baterías de cañones de tiro rápido si aquellos hombres superiores se lo ordenaban.

Esto explica la furia con que nos lanzamos contra los alemanes que defendían la Prusia Oriental y les hicimos volver las espaldas en los primeros encuentros. Los alemanes han pretendido que se debían nuestras victorias a la superioridad numérica. Puedo afirmar que en muchos com-

bates y escaramuzas peleamos contra mayor número de enemigos y que triunfamos, sin embargo. Cierto es que los alemanes tenían menos gente; pero como sus jefes sabían manejarla con maestría, acumulaban soldados donde convenía; pero casi siempre éramos nosotros los que, siendo mejores, llevábamos la mejor parte en la contienda. La confianza en los jefes es el factor más importante para decidir la victoria.

Tan rápido fué nuestro avance y tan grave la amenaza que para Alemania representábamos los invasores, que se sacó tropas de Francia y, por ocho líneas distintas y convergentes, se llenó Prusia Occidental de soldados, cañones y ametralladoras.

Entonces tuvimos que retirarnos, después de pelear como buenos, y empezamos a saber lo que significaba la derrota. Carecíamos de reservas que nos apoyaran y de posiciones adecuadas para contener el ímpetu del enemigo y por primera vez faltaron víveres, y en más de una ocasión, a causa del latrocinio de los intendentes, nos vimos obligados a saquear las casas donde se nos alojaba.

Los generales, por otra parte, maniobraban como pudiera haberlo hecho un recluta. Se empeñaban en atacar cuando apenas era posible defenderse; rompían el contacto de unos ejércitos con otros y por el hueco se colaba el enemigo y nos batía por separado.

Tan mal lo hacía Rennenkampf, que fué acusado de traición. Su origen alemán inducía a sospechar de él. Sus maniobras desdichadas le acusaban. Los alemanes nos perseguían, nos acometían siempre que intentábamos reaccionar y sabían proporcionarse la ventaja del número en el punto que atacaban con empeño, y la mayor todavía que representa tener siempre a mano artillería en abundancia y municiones a discreción.

Para consolarnos, se nos decía que en Galitzia obtenían las armas rusas espléndidas victorias sobre los austrohúngaros; que habíamos invadido una quinta parte del Imperio; que teníamos en nuestro poder más de cien mil prisioneros. Pero a nosotros nos tocaba la de perder.

Se destituyó a Rennenkampf, sin que cambiara poco ni mucho la situación. El enemigo se había convertido de invadido en invasor; de vencido en triunfador.

En aquella campaña desdichada, que duró dos meses, padecimos toda suerte de calamidades, y los pocos que pensábamos, advertimos que la guerra estaba perdida, pues era imposible que peleara con éxito, contra un enemigo bien pertrechado e instruído, un ejército que no tenía organización ni buenos jefes, ni servicios auxiliares. Del mismo modo que media docena de cazadores armados de rifles acaban con una manada de elefantes, de igual modo, los alemanes darían fin de nosotros más o menos tarde.

Por fin pudimos descansar. Mi regimiento pasó a Petersburgo y de allí fué dirigido a Vilna, Grodno y Bielostok En sus cercanías esperamos la acometida de los alemanes, que venían en demanda de Varsovia. El gran duque Nicolás Nicolaievitch sería tan disipado y mala persona como sus parientes, pero era un gran jefe, un excelente general y, a no ser por la traición de Sukhomlinov, que había paralizado las fábricas de municiones, hubiéramos triunfado en aquel forcejeo espantoso que duró desde el 15 de noviembre a igual fecha de diciembre.

Atacaron los alemanes con sus dos ejércitos noveno y décimo desde la línea de Wartha. Adelantaron buen trecho sin que pudiéramos contenerlos; pero al llegar a la línea del Bzura se estrellaron contra la resistencia de quince divisiones rusas que no retrocedieron un palmo y acogieron al enemigo con un fuego tremendo de fusiles,

ametralladoras y cañones. Los tudescos se empeñaron en romper nuestra línea para penetrar en Lodz y atacaron catorce veces, cinco de ellas formados en columna cerrada, en contacto unos hombres con otros, como una cuña. Las ráfagas de metralla segaban las primeras líneas de soldados, que caían para no volver a levantarse, y por encima de los cadáveres pasaban las demás líneas, que caían a su vez, formando una barricada de carne humana de la que escapaban alaridos de dolor que oíamos a pesar del estruendo de la artillería.

Cuando se retiraban por décimacuarta vez, vencidos e incapaces de reanudar una ofensiva, cinco divisiones rusas, de las que forma parte mi regimiento de Volhinia, se arrojan enardecidas contra los que se retiran y les obligan a volver la espalda y a repasar el Wartha, acosándoles hasta rebasar la frontera de Alemania.

Una vez en su tierra, reaccionan los vencidos, reciben refuerzos numerosos. El décimo ejército trata de envolver nuestra línea por Wielun; pero es rechazado con grandes pérdidas. El noveno, mandado por Mackensen, acometió entonces con ímpetu, apoyado por una artillería numerosa y bien servida y consiguió romper el centro de nuestra línea en el nordeste de Lodz y lanzó 80,000 hombres por el boquete abierto entre Brzeziny y Tuszin. Pero los rusos tapan el desgarrón y los de Mackensen quedan envueltos. Los alemanes pelean con energía desde el 22 al 30 de noviembre; sufren enormes pérdidas; pero al fin se apoderan de Strykov y salen de la ratonera en que cayeran. Entraron 80,000 y salieron 35,000; pero evitaron rendirse y nos ocasionan más de 15,000 bajas.

Hindenburg pretende conseguir la ruptura definitiva de nuestra línea; pero después de lanzar repetidos ataques de columnas cerradas, nada consigue, y los combates de

Lovics, Skiernewicz y Sochazew le cuestan más de 40 mil hombres sin resultado alguno.

Había llegado el invierno, y los alemanes cesaron en sus ataques, comprendiendo que cuanto más avanzaran, peor sería su situación. Nuestras tropas, a causa de la escasez de líneas férreas y de material móvil, habían tenido que resistir marchas forzadas, y empezaban a escasear las municiones. Hubo, pues, un alto en la guerra.

CAPITULO II

LA RETIRADA

Durante los meses de invierno, desde diciembre de 1914 a fines de abril de 1915, apenas hubo operaciones de guerra. Alemanes y rusos estábamos atentos tan sólo a defendernos contra el frío, a reparar las pérdidas sufridas, a reorganizar las unidades que quedaron poco menos que en cuadro y a reunir a retaguardia del frente armas y municiones en abundancia para cuando se reanudaran las hostilidades.

No sabían los soldados lo que sucedía en las ciudades rusas; pero nosotros, los estudiantes, teníamos noticia de ellos. Nos constaba que todo el dinero que los franceses e ingleses habían puesto a disposición del Gobierno para que pudiese hacer frente a las necesidades de la lucha, iba a parar al bolsillo de los ministros y altos empleados civiles y militares, que derrochaban sin tasa y se enriquecían de un modo escandaloso, mientras los combatientes—como ocurrió en Manchuria—carecíamos de lo más preciso.

Carecíamos de mantas para abrigarnos de un modo debido, de medicinas, de tiendas de campaña, de ambulancias sanitarias, de médicos y cirujanos. La humedad

persistente de las trincheras y aun de las casuchas de las aldeas, engendraba fiebres que causaban miles de bajas todos los meses y no había quinina para combatirlas, sino en muy contados puntos, allí donde la línea pasaba cercana a las ciudades. El descuido de jefes y oficiales, la conducta infame de los médicos militares, hacía que más de 50,000 soldados estuviesen tiritando de frío y de calentura en el suelo, muriendo sin auxilio, a no ser el de los camaradas, que no era de ninguna utilidad, desgraciadamente. La incuria de todos permitía que aquella misma humedad que causaba las fiebres deteriorara de tal modo la artillería, que la mitad y aun más de los cañones que figuraban en buen estado de servicio no podían prestar ninguno, pues los cierres no funcionaban y era imposible servirse de las piezas para ofender y para defenderse. ¿Cómo se comprendía que los cañones alemanes y austriacos funcionaran de un modo normal y los nuestros quedaran inservibles al poco tiempo de salir de las fábricas? Es que mientras las fundiciones de Skoda y de Krupp empleaban el metal que se requería para que los cañones tuvieran la duración deseada, en las fundiciones rusas el metal era de tan mala calidad que se estropeaba en seguida, lo mismo cuando disparaban las piezas que cuando la humedad las corroía.

No estaban tampoco en buen estado los fusiles. La mitad de ellos, cuando menos, por defecto de construcción, no servían para hacer fuego eficaz. Disparaban, sí, los cartuchos; pero las balas iban a parar a todas partes menos donde era preciso que diesen. Las municiones eran tan deficientes como los cañones y los fusiles. Y la comida era peor que las municiones.

Causaba lástima y grima ver cómo se llevaba al degolladero a millones de hombres jóvenes y robustos. Se

les arrancaba de sus casas y se les llevaba al frente a hacer número, a que se opusieran al avance del enemigo sin darles medios de defender su vida, sin que pudieran cobrar la del contrario.

En la recluta de los soldados reinaba el mismo desbarajuste que en todo lo demás. Mientras que de una aldea se llevaban las comisiones de los cuerpos diez o doce reclutas que estaban casados y tenían hijos y habían cumplido a lo mejor veinticinco y treinta años, quedaban tranquilamente en la misma aldea mozos de veinte y veintidós años, solteros y en buenas condiciones para empuñar las armas. ¿Por qué? Las autoridades y las comisiones habían embolsado unos puñados de rublos y la cosa ya no tenía remedio.

En Crimea fué tan escandaloso y repetido el abuso, que en varias poblaciones estallaron motines y murieron a manos de los aldeanos las comisiones reclutadoras y las autoridades locales. Los periódicos no pudieron decir una palabra de ello, por la sencilla razón de que se lo prohibió la censura.

Sabíamos también que el rasputinismo estaba floreciente como nunca. Gricha era el verdadero czar de todas las Rusias, pues mandaba en la Emperatriz y ésta disponía a su antojo de Nicolás II.

Todas esas iniquidades palmarias, incontrovertibles, las explicábamos a nuestros compañeros de armas y hasta los más cerrados de entendimiento, los desdichados mujiks, se indignaban ante la imjusticia y la maldad que revelaban. A fuerza de decírselo y repetírselo, advertían la necesidad de una rebelión que diera al traste con todas las instituciones y sus representantes que tantos desastres causaban.

—Engañan al czar lo mismo que a nosotros—replicaban algunos botarates.

—No; el czar es quien tiene la culpa de cuanto ocurre.

—¿Será, pues, preciso arrojar al Padrecito?

—A él y a todos los suyos.

—Con que se quitara a los ministros se remediaría el mal.

—No. Los ministros cambian a menudo y la maldad y la corrupción persisten.

—¿Y cómo podremos hacer eso sin jefes?—preguntaba otro.

—En el momento preciso, habrá jefes.

—Y ¿qué será de los coroneles y oficiales?

—Lo que su suerte les depare. El caso es que tenemos frío y carecemos de abrigo.

—Es cierto.

—Que padecemos hambre y no nos dan comida.

—Verdad es.

—Que los ministros, los empleados, los comerciantes y los industriales, derrochan a manos llenas, amontonan fortunas, tienen mujeres, beben vino y licores...

—¡Sí, sí!

—...mientras nosotros no tenemos un kopec para remediarnos y bebemos agua no siempre buena.

—¡Eso es!

—Ellos, después de robar, están en las ciudades, lejos de ese infierno de las trincheras, y nosotros tenemos que afrontar las granadas y las balas enemigas.

—Tienes razón.

—¡Vaya si la tengo! Antes de acabar con los alemanes, que son tan desdichados como nosotros, pues también pelean contra su voluntad, hay que acabar con los

acaparadores, con los burócratas, con Rasputin y sus protectores.

La miseria y la injusticia fueron siempre los dos agentes revolucionarios todopoderosos. Contra ellos nada pueden ministros, policía, knut, ni cadalsos. Donde se presentan, vencen. No hay previsión que les contenga, ni fuerza que les arrolle. Y desde 1905, desde aquella huelga general y aquellos soviets que desaparecieron en un mar de sangre, la miseria y la injusticia reinaban como dueños absolutos en Rusia. Todo indicaba que se había llegado a la plenitud de los tiempos.

Cuando apuntó la primavera de 1915, los alemanes, al ver lo apurados que estaban los austriacos a consecuencia de la ofensiva rusa, decidieron hacer un esfuerzo para ayudarles y salir del atolladero. Fingiendo un amago en Curlandia, juntaron, desde el Vístula hasta Czernowitz, hasta un millón cuatrocientos mil combatientes y, dando a Mackensen el ejército más numeroso y escogido, que comprendía 470,000 hombres y 1,700 cañones, acometieron a los rusos en las posiciones que ocupaban a lo largo del Dunajec y en cuatro horas de bombardeo furioso, arrojando más de 700,000 proyectiles, destruyeron las defensas de las divisiones moscovitas y rompieron su frente, imponiendo una retirada rápida en el punto atacado. Al propio tiempo embestían por distintos puntos de la línea rusa otros cuatro ejércitos, mandados por el archiduque Federico, Linsingen, Pflanzer y Boehm-Ermolli. Conmovido todo el frente ruso por el fuerte ataque de Mackensen—el mejor general alemán—el gran duque Nicolás evacuó poco a poco el terreno conquistado en Galitzia, en los Cárpatos y más tarde Polonia, dejando Varsovia en poder del enemigo. Con ello abandonó más de 200,000 prisioneros y 890 piezas de artillería de todos calibres.

Los unos tuvieron que retroceder a través de los barrizales de Polonia, padeciendo mil calamidades, haciendo frente al enemigo, comiendo poco y mal, durmiendo al raso y haciendo frente cuando encontraban posiciones adecuadas.

Pero como a menudo ocurría una ruptura en el frente y a fin de evitar el peligro de un copo, era menester retirarse, retirarse de continuo, perdiendo en aquella retirada hombres y material de guerra en abundancia. Se resistió diez días en torno de Przemysl, ocho a orillas del Taniev, diecisiete entre Grodetz y Lemberg; pero esta ciudad cayó como había caído Przemysl, como cayeron todas las fortalezas desde Riga hasta Bucowina.

Empezada a primeros de mayo, terminó la retirada a fines de septiembre y fué verdaderamente desastrosa. Carecía el ejército ruso de artillería y municiones. ¿Cómo hacer frente a un enemigo que disponía de artillería numerosa y de municiones sin tasa? Retrocedieron los combatientes, capitularon las plazas; todo el territorio conquistado a fuerza de sangre en Austria-Hungría volvió a poder de sus dueños y no se detuvieron los ejércitos vencedores hasta que se les agotó el resuello a fuerza de avanzar a pie y de encontrar ante ellos el desierto, pues los pueblos y las ciudades rusas quedaban sin habitantes a medida que los alemanes llegaban a ellos. Ganar más terreno, a ningún fin práctico conducía. Paráronse, pues, los germanos, y al cabo de unos días de descanso iniciaron un ataque en el extremo norte de su línea, entre Riga y Dvinsk, con intención de forzar las posiciones del Dvina. Pero allí contaban los rusos con artillería, municiones y soldados que apenas habían combatido, gente descansada y que sus jefes habían conservado muy disci-

plinados. Todos los ataques fracasaron y el frente se inmovilizó durante seis meses y medio.

A primeros de junio de 1916, la larga línea de combate del frente ruso comprendía dos grandes sectores. Uno, que llegaba de Riga a los pantanos del Pripet; otro que empezaba en Rafalovka. Cuidaban del mando del primero los generales Kuropatkin — de triste memoria — y Evert; dirigía las tropas del segundo el general Brusilov. Los rusos, que durante aquel invierno se aprovisionaron de cañones y granadas, permanecieron a la defensiva en el sector del norte, y cuando la estación fué propicia tomaron la ofensiva en Galitzia, con tanto ímpetu, acierto y suerte, que a últimos de septiembre, cuando acabó el avance, los rusos mandados por Brusilov habían capturado 410,000 austriacos, 3,200 ametralladoras y 700 cañones; recuperaron la Bucowina; se apoderaron de Stanislau, Tarnopol, Kolomea, Brody; amenazaban Kovel y Vladimir-Volhynsk y obligaron a los alemanes del sector septentrional a permanecer a la defensiva.

Magnífica fué la campaña; pero costó más de 200,000 soldados a Rusia y se llenó de heridos los hospitales. A la invasión de 1915 se respondió, haciendo un esfuerzo inaudito, con la ofensiva de 1916.

Al terminar aquella campaña, Rusia había gastado 20 mil millones de rublos, dejado 600,000 prisioneros en manos del enemigo y tenido más de 1.500,000 bajas entre muertos y heridos. Todos los servicios estaban desorganizados, se padecía hambre y frío en muchos ciudades del Imperio, y Rasputin, el monje malvado, como le llamaban en Petrogrado, era el dueño de Rusia.

CAPITULO III

RASPUTIN

En el pueblo de Pokrovsk, que está en los confines del gobierno de Tobolsk y poco menos que perdido en las soledades de la *taiga* siberiana, nació de la familia más pobre, en 1871, Gregorio Efimovitch Rasputin. Este apellido, provino del mote que los vecinos daban a su padre y que en buen romance debe traducirse por "disoluto", calificativo que mereció el padre y que le vino pintiparado al hijo.

La mayoría de los habitantes de aquel pueblo no pueden envanecerse de su alto linaje. Proceden de penados cumplidos que, al quedar en libertad, se dedican a las faenas agrícolas y, de vez en cuando, bastante a menudo, a arramblar con lo que buenamente pueden sin violencia. Su especialidad consiste en el hurto y venta de caballos ajenos y a causa de ellos se les aplica el nombre de cuatreros, el más despreciable y aborrecido entre los campesinos rusos.

De casta le viene al galgo ser rabilargo. Gregorio Efimovitch se dedicó desde edad temprana al robo de caballos, y aunque era listo y osado, no pudo, en algunas ocasiones, librarse de ser detenido, y en los archivos del tri-

bunal de Tobolsk se conservaba, antes de la revolución y probablemente después de ella, tres legajos referentes a sentencias contra Rasputin por tal delito y otro en que consta que fué condenado a tres años de cárcel por violación de una mendiga vieja y dos niñas de doce y trece años. El apellido no podía mentir, y el joven Gricha (1) seguía las tradiciones paternas: de tal palo, tal astilla.

En sus hurtos y robos le auxiliaban casi siempre dos compañeros llamados Bernabé y Striapchev, los cuales, andando el tiempo, debían aprovecharse de la celebridad de su amigo para pasar unos años de prosperidad jamás imaginada.

Como en aquella época no era Gregorio Efimovitch persona notable, se ignora a punto fijo en qué ocupó su tiempo y ganó su vida desde que salió la última vez de la cárcel hasta que se convirtió, por cuenta propia y bobería ajena, en hombre de importancia, nada menos que en fundador de una nueva religión.

No hay hombre sin hombre. Un sacerdote que tenía fama de santo y que conoció a Rasputin por casualidad, quiso convertirlo en persona de pro y pareció haber conseguido su objeto, pues al cabo de pocos días Gregorio permaneció algún tiempo en el monasterio de Verkhoturie, y cuando volvió a Pokrovsk estaba convertido en un devoto de tomo y lomo.

Bueno será decir, para que se comprenda cómo pudo Rasputin llegar a ser el dueño de Rusia, que, dejando a un lado su suciedad moral y la física congénita e invencible, que ni en los tiempos de su esplendor le permitió comer con otro instrumento que los dedos y llevar las uñas limpias, era un mozo de alta estatura, buena presencia y robusto como un toro. Sus ojos, de un azul obscuro, mira-

(1) Diminutivo de Gregorio.

ban con fijeza y revelaban una osadía a toda prueba. No sabía leer ni escribir; pero eso no le impedía pensar y siendo naturalmente listo y astuto, tan pronto como el sacerdote que tenía fama de santo le hubo convertido—de ladrón en hipócrita—y supo en el convento que un hombre devoto puede ganarse la vida trabajando poco y puede obtener dinero sin exponerse a ir a la cárcel, optó por la devoción y, sin vacilar un punto, con esa decisión que requieren las grandes resoluciones, se convirtió en *stramsik*, es decir, en mendicante de los que van de pueblo en pueblo recogiendo limosnas para la construcción de supuestos monasterios e iglesias.

Aun cuando no muy abundantes, las limosnas que recogía en sus largas peregrinaciones bastábanle para vivir cómodamente sin trabajar y sin necesidad de dedicarse al merodeo. Al poco tiempo de ejercer de *stramsik* creyó que podía transformarse en *staretz*, en uno de esos monjes laicos que predican la buena nueva. Hablaba por parábolas y en una jeriguenza que ni él mismo entendía, daba consejos, imponía penitencias y en breve tiempo se convirtió en hombre cuya fama se extendió a lo lejos. Acudían a él desde las aldeas lejanas y aun desde algunas ciudades mujeres histéricas y bobaliconas, hombres sin seso, niños conducidos por sus padres, a fin de que el staretz les sanara. Pokrovsk era un Lourdes en miniatura.

Las penitentes abundaban más que los hombres y admiraban al venerable monje que las tenía encantadas por sus prácticas erótico-religiosas. A todas prometía la vida y la gloria eternas con tal de que se arrepintieran sinceramente y a menudo.

"En el arrepentimiento está la salvación y sin el pecado no puede haber arrepentimiento. ¿Cuál es el peca-

GREGORIO EFIMOVITCH, RASPUTIN
(Fotografía hecha en Tobolsk en 1916)

do que menos daño causa al prójimo y produce una sensación más agradable? El pecado de amor. Pequemos, pues, hermanas mías, y así alcanzaremos, arrepintiéndonos con verdadera contrición, la gloria eterna."

Pero no todos los aldeanos eran bastante lerdos para dejarse engañar por Rasputin. Algunos de ellos protestaron contra su doctrina y algunos popes elevaron quejas al santo Sínodo. En una de esas exposiciones se describen las escenas inmorales a que se entregaban los adeptos de Gregorio Efimovitch. He aquí la descripción que hace el documento:

"Por la noche se reúnen los "fieles" en torno de una gran hoguera, en la que se echa incienso y plantas aromáticas. Previamente, los fieles han bebido vodka en abundancia. Cuando el fuego ha prendido y las llamas se levantan a gran altura, hombres y mujeres se cogen por las manos formando una ronda y bailando al mismo tiempo que repiten de continuo: "¡Señor, perdónanos nuestros pecados, puesto que nos arrepentimos de ellos!" La danza acelera su ritmo, las palabras se convierten en balbuceos y cuando la cadena se rompe y la hoguera se apaga, hombres y mujeres se desploman al suelo y se aparean sin previa elección. Los hombres arrancan a sus compañeras un cintajo, una prenda cualquiera para saber con quién "han mortificado su carne" y a veces resultan monstruosos esos abrazos."

Estas quejas del clero local favorecieron a Gregorio Efimovitch en vez de perjudicarlo, pues así se extendió su fama, no sólo por el distrito de Tumen, a que pertenece el pueblo de Pokrovsk, sino más allá de los límites de la provincia de Tobolsk, y acudían cientos de mujeres para besar el caftán del *staretz* y hacer que les impusiera las manos, para curar muchas enfermedades.

Como la autosugestión operaba en muchos de los enfermos y adeptos, fueron curados algunos de ellos, y esto bastó para que Pokrovsk estuviera de continuo lleno de forasteros y que la fama de Rasputin creciera desmesuradamente, sin que nadie supiera — ni él mismo—a punto fijo, el porqué de aquel entusiasmo y aquella fe.

Si el antiguo cuatrero no sabía cómo se produjo el milagro, le constaba, por lo menos, que se había realizado. El dinero que guardaba en la gaveta y en la faltriquera, no mentían. Su doctrina de la contrición resultaba maravillosa, y no se podía negar que sus manos sucias tenían la virtud de curar... de cuando en cuando.

Un mozo de su empuje no debía permanecer en un rincón de Siberia. Debía ir a la capital del Imperio y allí dedicarse en gran escala a predicar sus teorías y a sanar enfermos opulentos. Si los pobres le daban para vivir con holgura y arrinconar dinero, ¡qué no sería en Petersburgo!

Rasputin pensó que tan torpes y crédulos son los hombres de las ciudades como los aldeanos y que de igual modo que había sabido embaucar a éstos engañaría a aquéllos.

Fué al convento de Verkhoturie y el superior le dió una carta de recomendación para Juan de Cronstadt, predecesor de Rasputin en el arte de obtener una influencia omnímoda gracias a una fingida devoción y a milagros imaginarios. Provisto de aquella carta, tomó todo el dinero que tenía, dejando a su mujer y a sus hijas en la mayor miseria, y se dirigió a Petersburgo.

Cínico por naturaleza y descastado, respondió a su mujer, que le preguntaba alarmada cómo se las compondría sin un céntimo:

—¿No crees en los milagros? Haces mal. Ya verás có-

mo por milagro comeréis, aunque yo os deje sin un ochavo.

Juan de Cronstadt recibió perfectamente al taumaturgo siberiano y lo presentó a varios prelados que le prometieron su apoyo al ver que se expresaba de un modo que por lo enrevesado no conseguían entender, y que debía ser, por lo tanto, expresión de la suma piedad y sabiduría.

Por uno de esos prelados pudo frecuentar uno de los círculos más aristocráticos de la capital, la casa de la condesa Ignatiev, donde se reunía la flor y nata de los altos empleados, generales, devotas y la espuma de los intrigantes de toda especie. Como estaba dotado, Gricha, de una inmensa audacia y un aplomo a toda prueba y hablaba por sentencias y de un modo que hubiese pasmado a las sibilas, impresionó a las devotas, tanto jóvenes como viejas, y una vez hubo conquistado algunas de las primeras, cosa que no le fué difícil, pues era caballo de buena boca, pudo contar con las jóvenes, que se rindieron a sus doctrinas erótico-religiosas.

Entre las mujeres que concurrían a la tertulia de la condesa Ignatiev, figuraba la Virubova, dama de la Emperatriz y su más íntima consejera, mujer disoluta, ambiciosa, avara, que, desde las primeras entrevistas, se prendó de Rasputin y se convirtió en su amante apasionada. Esa conquista dió al ex cuatrero una influencia grande. Quiso aprovecharla. Y la ocasión se le mostró favorable. Desde algún tiempo, el príncipe imperial Alejo padecía una enfermedad rara, hemofilia, que le hacía perder mucha sangre, provocando frecuentes hemorragias.

Rasputin declaró a la Virubova que él curaría al príncipe imperial, pero que para ello debía tener entrada en palacio y ser recibido por la Emperatriz. Esta señora, his-

térica y no muy bien equilibrada de la mente, adoraba a su hijo. Consintió en que le fuera presentado Rasputin, y quiso la casualidad que el príncipe Alejo mejorara algo.

Desde entonces, el aldeano de Siberia fué señor y dueño de la corte y poco a poco su influencia fué tal que no solamente conseguía cuanto se le antojaba de la Emperatriz, sino del propio Nicolás II.

Cuando estuvo seguro del poder que tenía, hizo que fueran a Petersburgo Bernabé y Striaptchev, sus compañeros de Pokrovsk y al poco tiempo aquél fué nombrado obispo y el segundo fué su secretario, el que cuidaba de recibir los presentes de los que pretendían algún empleo, pues Rasputin nombraba ya ministros, embajadores y generales.

Poco antes de la guerra, su influencia había llegado a un punto inconcebible.

La Emperatriz sólo veía por sus ojos. Estos, que tenían una fijeza turbadora, la hipnotizaban. La tuteaba como a una simple campesina y la subyugaba de un modo increíble. Un periódico de Petersburgo publicó una carta de la soberana al ladrón de caballos. En ella decía:

"No sé cómo agradeceros todo lo que hacéis por mí. ¡Descansar mi cabeza en vuestro hombro sin pronunciar palabra, y sentir la alegría de la paz y del olvido, he ahí mi dicha! ¡Qué bendición divina! ¡Os doy gracias por haberme proporcionado tal gozo!

"Perdonadme todas mis imperfecciones. Pido con ansia ser buena y creyente sin tacha; pero, ¡es tan difícil! Cuesta gran trabajo vencer las malas inclinaciones. Pero me ayudaréis. No me abandonaréis, pues soy débil, os amo y sólo en vos tengo confianza.

"Acorred a Ana (Virubova). Tiene grandes disgustos, como no ignoráis. Quiera Dios que nos veamos pron-

to. Os abrazo. Perdonadme y bendecidme. Vuestra hija: A."

Hay otras cartas, conservadas en Petersburgo, que son verdaderas epístolas amorosas.

Rasputin no se contentaba con la influencia que ejercía en el palacio imperial. Uno de los historiadores de la revolución rusa, explica en estos términos el escándalo sin nombre dado en aquel tiempo por el huésped y consejero de la Emperatriz de Rusia:

"La bacanal que empezó entonces no tiene nombre. Las escenas que se sucedían en el domicilio de Gricha, en las casas de baños o en los palacios de los que era el huésped agasajado, no es posible describirlas; la abyecta bajeza de sus vasallos no puede calificarse. Boccaccio era un aprendiz comparado con el "Padre Santo"—como le llamaba la Emperatriz—. Las comedias de exorcismo que inventaba aquel crotomano para "librar a sus hijas espirituales del demonio de la carne", hicieran palidecer de envidia al marqués de Sade. Y hubo padres—que podríamos nombrar—que le entregaron su hija; maridos que le confiaron su mujer.

"En una ocasión, en casa de una familia linajuda, Rasputin, a quien habían dado por vecina una vieja escandalosamente descotada, tuvo el ademán de Tartufo, de Molière, y echando su servilleta sobre aquel pecho agostado, exclamó con el descaro que le permitía su poder omnímodo: "¡Tapa eso!" Al terminar la comida, enlazó el talle de una jovencita, con gran satisfacción de sus padres, y la llevó a un saloncito contiguo al comedor. Al volver algunos instantes después, una respetable mamá, arrastrada por la general locura, se inclinó hacia la persona que nos relató la escena y murmuró: "¡Pobre Santo Padre! Justo es que también él disfrute en este bajo mundo."

"Interrogado acerca del origen de su poder, una noche de orgía en un restaurant de Moscou, ese innoble personaje se entregó a una exhibición obscena y precisa que edificó a los asistentes.

"Hablando un día a un diplomático extranjero con quien comentábamos esa orgía, le dije:

—"¡Esto es Bizancio!

—"¡No—me respondió—es Charentón! (1).

"La Virubova había sido una de las primeras en hacerse exorcisar por aquel macho vigoroso. Fué ella quien le introdujo en palacio y presentó a la Emperatriz aquel de quien fué esclava.

"Rasputin, que aceptaba como la cosa más natural y corriente del mundo su buena suerte, se portó al principio como varón devoto ante la que en el seno de la confianza llamaba "madrecita". No podía asustar a una neófita. Pero luego la subyugó de tal modo por su facundia e imperturbable aplomo, que le exigió que sus hijas hicieran examen de conciencia diario con el digno monje, manifestación, evidente de la divinidad, como así se hizo, con gran escándalo de la institutriz, que abandonó, asustada, una casa incomprensible para su clara razón de inglesa. El gran duque heredero fué bien pronto una de sus ovejas. El Emperador admitía, como habían hecho con otros charlatanes sus antepasados, las declamaciones ardientes de aquel fakir siberiano. Soportaba aquella atmósfera de aberración y vicio para disfrutar de paz en su hogar.

"Pero el alto clero denunciaba los escándalos cotidianos del "Santo Padre" y en la Duma los diputados acogían con aplausos las palabras indignadas de Gutchkov, que tronaba contra la hospitalidad otorgada a aquel pirata por la familia imperial. Tan grande fué el escándalo,

(1) Manicomio famoso de París.

que un día las autoridades le intimaron dejar la corte y volver a su pueblo natal. El Czar y su familia veraneaban entonces en Spala. Rasputin se alejó; pero antes de partir dijo a la Emperatriz: "¡Arrojáis al hombre del Señor. Dios se vengará hiriéndoos en lo que os es más caro!"

"Una vez en marcha, dijo a un par de amigos que le acompañaban: "Ya veréis cómo no pasaré de Moscou. Me llamarán."

"Y, efectivamente, por una coincidencia desdichada para la suerte de los Romanov, el czarevitch enfermó de pronto. La Emperatriz, enloquecida, vió la mano de Dios en lo que era obra del azar, y un telegrama ordenó al ex cuatrero que volviese al punto.

"Y Gregorio volvió, más poderoso que nunca, y pudo entregarse sin rebozo a sus saturnales e intrigas, pues desde entonces se le consideró en palacio como *mascotte* del enfermizo heredero."

Según opinión muy acreditada, no se debió a una casualidad la dolencia del gran duque Alejo. Rasputin conocía, a fuer de siberiano, una planta que crece en la *taiga* y pertenece a la familia de las euforbiáceas. Tienen las hojas y el tallo de esa hierba, secos y reducidos a polvo, el poder de provocar hemorragias copiosas a quien absorbe ese polvo.

Cuando Gricha advirtió que iba a ser arrojado del palacio y de Petersburgo, hizo que su antiguo camarada Bernabé, convertido en obispo por obra y gracia de Rasputin, le enviase una cantidad de ese polvo, y al recibir la orden de destierro encargó a la Virubova que mezclara aquellos polvos en la comida del gran duque. Enfermó éste y Rasputin fué llamado.

Desde entonces, cada vez que por un motivo u otro peligraba la posesión del seudo monje, le administraba al

czarevitch los polvos siberianos, sobrevenían las hemorragias, Rasputin se afianzaba y, propinando su antídoto, sanaba al imperial muchacho.

Para que se pueda formar idea exacta de lo que era la Rusia de los czares antes de la revolución y bajo el dominio de Gregorio Efimovitch, el "Disoluto", diremos que entre los mil escándalos promovidos por Gricha figura el de hacer nombrar obispo a su amigo Bernabé. Y, una vez prelado el ladrón de caballos, se le ocurrió, para que sus ovejas apreciaran como era debido su poder sin límites, canonizar a un antiguo metropolita de su diócesis que, según rumor público, fué en vida un hombre codicioso, salaz y pazguato. Consultado el caso con Rasputin, aprobó la idea, pues le placía demostrar que, cuando se le antojaba, además de nombrar obispos, sabía y podía hacer santos. El Sínodo accedió a empezar los trámites por pura fórmula, pues Samarin, procurador honrado, estaba decidido a no santificar al que preconizaba monseñor Bernabé. Sobrevino la guerra y se olvidó lo de la canonización. Indignado el obispo, canonizó al santo sin cuidarse poco ni mucho del Santo Sínodo. Este llamó al flamante prelado y le amonestó severamente. Bernabé respondió que no reconocía la autoridad del Sínodo y que no acudiría a sus llamadas. El Sínodo declaró que ninguna canonización era válida sin su consentimiento y la aprobación del Emperador. Replicó que la Emperatriz había reconocido el nuevo santo, que quedó en el calendario como uno de tantos. Samarin, que protestó indignado, fué destituído poco tiempo después.

Conmoviéronse también los prelados Theófano y Hermógenes, así como el monje Iliodoro, y arrepentidos de haber protegido a semejante personaje, procuraron despres-

tigiarle y acudieron al Emperador denunciando las imposturas y embelecos del siberiano.

Rasputin confesó haberse excedido algunas veces; pero gracias a su influencia se vengó de sus detractores. Fueron desterrados Theófano y Hermógenes y tuvo que escapar Iliodoro a Cristianía. Este monje cuenta en los siguientes términos el comportamiento de Gricha en unos viajes que realizaron juntos:

"Cuando vino a Tsarytsin con monseñor Hermógenes, Gricha me suplicó que hiciera con él una visita pastoral a mis diocesanos. En todas partes se le recibió como si fuera un ángel. Se le saludaba inclinándose hasta el suelo. Así lo hacían ricos y pobres. Cuando entraba en alguna casa, besaba a las mujeres jóvenes y lindas, alejando a las que tenían más de treinta años.

"Durante su estancia en Tsarytsin, Gricha se encerró un día durante cuatro horas con una joven, religiosa en el convento de la ciudad y a la cual quería dar consuelo. Sólo algunos meses después supe semejante cosa.

"A fines de noviembre Gricha me llevó a Pokrovsk, de donde era hijo. Durante el viaje, que era bastante largo, esforcéme en descubrir en Gricha las cualidades excelsas que se le atribuía y su poder excepcional y milagroso. En vano. Mi compañero me habló casi exclusivamente de mujeres. Y las preguntas que me dirigió acerca de mi influencia sobre las que yo confesaba, fueron de tal índole que me inspiraron dudas acerca de la santidad de mi interlocutor.

"En otro viaje me habló del Czar y de la Czarina. "Para el Czar, soy Cristo en persona... El Czar y la Czarina me saludan inclinándose ante mí. Los hijos del Emperador se postran a mis plantas y me besan las manos." Más cosas me dijo todavía, y me ruboricé oyéndolas.

"Llegamos a Pokrovsk, donde observé más atentamente a mi compañero. Vivía en la abundancia; poseía una hermosa casa, alfombrada, con muchos iconos, retratos y regalos de Sus Majestades. Pero aun cuando vestía bien, los aldeanos le tenían por un tunante, los popes murmuraban de él y me consideraban también como un bribón porque iba en su compañía. El arzobispo de Tobolsk demostraba tenerle tirria. Para todos sus paisanos, Gricha era un perdis, un *Khist,* un licencioso."

CAPITULO IV

MUERTE DE RASPUTIN

No era Gregorio Efimovitch hombre que se parara en barras. Por lo mismo que tenía menguado el seso, no podía prever que cuanto más se encumbrara, más cerca estaría de su pérdida. Dejó, pues, que las cosas siguieran su curso sin intentar torcerlo. Hasta entonces, no le había fallado ninguno de sus propósitos; todo salía a la medida de sus deseos. ¿Por qué no había de continuar aquella racha de suerte insolente? ¿Quién era capaz de contenerle, contando como contaba, con el apoyo de la Emperatriz?

Los regalos que le hiciera la familia imperial; el dinero que cobraba a manos llenas para dar empleos, prebendas, grados y honores; las dádivas que recibía de las damas de la más alta aristocracia, todo ello había saciado su afán de dinero. Estaba harto también de carne, como un ogro fabuloso, saturado de lubricidad satisfecha y tenía la seguridad de que en cuanto dijera: "envido", se le respondería: "quiero". No pensó como el diablo en hacerse monje; se le ocurrió dedicarse a la política, y aun cuando ignoraba el abecé de ella, quiso figurar en primer término. Dijo a uno de sus amigos: "Soy demasiado ignorante para ser ministro; pero seré más."

—¿Acaso quieres ejercer de dictador?

—Ignoro qué es eso. Lo que quiero es ser yo quien nombre a los ministros y quien los eche cuando lo juzgue oportuno.

—No te dejarán.

—Veremos.

Pronto se vió que no era fanfarria lo dicho por Rasputin.

Desde fines de 1913, la influencia de Rasputin se dejó sentir de un modo incontrastable.

Empezó por hacer nombrar empleados, altos y bajos, obispos, generales. Hizo conceder monopolios y exenciones a particulares y diversos mirs. Ordenó que se subvencionara líneas férreas que nadie pensó jamás en construir, puentes para arroyos imaginarios, ayudas de costa para pueblos sobre los que ninguna calamidad había caído, fondos a muchos prelados para levantar templos que nunca existirían y hacer ascender a quien bien le parecía o mejor lo pagaba.

Dirigía sus peticiones a la Emperatriz y ésta cuidaba de obtener la aprobación de Nicolás II. De tal modo usó y abusó del poder extralegal que ejercía, que hasta la burocracia empezó a murmurar contra él, a quien hasta entonces complaciera. Pero al siberiano le importaba un bledo que se le odiara o quisiera.

Después de tantear el terreno, que bien sabía favorable para sus planes, un día habló a la Emperatriz de un hombre de "gran valía", que desempeñara ya importantes destinos en el extranjero y en Rusia, como el más indicado para ser un excelente ministro del Interior.

Según pudo comprobarse luego, el talento de Maklakov consistía en imitar el grito de los animales y los andares y el modo de hablar de las personas más conocidas y

nombradas en el ejército, en la política, en la corte. La parte más positiva de su inteligencia, se revelaba en la prisa y habilidad con que reunía grandes cantidades de dinero para cuando se le acabara el ministerio. Esa habilidad y prisa eran muy notables, porque, a pesar de que derrochaba miles de rublos en mujeres y en orgías escandalosas, a las que Rasputin se dignaba asistir algunas veces, bebiendo como una cuba, sin perder jamás por completo el seso, enviaba dinero a varios Bancos extranjeros y tenía siempre a su disposición grandes sumas en un Banco de la capital.

Kokovtsov, presidente del Consejo, hombre honrado, inteligente y que deseaba el bien del país, advirtió en seguida que el talento de Maklakov sólo servía para aumentar el desbarajuste que reinaba en todas partes, para fomentar las concesiones y darlas a los revolucionarios que se preparaban en silencio y en la sombra, desdeñando a los diputados de la Duma y a los periodistas, que hacían una oposición sin eficacia. Hizo algunas indicaciones al Czar acerca de la conveniencia de echar del ministerio a Maklakov, y al ver que no se le atendía, se limitó a reorganizar los servicios administrativos del Imperio, tarea que hubiese llevado a cabo si le dejaran el Emperador y Rasputín.

Tan grato como este último lo era Maklakov en palacio. Al terminar los consejos de ministros, por regla general, Maklakov, por indicación del Emperador, permanecía en palacio y daba una sesión de imitaciones a la familia imperial.

Empezaba por imitar la voz y los ademanes de todos sus colegas, su peculiar modo de expresarse, haciendo resaltar de un modo admirable el lado ridículo de cada uno de ellos.

Luego, el príncipe imperial o una de las grandes duquesas le decía:

—Maklakov, haz la pantera enamorada.

El ministro de la Gobernación de todas las Rusias obedecía al punto. Colándose debajo de un sofá, rugía lo mismo que una pantera en celo, ora de un modo remiso que expresaba el deseo naciente, ora con formidable arranque que revelaba que el ansia amorosa llegaba al extremo y, de pronto, saliendo a gatas de su escondite, daba un salto y caía sentado en un sillón, con una maestría que aplaudiera un payaso profesional.

Cuando se oía cantar un gallo o ladrar un perro en los corredores de palacio, o relinchar un caballo en una de las antesalas, ya se sabía que Maklakov estaba presente. Y todas las puertas se abrían para que entrara y todos los oídos se aprestaban a oírle.

A un hombre de esa calaña se había entregado la gobernación de los servicios más importantes de un imperio de ciento ochenta millones de habitantes cuando estaba en guerra con las dos potencias militares más formidables de Europa y cuando la inmensa mayoría del pueblo y parte de la nobleza y de la clase media ardían en deseos de sublevarse para acabar con una burocracia corrompida, una judicatura venal y un clero sin conciencia.

Los alemanes, que sabían mejor que Nicolás II lo que sucedía en Rusia, decidieron aprovechar la influencia omnímoda que Rasputin ejercía en el ánimo de la Emperatriz, y los agentes de Berlín, ayudados por Schturmer, que luego fué primer ministro, y por Frederiks y otros corifeos del "partido alemán", hablaron a Rasputin del gran caso que de él hacía el Kaiser y consiguieron, a fuerza de lisonjas y de dádivas, que el fementido monje se convenciera de que Rusia no debía emprender la guerra. Habló en tal

sentido Rasputin al Emperador; pero éste no quiso faltar a la palabra dada por Alejandro III a Francia y ratificada por él mismo años después. Estalló la guerra, y cuando hubo empezado la invasión de Rusia y más tarde, cuando se hubo de abandonar Polonia y Galitzia, Guillermo II escribió una carta a Rasputin encareciéndole la necesidad y conveniencia de que Rusia hiciera una paz por separado con Alemania. El Emperador no quiso tampoco atender sus consejos. Entonces Rasputin tuvo la osadía de ir al cuartel general para hablar con el gran duque Nicolás, generalísimo del ejército ruso.

Estaba el general hablando con el gran duque Dmitri cuando un ordenanza anunció a Gregorio Efimovitch Rasputin.

—¿A qué vienes aquí?—preguntó el gran duque Nicolás al siberiano.

—Para decirte que la guerra es una calamidad, Alteza Imperial. La Virgen se me ha aparecido en sueños y me ha dicho que se debía hacer la paz. He venido para significarte su voluntad.

—¿Cuántos días hace que viste a la Virgen?

—Tres.

—Pues a mí se me apareció hace dos noches y me dijo: "Vendrá Rasputin y te propondrá que hagas la paz por separado. No le escuches. Arrójale como un miserable que es. Y si insiste, hazle dar de latigazos." ¡Que es precisamente lo que voy a hacer si no sales al instante, canalla!

El gran duque Dmitri, joven y de vigor atlético, uniendo la acción a la palabra de su tío Nicolás, cogió al siberiano por el cuello, lo llevó hasta la puerta y de un soberano puntapié lo echó fuera.

No se dió por vencido el ex cuatrero. Cuando Schturmer fué nombrado primer ministro en substitución del

príncipe Goremykin, cuando todos los actos del nuevo Gobierno se redujeron a encarcelar a diestro y siniestro, a deportar en masa, a saquear en cuadrilla a la nación entera y a entenderse con los alemanes, a quienes favorecía Schturmer de un modo decidido, entonces fué cuando Rasputin insistió, por orden de Berlín, en hacer la paz por separado.

Pero ni los consejos del primer ministro, ni los de la Czarina, ni las amenazas celestes de Rasputin convencieron al Emperador. Continuó la guerra.

Schturmer, cediendo a la presión de Alemania y a la de Rasputin, preparó la catástrofe de Rumania. Consumada ésta, Rusia se avendría a pactar. Se realizó la pérdida de Rumania y fué tan evidente la traición del elemento oficial ruso, que se indignaron no sólo los aliados, sino los diputados de la Duma, gran parte de la nobleza y los jefes y oficiales del ejército moscovita que llegaron a traslucir la verdad.

Un diputado conservador, Purichkevitch, hombre de claro talento, de gran valor cívico y físico y que nunca había transigido con los revolucionarios ni con los liberales siquiera, un día dijo en plena Duma:

—Cuando se quiere expresar con una sola palabra la traición y la villanía, basta decir: "¡Schturmer!"

Estas palabras fueron saludadas con aclamaciones y aplausos. La Duma entera comprendió que no podía continuar aquella tragicomedia horrible que se representaba mientras agonizaba una nación.

Otro día, dirigiéndose a los ministros, exclamó Purichkevitch:

"Señores ministros, si estimáis en más vuestro deber que los honores y el deseo de conservar el puesto que ocupáis, si sois honrados y si el porvenir de Rusia y el buen

nombre imperial os importan, echaos a los pies del Czar y decidle: "¡Es necesario acabar con ese escándalo!" Suplicadle que abra los ojos, que vea la espantosa realidad. Suplicadle que libre a Rusia de Rasputin y de todas esas influencias ocultas, grandes y pequeñas, que dirigen nuestro país y que le traicionan a un tiempo. ¡Cese de una vez tamaña infamia!"

El gran duque Nicolás Mikailovitch escribió a fines de noviembre una carta al Czar, en la que predecía:

"Muchas veces me han manifestado que deseas continuar la guerra hasta alcanzar una victoria definitiva. ¿Crees que la situación actual del país permitirá realizar este proyecto?

"¿Conoces suficientemente la situación interior del Imperio, y particularmente de Siberia, Turkestán y Cáucaso? ¿Conoces la verdad por entero, o te ocultan una parte de ella? ¿Dónde está la raíz del mal? Permíteme que te lo explique en pocas palabras.

"En tanto que sólo un reducido número de personas sabía de qué modo escogías tus ministros, la cosa tenía remedio; pero ahora que todos lo saben y murmuran, es evidente que no se puede continuar gobernando de ese modo. A menudo me has dicho que no tenías confianza en nadie y que de continuo te engañaban.

"Si así es, aplica esto a tu esposa, que te quiere, y que, sin embargo, te induce a equivocarte, a causa de la influencia nefasta que sobre ella ejercen las personas que la rodean. Crees en Alejandra Feodorovna. Es natural. Pero las palabras que pronuncia son el resultado de hábiles maquinaciones y no representan la verdad. Si no puedes librarla de esas influencias, guárdate por lo menos de ellas, pues sólo desdichas pueden acarrear.

"Tus primeras impresiones y decisiones, son siempre

acertadas y justas. Pero, apenas aparecen otras influencias, empiezas a dudar y tus decisiones finales ya son distintas. Si pudieras hacer desaparecer la intervención de esos factores nocivos, la regeneración de Rusia daría inmediatamente un paso enorme y ganarías la confianza de la inmensa mayoría de tus súbditos, que ya no confían en ti. Todo iría bien. Estarías en presencia de un pueblo que, bajo un régimen nuevo, consentiría en trabajar bajo tu dirección.

"Cuando llegue el momento, y no está muy lejano, tú mismo podrás proclamar la responsabilidad de los ministros ante ti y ante la asamblea legislativa. Este momento vendrá por sí mismo, sin presión exterior, y no como la memorable proclamación del 17 de octubre de 1905.

"Mucho tiempo he vacilado en decirte toda la verdad. Lo hago por habérmelo rogado tu madre y tus hermanos.

"Estás en vísperas de nuevas pruebas—diré más, de nuevos atentados—contra tu persona. Créeme, si insisto tanto en verte quebrantar las cadenas que te oprimen, no es bajo el imperio de ningún motivo personal—como sabes bien—sino con la esperanza de salvar tu trono y nuestra patria de las espantosas e irreparables desdichas que les esperan."

La nobleza envió varios mensajes a Nicolás II advirtiéndole la situación desesperada a que se había llegado; la emperatriz viuda escribió a su hijo aconsejándole que variara de ministros y de política; que se mostrara más liberal; que atendiera las peticiones del pueblo. Todo fué en vano.

En la tribuna parlamentaria, el jefe de los liberales, Miliukov, dijo:

"Tremenda es esta hora para Rusia. Vemos cómo la lucha política y social desborda los límites de la legalidad.

Vemos aparecer los síntomas de 1905. En las declaraciones colectivas de estos útlimos meses, se advierte lo que digo. Es una advertencia dirigida al poder: una advertencia que deben escuchar los políticos, y no los policías.

"Que no se diga que eso significa que las turbas entran en escena; no; son las categorías sociales a que pertenecéis vosotros y pertenezco yo. A menudo, en las asambleas, las proposiciones más radicales las formulan los individuos de la extrema derecha. El movimiento político ruso lleva igual marcha y va hacia el mismo fin que antes del 17 de octubre de 1905. Pero esos diez años no han transcurrido en balde. Las normas y las formas de la lucha serán sin duda muy diferentes esta vez. ¡Y este es el momento de escoger un puñado de ciegos e insensatos para intentar contener el torrente impetuoso que procuramos contener dentro de la legalidad! Aun es tiempo, señores, de evitar lo que de otro modo será inevitable. Los síntomas son visibles ya. La atmósfera está saturada de electricidad. Se oye ya el rumor de la tormenta que amaga; pero nadie puede saber cuándo ni dónde descargará el rayo.

"Cuando la nación ve que, a despecho de todos los sacrificios, sus destinos peligran a causa de un hatajo de políticos incompetentes y corrompidos, el pueblo se convierte en una nación de ciudadanos y se decide a gobernar por su cuenta los asuntos públicos."

Kerensky y Tcheidze, socialistas ambos moderados, no temían ser deportados o fusilados y tronaban contra Rasputin y sus hechuras. Tcheidze dijo un día: "Todo el Gobierno es Rasputin. El miserable cuatrero de Siberia es dueño de Rusia. El presidio ha escalado el poder. ¿Hasta cuándo toleraremos semejante ignominia?"

Cinco o seis hombres de buena voluntad se concerta-

ron para acabar con el aventurero que tenía sujeta a sus caprichos una nación poderosa.

Atacar en pleno día la casa de Rasputin y echar a éste por la ventana para que le arrastraran las turbas, hubiese sido una temeridad, y ningún resultado produjera, porque el tunante tenía un verdadero ejército de policías que le guardaban, y en la lucha no triunfaran los mejores, que eran pocos, sino los malvados, que eran muchos.

Purichkevitch, el diputado conservador, el príncipe Yussupov, el gran duque Dmitri y algunos otros oficiales, invitaron a Rasputin a una cena en casa del príncipe Yussupov. A fin de que acudiera, se le dijo que encontraría allí una mujer que gustaba al ex cuatrero. Era una dama de la corte que resistió siempre al siberiano.

El 29 de diciembre compareció Rasputin para cenar y para ver a la mujer que deseaba. No encontró más que a sus enemigos, que como enemigos le trataron. Herido de un balazo en el pecho, huyó hacia el jardín. Allí recibió dos nuevos disparos, que acabaron con su vida.

Un comisario de policía que oyera los tiros, preguntó porque se disparaba.

—Acabamos de matar a un perro rabioso—respondió Purichkevitch.

Dos días después, el primero de diciembre de 1917, fué encontrado el cadáver del hombre que tanto daño causara a su país y se le enterró en un lujoso panteón, en los jardines de Tsarkoie-Selo.

CAPITULO V

LA REVOLUCIÓN

A primeros de marzo, la situación de Petrogrado es crítica. El frío y el hambre causan estragos entre los obreros. La mortalidad infantil aumenta. La gente forma colas interminables a las puertas de las tahonas. Durante horas y horas espera una ración de pan, malo y carísimo. La ración resulta mermada. Si los que la reciben se quejan, los policías les amenazan y la emprenden a palos con ellos. En la tierra del trigo no hay pan. ¿Por qué? Los acaparadores, que comparten sus enormes ganancias con los ministros y altos empleados, no permiten que llegue trigo a las ciudades, porque así el precio del pan sube de día en día.

Los jefes y empleados de estación, cobran primas escandalosas por los vagones de transporte de mercancías, y éstas se encarecen.

En las tiendas de comestibles, hay que hacer cola también. Quien no tiene mucho dinero, no come. Y los que comen se enfurecen contra los empleados, desde los más altos a los más bajos, que tienen la culpa de la carestía.

El día 7, los obreros de los talleres Putilov se reúnen y protestan. El Gobierno manda cerrar los talleres y no

permite que los periódicos den la noticia; pero circula, sin embargo, con la velocidad del rayo y empiezan muchos obreros a proclamar la necesidad de una huelga general.

Aquel mismo día, un obrero exasperado, mata a un "faraón", que es como el pueblo designa a los policías. Estos gozan de un privilegio que irrita a los trabajadores. Pueden entrar en las tahonas y en las tiendas de comestibles sin esperar turno y llevarse lo que necesitan. Delante de una tahona hay más de doscientos hombres y mujeres que aguardan. De pronto, empujando brutalmente, un policía quiere penetrar en la tahona. Uno de los que han recibido sus empellones se revuelve airado. Derriba al agente y le aplasta la cabeza con una piedra que coge del suelo. La "cola" se deshace. La calle queda desierta. Sobre el barro helado hay el cadáver ensangrentado del faraón.

Una nueva calamidad se suma a las otras. No hay en ninguna tienda una astilla de leña.

Algunas mujeres se lamentan de ello en un corro. Pasa un hombre, las oye y dice:

—Dentro de poco, habrá demasiado fuego para algunos.

Por vía de precaución, el ministro del Interior pone cordones en los puentes del Neva, a fin de que los obreros que viven al otro lado del río no puedan invadir los barrios ricos. De todos modos, pasa la muchedumbre. El río está helado. Pasan por encima del hielo las muchedumbres. Numerosos grupos llevan banderas rojas con letreros que dicen: "*¡Queremos pan!*" La policía se apodera de las banderas. Al resistir los que las llevan, se derrama sangre.

Al día siguiente no hay leña, ni carbón, ni pan. La multitud rompe los cordones de policía y se reúne en la plaza de Znamenskaia. Algunos oradores hablan desde el mo-

numento erigido a Alejandro III. Acuden estudiantes, mujeres; suenan gritos subversivos; la policía carga; los cosacos secundan. La sangre corre en abundancia.

La multitud escapa por la perspectiva Nevsky y llega a la plaza de la catedral de Kazán, donde los agentes del Gobierno cargan de nuevo. Pasan aquella mañana y aquella tarde corriendo los obreros de un punto a otro, perseguidos por los policías y los cosacos.

Protopopov, el sucesor de Rasputin y de Schturmer dice a la Czarina que no tema. Someterá a los amotinados.

El día 9 manda colocar ametralladoras en los puntos estratégicos, en las buhardillas, en los campanarios. Escasea cada vez más el pan y toda clase de comestibles. La multitud saquea tahonas y tiendas de comestibles.

Los ministros tienen noticias alarmantes. Los obreros se organizan. Durante la noche del 9 al 10 saquean todas las armerías, se arman. La policía mata a diestro y siniestro. La plebe contesta y causa bajas.

El 10, la huelga es general. Hay cierre de tiendas. Los revolucionarios pasean en grupos compactos cantando de un modo lento que recuerda los cantos religiosos. Tremolan estandartes rojos. En algunos puntos, son arrancadas las águilas bicéfalas.

El 11, un úkase del Czar disuelve la Duma. Como los periódicos no salen a consecuencia de la huelga, el úkase se pega a las esquinas. La gente arranca aquel papel a las barbas de la policía. Las colisiones aumentan en número y en importancia. Tan amenazador es el movimiento popular; conocen tan bien los jefes y agentes de policía el odio sin medida que se les tiene; están convencidos de tal modo de que peligran sus vidas, que salen a la calle vestidos de paisano; pero a muchos les conocen los obreros.

La guarnición entera está sobre las armas y ocupa calles y plazas. De cuando en cuando, al ver que los obreros se acercan, algunos jefes y oficiales ordenan descargas. Caen muertos y heridos. Cientos de proletarios son llevados a las cárceles.

La Duma no hace caso del úkase y se declara en sesión permanente.

Ante la conducta del Gobierno, los diputados de todos los partidos olvidan sus querellas y octubristas, cadetes, conservadores, socialistas y comunistas revolucionarios, se disponen a encauzar el movimiento de las masas obreras, antes de que se repita la turbulencia de 1905. Los que son perspicaces advierten los síntomas premonitorios de una insurrección de las tropas. Aquel día ha habido ya dos casos que patentizan que no es posible contar con los soldados.

En un barrio popular, varios cosacos, indignados de que un comisario haya herido a un obrero de un pistoletazo, desenvainan los sables y lo matan.

Y la cuarta compañía del regimiento Pablo de la Guardia fraterniza con los obreros y dispara contra las tropas que permanecen fieles al Gobierno.

Por la tarde, la Duma nombra un Comité Ejecutivo que es, de hecho, el primer gobierno revolucionario de Rusia, encargado de mantener el orden. ¡Trabajo le costará conseguirlo! Protopopov no se atreve a disolver la Duma a bayonetazos. Teme que los soldados desobedezcan. No acierta tampoco a tomar ninguna medida capaz de calmar el movimiento iniciado y que por momentos toma mayor amplitud. Se limita a mandar que se ametralle y se prenda en lo posible.

El día 12, desde primera hora de la mañana, los soldados desobedecen en muchos puntos a sus jefes. El gene-

ral Khabalov, gobernador de Petrogrado, no se decide a dar órdenes a sus subordinados. Y teme con razón. A las diez recibe aviso de que los soldados han dado muerte a un capitán que el día anterior ordenó varias veces hacer fuego contra los trabajadores. Antes de mediodía sabe que el regimiento entero de Volhynia se declara partidario de la revolución. Y luego el regimiento de Lithuania, y en pos de él los batallones de Preobajensky levantan las culatas al aire, ahuyentan a los oficiales y pasan a las filas del pueblo. Los zapadores y un regimiento de artillería imitan el ejemplo. Un teniente joven toma el mando de aquellas masas indisciplinadas y las conduce a la Duma.

Esperan unos momentos ante el palacio de Táurida, vitorean a los representantes del pueblo.

Sale del palacio un hombre joven, descubierta la caza, sin abrigo, a pesar de la temperatura glacial. Se adelanta hacia los soldados y el pueblo, que le reconoce, le aclama frenéticamente. Es Kerensky. Es el hombre que meses atrás se atrevió a decir que "el Gobierno ruso era infame, y la Corte, tolerando y halagando a Rasputin, parecía un manicomio."

Arenga a la multitud, enardece a los paisanos y militares. El pueblo se precipita entusiasmado hacia el salón de sesiones y se ofrece al Presidente Rodzianko: "Disponga de nosotros; estamos a sus órdenes."

Entonces nombran representantes, que se sientan entre los diputados. Distintos oradores toman la palabra. Las reivindicaciones obreras, las reformas que de momento son necesarias, los programas que hay que redactar, los castigos que es preciso imponer, los abusos que se debe suprimir, de todo se habla con abundancia y entusiasmo.

Por lo que hace a los castigos, antes que los decreten

los diputados, los impone en la calle el pueblo, que ya es dueño absoluto de ella.

Mucho padecieron las muchedumbres rusas. ¡Bien se vengan durante los primeros momentos de la Revolución!

La cárcel de Kresty ha sido tomada y pasados a cuchillo los carceleros, jefes y llaveros. La fortaleza de Pedro y Pablo se ha rendido. El Palacio de Justicia, arde por sus cuatro costados. Las comisarías arden también y los "pristavs", los comisarios venales y sin piedad, sin piedad han sido colgados, lo propio que los "faraones".

Crepitan aún las ametralladoras; pero poco a poco se apaga su voz. Los soldados que horas antes tenían encomendado la defensa de los policías, les clavan ahora en el suelo con las bayonetas. Algunos oficiales y jefes del ejército que maltrataban a sus soldados, fueron muertos en las calles, a pesar de que vestían de paisano. El rencor tenía buenos ojos.

En los barrios populares se saqueó las panaderías y se colgó a la puerta de su casa a los dueños conocidos por robar en el peso y amasar, juntamente con la harina, mil substancias nocivas. No tuvieron más fortuna algunos tenderos de comestibles y perdieron, con el dinero, la vida.

Todos los jefes de la odiada Okhrana que pudieron ser habidos por la muchedumbre que penetró en sus casas y no dejó nada intacto, murieron a manos de los que pocos días antes estaban siempre a merced de sus caprichos y odios inextinguibles. A uno de los jefes de sección, el conde Benkov, que en una ocasión dijo que acabaría con la revolución deportando a todos los revolucionarios, le colgaron de un farol y le pusieron un letrero en el pecho, que decía: *Por ladrón, por asesino.*

De todos los que disparaban las ametralladoras, no quedó uno solo con vida. Todos los "faraones" que no se

escondieron o no escaparon al campo, fueron muertos aquella tarde y durante los días siguientes.

El Comité Ejecutivo de la Duma ordena detener a todos los que formaron parte de los últimos gobiernos, desde que Rasputin empezó a nombrar ministros y directores generales. También se detiene a los altos empleados palatinos.

Todos ellos, temblorosos, demudados, comparecen ante la Duma, depuesta su arrogancia y demostrando por su continente que jamás conocieron la dignidad ni casi el orgullo que sostiene al hombre en las crisis de miedo.

Sukhomlinov obedece a los soldados que le mandan arrancarse los galones. Está pálido y tiembla de pies a cabeza. El que ha enviado al frente cientos de miles de hombres poco menos que inermes para que los alemanes les acuchillaran, teme morir y pide misericordia. En pos de él llega Schturmer, el ministro concusionario y traidor a su patria: se presenta temeroso, humilde; apenas puede andar; el miedo le abruma. Comparecen Scheglovitov, presidente del Consejo del Imperio, antiguo ministro de Justicia, reaccionario empedernido y enriquecido; Goremykin, el que meses antes decía: "¡Acabad con los rebeldes!"; Protopopov, que es un acceso de terror se ha presentado antes de que vayan a prenderle y que trata de Excelencia a Kerensky y tartamudea de espanto; Frederics, el ministro de la Corte; Nilov, el marino que jamás navegó sino por las antesalas del palacio imperial; Voisikov, comandante de palacio, uno de los consejeros más sanguinarios y estúpidos de Nicolás II; Maklakov, el payaso dilapidador, el metropolita Piririn, comparsa de Rasputin, Alexeiev, el hijo del almirante que perdió Port-Arthur y huyó sin defenderse; Orlov, Klimovitch, Giers, Pontzov, todos los grandes defraudadores de la hacienda pública; todos

los que tuvieron la culpa de la invasión de Rusia por haber gastado en orgías o llevado a los Bancos extranjeros el dinero que debían gastar en armas y municiones de boca y guerra.

Ni uno sólo de aquellos hombres abriga la esperanza de escapar indemne de la tormenta que descarga. Comprenden, demasiado tarde para ellos y para Rusia entera, que abusaron indignamente de la paciencia del pueblo y que fué una villanía sin nombre, un crimen sin perdón enviar millones de hombres al matadero.

En tanto que los soldados les llevan a la cárcel de Pedro y Pablo, de la que han salido los revolucionarios, Schturmer decía a Sukhomlinov:

—¡Nos matarán! ¡Nos matarán!

Sí, todos aquellos hombres que a tantos otros condenaron a muerte sin previo proceso; todos aquellos ministros que se burlaron de las leyes escritas y de las leyes naturales para no atender más que a las de su capricho y de su voluntad extraviada, han de morir para pagar sus crímenes; pero una vez más se cumple la ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente. Morirán; pero después de haber padecido en la cárcel, después de saber el efecto que producen en el cuerpo y en el espíritu el hambre y la suciedad asquerosa, el abandono y el odio que no perdona. Morirán acorralados como las fieras, a manos de una turba de desalmados.

Con la prisión de esos gobernantes sin decoro y sin seso, acaba el prólogo de la Revolución.

La Duma, bien o mal elegida, manda en Rusia. De su seno sale el primer gobierno nacional. El 14 de marzo se respira en el inmenso imperio con el ansia y el desahogo que respira el que despierta de una pesadilla atroz e insoportable.

CAPITULO VI

LA ABDICACIÓN

Frederics, ministro de la Corte; Nilov, ayudante del Emperador; Voieikov, comandante de palacio, que estaban con Nicolás II en el cuartel general del ejército, en Mohilev, emplearon—con pésimo acierto—la censura, que antes ejercieron en otro sentido, para que el Czar no se enterara de lo que sucedía en Petrogrado.

Interceptaron telegramas que explicaban a Nicolás II la situación de la capital, la impotencia del ministerio para someter a los obreros, la insubordinación del ejército y los poderes que se arrogó el Comité Ejecutivo de la Duma. Imaginaban aquellos cortesanos ignorantes que la excitación del pueblo calmaría con igual facilidad que había estallado.

La Emperatriz, por su parte, en sus cortos despachos manifestaba suma seguridad, quitando importancia a lo ocurrido y a lo que ocurría. Quizá tal seguridad se debía a que ella misma ignoraba en Tsarkoie-Selo el verdadero estado de la capital.

Pero todas las precauciones adoptadas para tranquilizar a Nicolás II, no pudieron impedir que conociera una parte de la verdad. El día 11, la Emperatriz le telegrafió:

"La situación empeora"; el 12, dijo: "Algunas tropas fraternizan con el pueblo"; el 13, aconsejó: "Conviene hacer concesiones."

Alarmado Nicolás II, ordenó marchar hacia Tsarkoie-Selo. Se puso en movimiento el tren imperial, el 13, a las cuatro de la madrugada.

Se pudo llegar hasta la estación de Malaia-Vichera; de allí no se pudo pasar; los amotinados eran dueños de la vía férrea. No se podía llegar a Tsarkoie-Selo. Fué necesario retroceder hacia Pskov, donde estaba el general Ruszky. Para explicar la detención del tren, hubo que decir la verdad al Emperador. Lloró al saberla, como Boabdil al dar el adiós a Granada; pero no estaba la Emperatriz viuda allí para decirle, como Aixa a su hijo: "Llora como mujer, lo que no supiste defender a fuer de hombre."

Al llegar a Pskov, conferenció con el general Ruszky, a quien dijo que estaba dispuesto a nombrar un ministerio responsable.

—Es demasiado tarde, señor; esta concesión no basta.

El día 15 Ruszky conferenció durante dos horas por teléfono con Rodzianko, presidente de la Duma. Cuando repitió el general lo que le dijera Rodzianko y le hubo enseñado los telegramas de los generales rusos Brusilov y Evert, que aconsejaban la dimisión, el Emperador firmó un telegrama dirigido al presidente de la Duma declarando su intención de abdicar a favor de su hijo Alejo.

El telegrama se cruzó con otro en el que se avisaba que dos comisionados de la Duma, el diputado Chulguin y el ministro Gutchkov, del gobierno provisional, se dirigían a Pskov para conferenciar con el Emperador.

Este preguntó al general Ruszky:

—¿Qué opina usted del ejército?

—Que los soldados imitarán la conducta de sus compañeros de Petrogrado.

—¿No hay, pues, manera de resistir a los rebeldes?

—No; es imposible luchar contra el pueblo y los soldados reunidos.

Nicolás II calló y esperó en el tren a los delegados del pueblo.

He aquí en qué términos narra Chulguin la entrevista en que tomó parte principal:

"Al detenerse nuestro tren en la estación de Pskov, un ayudante del Emperador entró en nuestro departamento y nos dijo: "El Emperador les aguarda." En pocos pasos estuvimos junto al tren imperial. No sentía la menor emoción. Después de los días de agitación y tensión continuas que acabábamos de pasar en Petrogrado, habíamos llegado a ese límite de cansancio físico y de tensión nerviosa en la que no hay cosa que asombre ni que parezca imposible. Dijérase que se sueña despierto. Sin embargo, me molestaba tener que presentarme al Czar de americana, sucio, afeitado de cuatro días. Debía de tener el aspecto y la cara de uno de esos presos que el pueblo acababa de sacar de las cárceles antes de incendiarlas.

"Entramos en un vagón tapizado de color verde claro, muy iluminado. Estaban en él Frederics, ministro de la corte y el general Narischkin, mayordomo de palacio. El Emperador entró pocos momentos después, vistiendo uniforme de uno de los regimientos caucasianos. Tenía el semblante tan impasible como de costumbre. Nos tendió la mano y antes se mostró amable que frío. Se sentó y nos rogó que le imitáramos. Gutchkov se sentó a su lado, junto a una mesita, y yo enfrente de Gutchkov. Frederics se instaló algo más lejos y el general Narischkin en un rincón, ante una mesa y dispuesto a escribir, pues el Emperador le

había pedido que consignara por escrito los detalles todos de la conversación.

"El general Ruszky entró en aquel instante, se excusó de no haber llegado puntual y tomó asiento a mi lado, es decir, frente al Czar.

"Gutchkov tomó la palabra. Temía que se mostrara despiadado y que dijera crueles verdades al Emperador. Pronto me tranquilicé. Gutchkov habló larga y fácilmente; todos los miembros del discurso se sucedían en orden perfecto. No mentó lo pasado. Limitóse a exponer lo presente, procurando hacer comprender a su interlocutor, que le escuchaba sin hacer un movimiento, hasta qué abismo había rodado el país.

"Hablaba con la vista fija en el suelo y la mano derecha encima de la mesita. No veía al Emperador y así le era más fácil llegar hasta el fin de su penoso discurso. Lo terminó diciendo que la única salida de la situación consistía en abdicar el soberano en su hijo Alejo, dejando al gran duque Miguel la regencia.

"En el momento en que Gutchkov pronunciaba estas palabras, Ruszky me dijo al oído:

—"Ya es cosa decidida.

"El Emperador le contestó. Su voz y sus ademanes eran mucho más tranquilos que lo fueron la voz y las palabras del ministro, conmovido por la grandeza de aquellos momentos.

"—Ayer y hoy—dijo Nicolás II en el tono que hubiera empleado para hablar de una cosa cualquiera—he reflexionado mucho y he decidido abdicar. Hasta las tres de hoy me sentía dispuesto a hacerlo en favor de mi hijo; pero luego he comprendido que me sería imposible separarme de él.

"El Czar marcó una pausa y prosiguió con la misma calma:

"—Supongo que me comprenderán ustedes. A causa de ello, determiné abdicar en favor de mi hermano.

"Calló como aguardando una respuesta.

"Entonces dije:

"—Esta proposición nos sorprende. Sólo habíamos previsto una abdicación en favor del Czarevitch Alejo. Por ello pido autorización para hablar algunos instantes en particular con Alejandro Ivanovitch (Gutchkov), a fin de dar una respuesta concertada.

"El Czar consintió. Nos alejamos un instante. No recuerdo cómo reanudamos la conversación; pero sí que consentimos en lo que quería Nicolás II. Gutchkov dijo que no se sentía capaz de combatir el móvil paternal que inspiraba la conducta del monarca y que estimaba imposible toda presión en ese orden de ideas. Me pareció que estas palabras producían satisfacción en el soberano que estábamos destronando. Por mi parte, declaré que el deseo del Czar, aunque cuando se oponía a una decisión ya tomada, se explicaba perfectamente. La separación del padre y del hijo crearía una situación muy delicada. El Czar niño pensaría de continuo en sus padres ausentes y quizás llegaría a sentir una hostilidad invencible para quienes le separaron de ellos. Además, ¿podía el regente prestar juramento a la Constitución en nombre de su sobrino? Este era el punto enmarañado. En cambio, ninguna complicación suscitaría la elevación al trono del gran duque Miguel, que podía prestar el juramento requerido y ser un buen monarca constitucional.

"Aceptamos, pues, la decisión del Emperador.

"Este nos preguntó entonces si podíamos garantizar que el acto de la abdicación calmaría la tormenta popular y no

provocaría, por lo contrario, una nueva efervescencia. Respondimos que todo indicaba que no eran de temer nuevas complicaciones.

"Entonces el Czar se levantó para pasar al compartimiento contiguo. Volvió a las once y cuarto llevando en la mano derecha algunas hojas de papel de mediano tamaño.

"Nos dijo:

"—Aquí está la abdicación. Lean.

"Y leímos a media voz:

"Por la gracia de Dios, nos, Nicolás II, Emperador de todas las Rusias, Czar de Polonia, Gran-Duque de Finlandia, etc., etc., a todos nuestros fieles vasallos hacemos saber:

"Mientras peleábamos con el enemigo exterior que desde hace tres años se esfuerza por poner nuestra patria bajo su vasallaje, Dios ha querido enviar a Rusia una nueva y tremenda prueba. Disturbios y motines interiores amenazan repercutir de un modo fatal en la marcha ulterior de la guerra. Los destinos de Rusia, el honor de nuestro ejército heroico, la dicha del pueblo, el porvenir de nuestra querida patria, quieren que la guerra termine a toda costa con una paz victoriosa.

"Nuestro cruel enemigo hace sus últimos esfuerzos y se aproxima el momento en que nuestro ejército, en unión de nuestros aliados, lo vencerá de un modo definitivo.

"En estos días decisivos para la existencia de Rusia, creemos que nos incumbe el deber de facilitar a nuestro pueblo una unión íntima y la organización de todas sus fuerzas para realizar una victoria rápida.

"Para ello, de acuerdo con la Duma del Imperio, decidimos abdicar la corona y abandonar el poder supremo.

"No queriendo separarnos de nuestro amado hijo, legamos nuestra herencia a nuestro hermano, el gran duque

Miguel Alejandrovitch, bendiciéndole por su advenimiento al trono. Le pedimos que gobierne de acuerdo con los representantes de la nación en la asamblea legislativa y que les preste un juramento inviolable en nombre de la patria.

"Hacemos un llamamiento a todos los fieles hijos de la patria, rogándoles que llenen su deber sagrado y patriótico obedeciendo al Czar en este penoso momento de prueba y que le ayuden a conducir el Estado ruso por el camino de la prosperidad y de la gloria.

"¡Dios guarde a Rusia!"

"Este documento estaba mucho mejor redactado que el que durante el viaje habíamos abocetado mi compañero y yo.

"Unicamente rogué al Czar que incluyera estas palabras: *Y que les preste un juramento inviolable en nombre de la patria.* De este modo Miguel Alejandrovitch sería un soberano constitucional en toda la acepción de la palabra. Los acontecimientos han perfeccionado la forma de gobierno que entonces preveíamos.

"El acta fué copiada a máquina y el Emperador firmó con lápiz.

"Cuando hubimos leído y aprobado la fórmula, me parece que nos estrechamos las manos; pero estaba a la sazón incontestablemente conmovido y puedo engañarme. Recuerdo que cuando miré el reloj por última vez, señalaba las once menos doce. Este acontecimiento, de importancia capital, se desarrolló, pues, entre las once y las doce de la noche del 15 al 16 de marzo de 1917.

"Nos despedimos. Me parece que, en aquel instante, todos abrigábamos buenos sentimientos. Por mi parte, experimentaba una piedad inmensa por aquel hombre que

acababa de rescatar, con una firma, sus faltas pasadas. El Czar estaba sereno y sin el menor enojo.

"Nos entendimos con el general Ruszky para tener, por lo menos, dos ejemplares de acta, firmados por la propia mano de Nicolás II, pues temíamos que en aquellos días turbulentos se extraviara el documento que nos llevábamos. Un ejemplar fué entregado al general y nos llevamos el otro."

CAPITULO VII

JORNADAS REVOLUCIONARIAS

Fuí uno de los soldados que más influyeron en sublevar el regimiento de Volhinia, el primero que, en masa, se adhirió a los revolucionarios y acometió a los agentes de policía que disparaban las ametralladoras contra la muchedumbre.

Durante veinte horas seguidas, al frente de tres compañías, me batí contra los odiosos y odiados "faraones" sostenedores de la Okhrana.

Cuando, el día 14, quedó Petrogrado en poder del pueblo y ya no fué de temer una reacción de los antiguos dueños de Rusia; una vez hubo abdicado el Czar y estuvieron encerrados en los calabozos de sus antiguas víctimas los ministros concusionarios, los palatinos malvados y los sostenedores del antiguo régimen, las tropas que había en la capital y en sus cercanías se encontraron en una situación anormal de todo punto. Los jefes habían desaparecido y no comparecerían más entre nosotros; muchos de los oficiales imitaron a los jefes; los cajeros no aparecían por ninguna parte y los soldados no tenían confianza en los pocos oficiales que permanecían en sus puestos. Temían mis compañeros que los que hasta entonces habían esta-

do a las órdenes del Czar, quisieran reponer a éste en el trono. Y si eso ocurría, ellos—los soldados—serían castigados de un modo atroz por haber ayudado al pueblo en su lucha contra la autocracia.

Para que las unidades no se dispersaran, era preciso que tuviesen jefes, y que esos jefes inspiraran confianza absoluta a los soldados.

Consultáronnos a varios otros sargentos y a mí. No sé a cuál de mis compañeros se le ocurrió la única solución que podía tomarse en aquellos momentos:

—¡Que se elijan por aclamación los jefes!

Se aceptó la propuesta. Reunidos los soldados de cada regimiento en distintos puntos de la ciudad, procedieron a la elección.

El regimiento de Volhinia estaba en la plaza de la catedral de Kazán. No sé cómo se las compondrían las demás unidades para elegir pronto y bien. Los de Volhinia armaban una barahúnda tremenda; chillaban diez o doce soldados a un tiempo. Se propuso a varios oficiales—escogidos entre los mejores—y ninguno fué aceptado.

De pronto, un soldado de mi compañía, Piotr Korolensk, un gigante famoso por sus fuerzas descomunales y su valor a toda prueba, subióse a un poyo y, con gran asombro mío vociferó:

—¡Propongo al camarada Vladimiro Michenko!

—¡Hurra! ¡Hurra por Vladimiro Michenko!

Ese Vladimiro era yo.

Los que me rodeaban me preguntaron:

—¿Aceptas?

Y, sin esperar mi asentimiento, me empujaron hacia donde estaba Piotr, me encaramé a su lado de un salto, resonaron aclamaciones estruendosas y me encontré, en

un momento, convertido de sargento en coronel de uno de los mejores regimientos del ejército ruso.

La Duma aprobó los nombramientos. Los oficiales que permanecían en las filas se conformaron. En el cuartel había varios de ellos. Escogí a los mejores y en poco rato quedé improvisado aprendiz de general.

Como durante los primeros días de la revolución, ni el Comité Ejecutivo de la Duma, ni el gobierno provisional se cuidó de los obreros ni de los soldados para disciplinarnos a todos en cierto modo, creímos que lo más prudente y necesario para salvaguardar nuestros intereses, era formar un *soviet* (consejo) de obreros y soldados.

Así, por un descuido inconcebible, hubo en Petrogrado y más tarde en Rusia entera, desde las primeras jornadas revolucionarias hasta el golpe de estado de octubre, que dió el poder a los bolcheviks, dos organismos gobernantes, que muchas veces se contrastaron y repelieron. Uno de ellos representaba la tendencia conservadora, el otro, el nuestro, encarnaba la revolución comunista, tal como la entendían casi todos los que expusieron su existencia luchando contra la Okhrana y los cosacos, desde 1905 hasta marzo de 1917.

De haber sabido encauzar por otros derroteros las fuerzas vivas de la nación, los que se imponen en momentos dados por el número y la masa sumados al ansia de justicia y libertad, quizá no pasara Rusia por la tremenda crisis de la que saldrá o regenerada o aniquilada. Lenin no hubiera sido dictador y Kerensky permaneciera más tiempo en el poder, o, por lo menos, no se hubiese visto obligado a expatriarse.

Cuando se trató de aunar todas las fuerzas revolucionarias para evitar que reaccionaran la burocracia y la autocracia, ya era tarde, para hacer lo que se debió realizar

en los primeros momentos. En la sociedad naciente había ya dos tendencias, dos núcleos netamente distintos uno de otro. Los mencheviks, o los del programa mínimo, que comprendían a los antiguos partidos liberales, y los bolcheviks o de las máximas reformas, que a toda costa querían acabar hasta con la sombra del antiguo régimen y con todo lo que pudiera recordar las viejas instituciones y que estaban apoyados por los soviets de soldados y obreros.

Fuí uno de los miembros del soviet de Petrogrado. Estaba seguro de que con un poco de buena voluntad se podría convertir mi país desdichado y pobre en una nación libre, feliz y rica. Los veinte años permiten esas ilusiones. Pero me afirmaba en ella el claro conocimiento que tenía de la buena voluntad de mis compañeros de soviet, animados todos del mismo deseo que abrigaba yo de regenerar a mis conciudadanos. Uno solo de mis camaradas de consejo, Alejo Radnik, obrero mecánico, no participaba de las ilusiones que teníamos los demás.

Afirmaba que la fraternidad que predicábamos nosotros era muy buena en teoría; pero que no podría imperar en la práctica hasta que se hubiese acabado con la raza entera de los antiguos opresores.

—Todo el que hable de perdón y fraternidad con los antiguos verdugos, es un imbécil o un traidor. Cuando en un campo crece la cizaña, hay que acabar con ella, extirpar hasta su semilla maldita; de lo contrario, renace y echa a perder la cosecha.

—Siguiendo tus consejos, se perpetuaría el odio entre los hombres.

—No, porque suprimidos los odiados, los demás pueden quererse y se querrán como hermanos. Hasta que se haya extinguido la raza de los que se creían elegidos, ni tregua ni perdón.

Las multitudes seguían la doctrina de Radnik. Durante los dos primeros días hubo una matanza espantosa de agentes de policía, de porteros, de comisarios.

Fué tan súbito y general el movimiento revolucionario, que no pudieron ponerse en salvo los antiguos victimarios. Algunos se salvaron—no muchos—porque sólo les conocía un corto número de gentes; pero todos los otros perecieron, a pesar de haberse escondido.

Los porteros, agentes todos de policía, viles delatores de los mismos que les pagaban, fueron asesinados en mitad de la calle, sin formación de causa.

Los "faraones", es decir, los agentes de orden público y todos los de la policía secreta, conocidos, odiados y temidos, cayeron uno tras otro.

En los barrios obreros, fueron víctimas de sus malas mañas muchos tenderos que, protegidos por las autoridades, estafaban escandalosamente en el peso y medida y daban gato por libre, enriqueciéndose a costa de los infelices que tenían necesidad de proveerse en sus fementidas tiendas.

Abiertas las puertas de las cárceles, salieron a la calle, juntamente con los presos políticos, los que purgaban delitos comunes, y al advertir que no había agentes de la autoridad, en las primeras horas de su excarcelación, juntándose quince o veinte de la misma calaña, saquearon armerías, joyerías y penetraron en tiendas de lujo, reventando las puertas para apoderarse del dinero que podía haber en las cajas. Hubo también asaltos de pisos donde habitaba gente rica y allí se entregaron a un saqueo escandaloso.

De hora en hora aumentaba el número de los malhechores y crecía de punto su audacia. El gobierno provisional cuidaba de otros menesteres, la Comisión Ejecutiva

de la Duma tenía ocupaciones y preocupaciones de más cuantía.

Fué el soviet quien puso freno a los desmanes de ladrones y bandidos de la peor especie. Se me comisionó a mí para escoger quinientos soldados que, divididos en diez grupos y armados hasta los dientes, recibieron el encargo de fusilar en el acto a todos los malhechores que pudieran capturar.

Los que saqueaban tiendas, al ver que se acercaba una patrulla de soldados, no cesaban en su tarea vandálica. Los soldados y los obreros les habían devuelto la libertad. ¿Qué podían temer de ellos?

Al cabo de un momento, si alguno había podido escapar, estaba desengañado y arrepentido. Los soldados cazaban a los que huían, mataban a los que se resistían, fusilaban a los que, ya tarde, pedían misericordia.

Empezó la represión a las dos de la tarde. Al anochecer, había terminado. En aquel breve espacio de tiempo fueron fusilados o acribillados aproximadamente novecientos ladrones.

A los que perseguían por las calles o por los paseos a agentes de policía, no se les impuso ningún castigo y los mismos soldados ayudaron a limpiar la ciudad de tales hombres.

Era un espectáculo bárbaro ver la caza del hombre; pero el castigo de los antiguos crímenes, de las iniquidades sin nombre, era de todo punto necesario. Para imponerlo se juntaron paisanos y militares y en las dos primeras jornadas de la revolución perecieron más de ocho mil agentes de la Okhrana y dos o tres mil tenderos, empleados, prestamistas y popes simoníacos.

Cuando volví a reunirme con mis compañeros de soviet, pude decirles que el saqueo de tiendas y pisos ha-

bía terminado y que, en lo sucesivo, los pocos ladrones que quedaron con vida se guardarían de repetir sus fechorías.

Radnik escuchó en silencio mis palabras y luego replicó con pausa:

—Lo que has hecho, a nada bueno conduce, como no sea a suprimir unos cientos de parásitos, nocivos como todos los parásitos.

—He evitado los saqueos.

—¿Cómo habían reunido sus fortunas los saqueados?

—No lo sé, ni me importa; lo esencial es que he evitado nuevos crímenes y atropellos. Recuerda la doctrina de Tolstoi.

—Era un gran escritor; pero un mal revolucionario.

Como Radnik, pensaban millones de hombres en aquel momento en el vasto territorio de Rusia.

Todos querían la paz, la laboriosidad, la honradez; pero después del castigo.

Las noticias que, minuto tras minuto, se recibían de distintos puntos, confirmaban que la revolución triunfaba en lo que fué Imperio. Desde el Kamchatká al Báltico, de Arkhangelsk a Tiflis, las autoridades nombradas por el autócrata habían dimitido, habían huído o fueron fusiladas.

En los distritos rurales—especialmente en los de las provincias del centro y sur—los aldeanos, más embrutecidos que los obreros, cometieron mil y una atrocidades. Saquearon las casas de los propietarios rurales, las incendiaron y asesinaron a muchos administradores y ardieron centenares de bosques, sin provecho para nadie. La maldad estúpida se impuso al buen sentido. Los hombres que no tenían leña para calentarse, quemaron centenares de miles de árboles; muchos que no tenían aperos de labran-

za ni carros para el transporte de los productos agrícolas, destruyeron una y otra cosa por el solo hecho de que pertenecían al odiado barin. Se perdieron inmensas riquezas en unas horas. Después de los horrores de la tiranía, vendrían los del hambre, a causa de la imprevisión y de las pasiones salvajes engendradas por aquéllos.

CAPITULO VIII

DE KERENSKY A LENIN

Desde los primeros días de la revolución fuí conocido como uno de los revolucionarios más "puros". En el soviet tenía bastante influencia, sin duda a consecuencia de mi robustez y de la resistencia de mis pulmones, que me permitían hablar en voz alta durante horas enteras.

Ignoro todavía a estas horas qué motivos tuve para figurar en las filas de los delegados más radicales que había en el soviet; pero el caso es que era así y no de otro modo.

Fuí uno de los primeros que proclamó en voz alta que era preciso hacer la paz a toda costa y cuidar, no de lo que les podría ocurrir a las demás naciones, sino de lo que se debía hacer en favor de la nuestra.

—¿Eres coronel y declamas contra la guerra?—me preguntó un ex emigrado, ingeniero y noble a un tiempo.

—Nada tiene que ver mi grado con las teorías que sustento. Dejaré de ser coronel tan pronto como pueda. En cambio, no abandonaré mis ideas ni aun cuando me caiga de viejo.

—¿Por qué aborreces la guerra?

—Porque sólo desastres engendra. ¿Sabes en qué si-

tuación están los polacos y los galitzianos después de tres invasiones?

Aun cuando mi padre tenía una pequeña propiedad en el gobierno de Poltava, desde el primer momento de la revolución propugné la abolición de la ley de herencia. Era, por entonces, un revolucionario hecho y derecho, y no de los teóricos, sino de los que en toda ocasión estaban dispuestos a romper lanzas por su ideal y a pagar con la piel si era necesario.

Había visto tantas iniquidades, injusticias tan grandes que era, y es todavía, evidente para mí la necesidad de constituir la sociedad humana sobre bases muy distintas de las que ahora la sustentan.

A causa de ello, sin duda, mi nombre aparecía a menudo en los periódicos en son de alabanza o censura. Todos los que leían diarios me conocían de nombre. Todos los diputados de la Duma y los miembros del soviet me trataban a fuer de camarada.

Pasaba una tarde por la Mokhovaia hablando con unos amigos, cuando de pronto oí una voz juvenil y conocida que decía:

—Te digo que es Michenko.

Volví la cabeza. Dos muchachas que acababan de cruzarse conmigo y que iban acompañadas de una señora vieja, se volvían también a medias para mirarme.

Saludé. Eran Olga y Ana, las hijas del barin de Cherkasy. Olga, replicando a su hermana, había levantado la voz sin advertirlo y yo oí mi nombre pronunciado por sus labios como cinco años antes.

Respondieron ambas hermanas a mi saludo con una franca sonrisa y una leve inclinación de cabeza. Sin duda el encuentro de un hombre de Cherkasy, la aldea perdida entre bosques, les producía buen efecto.

A mí me lo produjo mejor que Olga recordara mi nombre.

Aquella noche, cuando hube llegado a mi casa, atronado aún por los gritos que acababa de oír y de proferir en el palacio de Táurida, donde junto con mis amigos había estado buscando remedio para los estragos que el desaparecido Imperio causó a Rusia, aquella noche, digo, antes de dormirme pensé mucho rato en Olga. Estaba convertida en una de las mujeres más bellas y graciosas que yo había visto, y era atractiva y simpática como nunca.

Sabía dónde su padre tenía una magnífica casa y al día siguiente, movido por uno de esos impulsos a los que no se puede resistir, me encaminé a la plaza Znamenskaia y allí me enteré de que el barin y sus hijas estaban en Petrogrado desde hacía más de un año. Supe que antes de la revolución hacían vida muy retirada y que apenas salían a paseo, y jamás iban al teatro. Su padre, viejo y gruñón, no permitía que las pobres muchachas se divirtieran.

Al criado que me dió estas noticias, le prohibí en absoluto que hablara de mí a las dos hermanas; pero le recomendé que si les ocurría algún tropiezo a sus amos o a él mismo, contaran conmigo y con la poca o mucha influencia que pudiera tener en mi calidad de miembro del soviet de Petrogrado.

Pensé que su servidor les diría cuanto le encargué que callara y volví al palacio de Táurida, donde, bajo la presidencia de Tcheidze, el soviet, gobierno ejecutivo que competía en atribuciones con el gobierno legal presidido por el príncipe Lvov, estaba reunido en sesión permanente para encauzar los acontecimientos del mejor modo posible a fin de que la revolución empezada, que amenazaba terminar en una monarquía constitucional, prosiguiera la mar-

cha que trazaron los autores del movimiento revolucionario de 1905 y se convirtiera en la dominación del proletariado.

Este era, a juicio de la inmensa mayoría de los que formábamos parte del soviet de obreros y soldados, el único camino que convenía seguir, el fin a que debían tender todos los esfuerzos. Si se conseguía, estaba asegurada la libertad de los rusos y se abría una nueva era quizá para la humanidad entera.

Lo malo es que no estábamos de acuerdo acerca del mejor procedimiento para lograrlo.

Dos grandes enemigos tenía el bienestar de Rusia: la autocracia y la guerra. Habiendo abdicado el Czar, poco era de temer la autocracia. Para asegurarse mejor contra un intento de reacción, Nicolás II, que después de abdicar se había convertido en el coronel Romanov, fué arrestado por orden del gobierno, a instancias del soviet, y se le dió por cárcel el palacio de Tsarkoie-Selo. El gran duque Miguel no se atrevió a decir desde el primer momento que renunciaba de buena gana a la herencia que cargaba sobre sus hombros su hermano, y para que no pareciese un desaire su negativa de ceñir una corona que chorreaba sangre, dijo que hasta que la nación, por medio de unas Cortes Constituyentes, declarara de un modo solemne su voluntad de conferirle el supremo honor del mando y la suprema carga de hacer la felicidad de un pueblo compuesto de mil elementos distintos, se abstenía de aceptar el trono. Quedaba, pues, descartado, de momento, el peligro de una reacción; pero la guerra proseguía y causaba la pérdida de millones de existencias y de miles de millones de rublos.

Urgía resolver el pavoroso problema. ¿Cómo ha de ser la guerra? Tal pregunta se hace desde la tribuna. Las

El Emperador Nicolás II en el Parque de Tsarkoie-selo, aonde la familia imperial estuvo cautiva seis meses

El Emperador, su hijo y compañeros de cautividaa, en el Parque de Tsarkoie-selo

opiniones son diversas. Lo mejor, a juicio de los menos revolucionarios, es una guerra ofensiva, que permita vencer a los alemanes en breves meses, contando con otra ofensiva enérgica por parte de los aliados. Pero, ¿se dispone de los elementos necesarios para esa ofensiva? Es evidente que no. Ni armas, ni municiones, ni soldados. Es decir, hay millones de soldados; pero ninguno de los que están en filas y han asistido a los combates de 1915 y 1916 sienten entusiasmo alguno. Es más; hay muchas deserciones. Con sus latrocinios, Sukhomlinov y sus hechuras han matado la confianza de la tropa. No; no es posible una grande ofensiva. Muchos son, por lo mismo, los que se deciden en favor de una lucha puramente defensiva. No hay que abandonar a los franceses, italianos y eslavos del Sur. Se continuará resistiendo la presión de las tropas germanas, y así se impedirá, con mínimo sacrificio, que puedan los ejércitos del Kaiser abrumar a los que emprendieron la guerra en compañía de Rusia y contando con su apoyo.

Pero hay algunos que sostienen ideas más radicales y una solución que puede dar mejores resultados a Rusia, por cuanto evita nuevas pérdidas de hombres y de dinero: que cese la guerra, que se firme a toda prisa la paz por separado, que los rusos cuiden de restañar la sangre que mana de las heridas que ha recibido Rusia; que el pueblo, en vez de preocuparse por abstracciones, se apresure a trabajar por su propia prosperidad. El gran duque Miguel rechaza la herencia que se le adjudica, porque la cree perjudicial para sus intereses, porque no se siente con energía bastante para aceptar las cargas que implica. ¿Por qué ha de aceptar Rusia un compromiso que contrajo el régimen caído y odiado? Es posible que los alemanes impongan condiciones duras. No importa. Rusia es bastan-

te fuerte para resistirlas y algún día se arrepentirá Alemania de su tiranía. Quien impondrá las condiciones no es el pueblo alemán, sino el Kaiser. ¿Acaso éste es más fuerte que el Czar? Caerá Guillermo II como ha caído el último de los Romanov y el pueblo alemán no querrá oprimir al pueblo ruso. Hay que acabar la guerra como se ha acabado con el despotismo. Esa es la opinión de bastantes sovietistas.

No prevalece, sin embargo. El gobierno se declara, influído por los embajadores de los países aliados, por la continuación de la guerra y por emprender una ofensiva enérgica.

He aquí cómo explica un revolucionario minimalista las causas que produjeron las deserciones en masa en el frente de combate y que amenazaron por unos días dejar a Rusia sin defensa, llegando a la paz sin tratado siquiera:

"El antiguo régimen ha hecho todo lo posible por apagar el ardor combativo del ejército. Los obreros y campesinos rusos marchaban al frente con la muerte en el alma, sin el menor entusiasmo, maldiciendo al gobierno, odiando a los oficiales. No eran soldados ciudadanos, sino esclavos a quienes se arrastraba al campo de batalla, como se lleva las reses al matadero. Mal vestidos, mal alimentados y peor armados, sólo a fuerza de una disciplina de hierro se les mantenía en las trincheras.

"La revolución rompió las cadenas de esa disciplina soportada a la fuerza. Millares de soldados, al saber que el antiguo gobierno ya no existía, arrojaban los fusiles y se apresuraban a volver a sus casas. Aumentó las deserciones el rumor de que el nuevo gobierno iba a repartir las tierras imperiales entre los campesinos, y todos procuran volver a sus pueblos, para no ser olvidados en el

reparto. Batallones y regimientos enteros desertan. El frente queda desguarnecido por completo en algunos puntos.

Parece que todo va a desquiciarse; pero el gobierno hace llamamientos al patriotismo; algunos socialistas notorios, como Plekhanov, invocan la independencia necesaria para salvaguardia las libertades que se acaban de conquistar; el ministro de la Guerra avisa que hasta mediados de mayo tienen tiempo los desertores de volver a unirse a sus regimientos, y el gobierno todo asegura que al hacer el reparto de tierras no se prescindirá de los que estén en filas. Por otra parte, en muchos pueblos los desertores fueron recibidos con frialdad y no pocos padres riñeron a sus hijos por haber faltado a la disciplina.

"Esto hizo que muchos de los desertores volvieran a ocupar su sitio. El gobierno, por su parte, dictó medidas eficaces para abaratar las subsistencias. Se linchó a varios acaparadores y las autoridades se incautaron de enormes cantidades de harina, conservas, arroz y azúcar que los que pagaron su codicia con la cabeza habían escondido para vender a precio de oro. Al mismo tiempo, se mejora las condiciones del tráfico ferroviario y el trigo, la leña y todos los alimentos principales llegan a la capital.

Brusilov, el caudillo afortunado de la segunda ofensiva victoriosa contra Austria, y que fué uno de los primeros generales que se adhirieron a la revolución, decía que a la antigua disciplina había sucedido otra tan eficaz, que dimanaba de la convicción de los soldados y que prometía mejores resultados que la otra, porque nadie tendría interés en quebrantarla.

Hacía cuanto podía el gobierno a fin de que triunfaran los que querían una revolución burguesa; pero los delegados al consejo de obreros y soldados agotábamos nuestras energías y encontrábamos en nuestros ideales

otras nuevas, para que la revolución redundara en beneficio de los más, sin calcular que nuestros deseos eran irrealizables por un cúmulo de circunstancias.

Pero la muchedumbre calculaba aún menos que nosotros y la entusiasmaban nuestras peroratas y promesas. El hombre que tenía más prestigio entre los bolcheviks, Lenin, emigrado que pasó largos años en Francia y Suiza, austero, incapaz de mentir, desinteresado hasta lo inconcebible, orador claro y enérgico, escritor preciso e incisivo, había vuelto a Rusia y con varios amigos fundó hasta media docena de periódicos que la gente se arrebataba de las manos así que salían a la calle.

Era enemigo no solamente de los antiguos ministros y empleados, sino de los capitalistas y banqueros. En uno de los primeros números de *Pravda,* decía:

"Ha llegado la hora de ajustar cuentas a todos los que poseen más de lo que necesitan para vivir y a cuantos lo poseen, no por su trabajo, sino por el trabajo ajeno (por herencia o por el empleo de cientos o miles de obreros). Es inútil discutir, tergiversar, suplicar. La desigualdad que hasta ahora ha subsistido, debe desaparecer. No sólo las fortunas cuantiosas deben ser repartidas, sino que han de verse obligados a trabajar los que holgaron hasta el presente. Pan para todos los rusos; pero ganado con el trabajo."

A los obreros y campesinos les encantaba este lenguaje. *Pravda* (La Verdad), se vendía más que otro periódico en Rusia entera. Su propaganda hace millones de adeptos. "Trabajando todos, nadie trabajará con exceso. La revolución permanente es buena para todos, menos para los zánganos. A éstos, por lo mismo que no trabajan, hay que echarlos de la colmena." Tales afirmaciones entu-

siasmaban a los lectores y a los auditores cuando Lenin las formulaba de viva voz.

Los mismos que en las jornadas de marzo se batieron contra los "faraones", empiezan a gritar contra los ministros. En algunos puntos comienzan a manifestarse los primeros síntomas de una descomposición que acabará por ganar el cuerpo inmenso de Rusia. Finlandia quiere su independencia. Los caucasianos se agitan. Los ukranianos también desean emanciparse, formar una nación autónoma; en Siberia se nota un movimiento separatista.

El príncipe Lvov y sus compañeros de gabinete quieren cortan la propaganda maximista o bolchevik. Se opone únicamente a ello Kerensky, que dice que dimitirá antes que tomar medida alguna contra el soviet de obreros y soldados. Dimiten algunos ministros; entran otros; pero sigue el desconcierto y por fin el príncipe Lvov presenta la dimisión y le sucede Kerensky.

Impelido por los embajadores de las náciones aliadas, Kerensky se decide a que las tropas rusas emprendan una ofensiva. En vano muchos de sus amigos procuran disuadirlo de tan descabellado propósito y no produce efecto la advertencia del general Brusilov, que declara que aquella ofensiva está destinada a un desastre completo. Kerensky no quiere escuchar a nadie. Afirma que el deber ordena y que no se debe desoír su voz.

La ofensiva contra los austriacos se inició a primeros de julio. Lo mejor del ejército ruso, al mando de los generales Brusilov y Kornilov, dió una acometida tremenda en la región de Lemberg y Vladimir-Volinsky. En diez días de avance continuo ganó mucho terreno e hizo más de 30,000 prisioneros; pero gran número de soldados se negaron a continuar combatiendo; los alemanes contraatacaron y fué preciso retroceder a toda prisa, perdiendo

Tarnopol y Stanislau y dejando abierto el camino de Odessa. Al mismo tiempo que ocurría ese desastre en la línea de combate y que desertaban más de millón y medio de nombres, en Petrogrado ocurrían motines de la muchedumbres, que aclamaba a los bolcheviks y vociferaba contra el gobierno. Kerensky tuvo que dar orden de detener a Lenin y a sus compañeros. Aquél puso pies en polvorosa antes que pudiera ser encarcelado; pero sus tenientes quedaron detenidos. La insurrección de Finlandia y de Ukrania amenazaba grandemente la unidad territorial de Rusia.

El 4 de agosto, viendo que no podía dominar la insubordinación del ejército, ni contener el avance de los alemanes en el Sur, ni obtener una tregua de los bolcheviks, que extremaban su propaganda, Kerensky presentó la dimisión. Como nadie quiso encargarse del poder, formó el mismo Kerensky un ministerio de coalición y, nombrando generalísimo del ejército a Kornilov, procuró por todos los medios posibles vencer la situación, que cada vez era más apurada. El 25 del mismo mes reunió una asamblea en Moscou; pero nada decisivo hicieron los reunidos; la agitación crecía; hubo motines en Petrograd a causa de la carestía de los alimentos y las dificultades de aprovisionamiento fueron tales, que se pensó en evacuar la capital.

La situación empeora todos los días. Los partidarios de la revolución permanente ganan terreno. Los soldados están indisciplinados y sólo obedecen a contados jefes y oficiales. Los campesinos, en muchos puntos del territorio ruso, se reparten las tierras de los grandes propietarios, sin que los zeursvi puedan impedirlo. Es necesario atajar el desbordamiento de las malas pasiones. Pero Kerensky, encumbrado por la revolución, aplaudido por las masas, no se atreve, ni quiere imponerles un freno que recuerde el

que soportaron durante siglos. Quizá no es por amor hacia los proletarios que no lo impine, sino por temor.

Quien se ha acostumbrado a la libertad, no sabe prescindir de ella. El que rompió el yugo, no permite que se le imponga otro. Pero las circunstancias apremian y Kornilov es nombrado generalísimo. Pide poderes para restablecer la disciplina. Pide la pena de muerte contra los soldados que huyan ante el enemigo. Y, forzados por la gravedad de la situación, Kerensky y el soviet lo conceden. Así, quizás se contenga la anarquía que avanza. Kerensky ha hecho tales concesiones de mala gana y solamente compelido por la necesidad. Kornilov exige que la pena de muerte pueda aplicarse también a retaguardia del frente y que se supriman los comisarios civiles, que contrastan las disposiciones de los jefes militares cuando bien les parece, en uso de sus facultades discrecionales.

Los periódicos de los bolcheviks lanzan gritos de alarma. El ruido de las espuelas, el chocar de los sables, la ruda palabra de Kornilov, les amedrentan e irritan. Lo que se busca es la reacción, la tiranía. No se quiere salvar la patria, sino acabar con la soberanía del pueblo. Kerensky, encumbrado por el pueblo, se siente superior a él y exige obediencia, sumisión de esclavo. ¡Guay del que no le obedezca! ¡Para ese tendrán balas los fusiles de los soldados de Kornilov! El soviet vacila; Kerensky se arrepiente y niega a Kornilov las concesiones que cree necesarias. Empieza la oposición entre los dos caudillos, el civil y el militar, entre la toga y la espada. En vez de otorgar el jefe del gobierno la autorización pedida, de pronto, movido por un ímpetu de fraternidad, abre las puertas de la cárcel a los compañeros de Lenin. Trotsky, Kamenev, Zinoviev y los demás detenidos vuelven a presentarse en la sala de sesiones de Smolny, donde se les acoge con aplausos ca-

lurosos. A los pocos días, Trotsky hace que los compañeros quiten la presidencia del soviet a Tcheidze y él ocupa su lugar. Así consigue que el soviet, que poco antes vacilaba entre los maximistas y minimistas (bolcheviks y mencheviks) y que había aprobado en recientes ocasiones lo que Kerensky pedía, sea en lo sucesivo hechura de los maximistas.

El día 10 de septiembre quieren estos últimos hacer ostentación de sus fuerzas. Kerensky teme que venzan sus adversarios. De acuerdo con Kornilov, dispone que aquel día llegue a Petrogrado un cuerpo de caballería, de cuya disciplina responde el general. Pero los periódicos de Lenin denuncian la intención del dictador (Kerensky) que "quiere ahogar en sangre el clamor de regocijo que estaba dispuesto a lanzar el pueblo para conmemorar el primer medio año de su liberación. Recuerdan una frase de Savinkov, pronunciada en la asamblea de Moscou; "Un general popular, al frente de dos baterías montadas, someterá en pocos minutos a la guarnición de Petrogrado."

"Kerensky lee esos periódicos, atiende lo que le dice una comisión del soviet, que pretende que Kornilov intenta dar un golpe de Estado, puesto de acuerdo con otros generales y, vacilante como siempre, y como siempre temiendo perder no sólo la popularidad, que le es tan cara, sino el poder, cuyas ventajas aprecia y disfruta, se arrepiente de su pasada debilidad y por medio de un decreto pone fuera de la ley a los generales Kornilov, Lukomsky, Denikin, Markov y Kisliakov.

No le importa a Kornilov que se le haya destituído. Continúa mandando. Las tropas obedecen, le siguen. Avanza hacia Petrograd. Dimiten algunos ministros del partido cadete. Kerensky es nombrado generalísimo. Adopta medidas enérgicas. Reúne a los jefes de la guarnición y

recaba de ellos la seguridad de que han de sostenerle. Detiene a los generales Denikin y Markov. El soviet, que es enemigo de Kerensky, se pone a sus órdenes.

Las tropas que acaudilla Kornilov, en cambio, a medida que se aproximan a la capital, avanzan de mala gan. En el camino de Gatchina y en el de Luga, las avanzadas de Petersburgo y del cuartel general fraternizan. El general Kymov, que debía ocupar la capital al frente del cuerpo de caballería, se suicida. Kornilov está vencido. El general Alexeiev acepta el cargo de jefe del Estado Mayor general."

Kerensky asumía el poder civil y el militar. Había triunfado. Como sucesor de Nicolás II habitaba en el Palacio de Invierno, rodeado de esplendor. Podía creerse el dueño de Rusia.

Los que salieron victoriosos de aquella famosa jornada fueron los bolcheviks. A pretexto de que era menester afianzar la revolución y evitar un nuevo intento de cuartelada, se armó a más de cincuenta mil obreros, que no eran socialistas, sino comunistas y nuevamente se organizó y armó la famosa guardia roja, que tanto costó de desarmar después de las jornadas de julio.

Se organizó Comités de Salud pública, investidos de amplias facultades para aniquilar las últimas fuerzas reaccionarias. En provincias, el movimiento en pro de la democracia fué general y espontáneo. En ciudades, pueblos y aldeas, se creó Comités y Juntas consultivas o soviets especiales para impedir toda propaganda encaminada a restablecer las antiguas instituciones. Verdad es que únicamente en Petersburgo y en Moscou sabían esos Comités a lo que iban. Los demás, lo mismo podían pronunciarse en favor del gobierno legal que de los maximistas.

De todos los ámbitos de Rusia llegaban al Palacio de

Invierno telegramas de simpatía y obediencia, protestas de fidelidad a toda prueba. De Cronstadt y de Viborg acudieron soldados y marinos, mandados por jefes elegidos por aclamación, que se ofrecían al gobierno para defender el nuevo régimen y penetraron en el Neva torpederos y cañoneros para cooperar a la defensa del gobierno, si de ella necesitaba.

Los bolcheviks aprovechan la ocasión para fulminar contra todos los oficiales y jefes; para afirmar que los capitalistas son tan odiosos como los burócratas y los "faraones". Trotsky dice que no se debe respetar la propiedad privada y proclama la "guerra implacable, la venganza implacable, la matanza implacable contra los enemigos del proletariado".

Finlandia se proclama independiente y republicana el día primero de octubre. Las fábricas huelgan casi todas por falta de primeras materias, los aprovisionamientos llegan tarde y escasos, los ferroviarios proclaman la huelga cuando más necesarios son sus servicios. Kerensky cree o finge creer que aquello es una crisis. Así lo dice y hace que lo repitan los periódicos que defienden sus ideas. Pero los hechos dicen lo contrario.

En todos los grandes centros se nota una agitación tan viva, o más, que en Petrogrado. En Kiev, en Odessa y en Kharkov, estallan motines. Hay manifestaciones a millares contra la guerra. "Queremos la paz, de cualquier modo que sea, la paz a toda costa, así la traiga el diablo."

Los agentes bolcheviks han hecho creer a los aldeanos y a los obreros que cuando se haya firmado la paz con Alemania, cesarán los disturbios, no habrá que temer ninguna intentona zarista, abundarán los víveres y se regularizarán todos los servicios administrativos.

La indisciplina de los soldados aumenta de día en día.

El general Alexeiev dimite su cargo de jefe del Estado Mayor general, ocho días después de aceptarlo. Los restos del ejército no quieren batirse. Los diarios y los soviets lo han dicho: no hay patria. ¿Qué es, pues, lo que van a defender exponiendo su vida? Cuando por casualidad y a fuerza de súplicas consiente un regimiento en ir a las trincheras, entran en éstas más oficiales que soldados. Quizá no se firme la paz; pero seguro que no habrá guerra, pues no hay quien quiera batirse.

En las ciudades reina una miseria más grande que en tiempo de los czares. Cerrados casi todos los talleres y fábricas, hay miles y miles de obreros sin pan. Cuanto hacen las autoridades para darles de comer, no basta ni llega a lo que debiera. Así se comprende que todo sean atracos, saqueos, robos, incendios, crímenes. Los mismos propietarios no pueden comer, muchas veces. Los que tienen fincas urbanas, noc obran alquileres, los que las poseen rústicas no perciben un céntimo de arrendamiento. Turbas que salen de las ciudades se esparcen por el campo y saquean las aldeas y las fincas aisladas. Trigo, fruta, tubérculos, todo es bueno para los hambrientos. Y si encuentran dinero contante y sonante, mucho mejor. Los campesinos no siembran, a fin de que no les sean robadas las mieses.

El gobierno da órdenes; pero nadie las obedece. Cada cual hace lo que le da la gana. El exceso de tiranía ha engendrado una licencia sin ejemplo, una verdadera anarquía.

Y los bolcheviks, dirigidos por hombres de empuje y que saben lo que quieren, por Lenin, Trotsky, Kamenev, Zinoviev y otros camaradas, atizan la hoguera y no cesan de predicar la guerra de clases, el exterminio de los capitalistas y de los propietarios.

Hasta entonces, el gobierno revolucionario no ha dicta-

do ninguna medida contra determinadas clases y castas. Todo se andará.

Bien dijo Lenin que se había abolido el antiguo régimen; pero que faltaba implantar el nuevo, el que debía inaugurar la era de la libertad para el proletariado.

Todo parece dispuesto para jugar la partida decisiva. Kornilov y Alexeiev están en la cárcel. Los bolcheviks han convertido el palacio de Smolny en una fortaleza. Aun cuando cuentan con la guarnición de Petrogrado, no quieren dejar nada al azar. En las ventanas asoman las bocas de las ametralladoras; en todas partes se ve soldados y bayonetas. En el zaguán, dos cañones. Dentro, el estado mayor de los maximistas, acaudillados por Trotsky, que ansía llegar al instante decisivo de la lucha entablada desde que Lenin regresó de Alemania.

El 6 de noviembre, Kerensky sube a la tribuna del pre-Parlamento, como se llama una asamblea inventada por los ministros para oponerla al soviet de obreros y soldados. Emocionado, tembloroso, comprendiendo que ha llegado la hora suprema de rendir cuentas de su gestión antes de que el poder pase a otras manos, encuentra en aquellos momentos energía bastante para predecir lo que va a suceder; vigor suficiente para increpar al enemigo; entonación y palabras adecuadas para adjurar a sus amigos a que salven a Rusia de la catástrofe que se avecina. Dice que él será el jefe, que será el primero en dar el pecho. Todo son palabras. Nada de acción. Mientras, Trotsky afila las armas y da órdenes precisas a sus parciales, Kerensky habla. Y jamás se ganó batallas con palabras.

El día 7 es el combate. Los que temen, se retiran a sus casas; las tiendas, Bancos, templos, cuarteles, están cerrados. Algunos bolcheviks han convencido a los destacamentos de los alrededores de la capital, que no deben acudir

a ella, pase lo que pase. Y a una orden telefónica, se ponen en marcha grupos de la guarnición y se apoderan de las estaciones, de la fortaleza de Pedro y Pablo, de las centrales de telégrafos y teléfonos, del Banco Imperial, de los ministerios, de las imprentas de los diarios moderados. En menos de dos horas, la ciudad se encuentra desarmada, sin reservas de oro, sin comunicaciones. Todo ello se ha realizado sin disparar un centenar de tiros. De la fidelidad de algunos regimientos de la guardia y de cosacos que afirmaban los ministros, no hay nada, ni sombra siquiera. Los únicos que se han defendido contra los marineros de Cronstadt y la guardia roja, han sido los alumnos de la escuela de cadetes. La ocupación de las estaciones imposibilita la llegada de socorros.

Al mediodía, los bolcheviks han vencido sin lucha. Lenin entra en la ciudad conquistada. Una compañía del regimiento de Volhinia se apodera del edificio donde está reunido el pre-Parlamento. Los diputados se dispersan atemorizados.

Del primer gobierno revolucionario sólo persiste la sombra de un ministerio presidido por la sombra de un dictador. Kerensky quiere hacer un recuento de las fuerzas de que dispone. Un oficial, que oye sus palabras, le lleva a una ventana y le muestra doscientos hombres y unas cuantas ametralladoras que hay en el patio grande del Palacio de Invierno y cincuenta cosacos de caballería que están en el zaguán.

Kerensky palidece. Todo está perdido. No es posible resistir. Hay que rendirse. Y el hombre que encarna la vacilación desesperada, no vacila aquella vez. Desaparece del Palacio de Invierno sin advertir a nadie. Se le busca en vano.

Algunos ministros organizan un simulacro de resisten-

cia. Delante del Palacio de Invierno, la guardia roja pelea con los cadetes, que se defienden con energía.

Pero los bolcheviks avisan que van a bombardear el Palacio. Desde las ventanas de éste disparan sus defensores contra los marineros de Cronstadt. Lanzan granadas de mano, que limpian la plaza; pero a la una de la madrugada, el crucero "Aurora" empieza a disparar con su artillería gruesa. Y donde flotaba una bandera roja, aparece ahora una bandera blanca.

Cesa el fuego y los soldados de la guarnición y de la guardia roja entran en el Palacio de Invierno, detienen a los ministros y los encierran en la fortaleza-prisión de Pedro y Pablo, donde aun están los prohombres de la autocracia, los Sukhomlinov, los Schturmer, los Protopopov y demás tunantes que causaron la caída del Imperio.

Rindiéronse los imperiales sin gloria y casi sin combate. Lo propio les ocurrió a los hombres de los primeros gobiernos revolucionarios. Mal gobernaron y con menos aparato se rindieron. En ocho meses de gobierno no supieron afianzar la libertad conquistada, ni reorganizar la administración, ni realizar ninguna de las reformas que eran de todo punto necesarias, ni suprimir abusos, ni demostrar cómo se gobierna cuando se dispone de honradez, talento y energía. Ni siquiera castigaron a los causantes del desastre militar y financiero de Rusia. Nadie les admiró mientras gobernaban; nadie les compadeció cuando cayeron.

CAPITULO IX

LOS TCHINOVNIKS (1)

Cuando los verdaderos revolucionarios se apoderaron del poder, fuí uno de los que contribuyeron a su triunfo. Lo que había soñado cinco años atrás, cuando era estudiante, se realizaba. La casta de los poderosos indolentes, se había convertido en un miserable rebaño de parias. Ya habían desaparecido las categorías sociales; nadie podía enorgullecerse de su poder ni de su influencia. Los mismos gobernantes tenían que andarse con cuidado, pues de lo contrario la muchedumbre anónima, los obreros y soldados, acabarían con ellos con igual facilidad que se deshicieron de Kerensky y sus camaradas. Ahora, en breves días, o semanas, o meses, se terminaría el trabajo de depuración empezado en las jornadas de marzo, cuando acogotamos a la policía y derribamos el ministerio barriendo la burocracia omnipotente y obligando a que Nicolás II abdicara un poder del que no supo hacer buen uso.

Por haber sido fiel a la causa que abracé voluntariamente cuando nadie podía prever que su triunfo estuviera tan cercano, tenía alguna influencia entre los vencedores. Trotsky, Zinoviev y Lunacharsky me querían y el primero

(1) Los burócratas.

me había confiado muchas veces encargos de verdadero empeño. Yo fuí quien, el 5 de noviembre, exponiéndome a ser fusilado por los antiguos jefes militares, recorrió los acantonamientos cercanos a Petrogrado para convercer a las tropas que permanecieran neutrales durante la breve lucha que iban a reñir en la capital los dos partidos opuestos: mencheviks y bolcheviks.

Hacía tres meses que mis amigos habían alcanzado el poder y en tan poco tiempo habían trabajado de firme, quizá con exceso.

Los antiguos empleados, los grandes propietarios, los palatinos que en tiempo de Kerensky no fueron molestados apenas, ahora andaban huídos y más de veinte mil de ellos estaban en las cárceles de Petrogrado y Moscou esperando ser juzgados. Como no eran bastante capaces las cuadras de las prisiones para alojarlos cómodamente, estaban amontonados de cualquier modo y padecían lo indecible.

La mayoría de los presos ignoraban porqué se les llevó a la cárcel y, por lo mismo, esperaban salir indemnes de ella. Su única culpa consistía en pertenecer a las antiguas clases privilegiadas. Fueron ricos, eran pobres. Pero esto no bastaba. Era preciso que pagaran los años de bienestar disfrutado mientras padecían hambre, miseria, malos tratos, latigazos y deportaciones a Siberia muchos millones de hombres y mujeres que no habían contraído otra culpa que la de haber nacido pobres.

Una tarde recibí orden de que fuera a casa del barin de Cherkasy.

Supuse que había ocurrido algo malo a mis bellas paisanas y acudí con toda premura a la plaza Znamenskaia.

Iván Petrovitch, el criado, que me conocía, me llevó a una salita.

Allí estaban ambas hermanas.

Ana, la mayor, me dijo:

—Perdone que le hayamos molestado; pero recordando que en una ocasión dijo usted a Iván Petrovitch que era usted coronel del regimiento de Volhinia y que pertenecía al soviet, hemos creído que en un trance apurado como el que ahora nos abruma, querría usted socorrernos.

—¿Qué ha sucedido?

—Ayer vinieron unos guardias rojos y se llevaron a mi padre.

—¿De qué se le acusa?

—No lo sé.

—¿Dónde lo llevaron?

—Lo ignoro; probablemente a la cárcel, puesto que no ha vuelto.

—Su padre de ustedes, ¿conspiraba?

—No, señor; no.

—¿Ocultaba a alguien en esta casa?

—No.

—¿Recibía cartas de antiguos ministros, de senadores?

—Ninguna. Mi padre jamás se metió en política.

—Vale más que sean ustedes francas, pues, sabiendo de qué se trata, me será más fácil poder serles útil.

—Le aseguro a usted, caballero, que mi padre no tiene nada que reprocharse. Ni siquiera es rico. Verdad es que aun posee tierras en Cherkasy, pero no puede contar con los arrendamientos; que tiene esta casa, pero como no encontraría quien la comprara, es lo mismo que si no la tuviera. Desde que ha triunfado la revolución, nos hemos mantenido del dinero, poco o mucho, que teníamos guardado. Ahora vamos vendiendo las alhajas. Después... trabajaremos, si se nos permite trabajar. No, señor; mi pa-

dre es inocente en absoluto. Nada más podemos decirle.

Olga no pronunció palabra.

Lloraba silenciosamente.

—Anímese, Olga Savurin. Haré cuanto pueda en favor de su padre.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Nunca fué fácil tarea en Rusia saber algo que únicamente los empleados pudieran decir. Los empleados, en Rusia, sólo servían para embolsar propinas, cobrar el sueldo, embarullarlo todo y no acudir a la oficina sino de cuando en cuando. Pero como formaban una legión innumerable, pocos o muchos había en los despachos; mas como si no hubiera ninguno.

El desdichado que tenía que recurrir a ellos, ya estaba fresco.

—¿Podría usted decirme quién es el encargado de despachar tal expediente?

El empleado, que está fumando tranquilamente, mira al importuno y, sin vacilar un momento, le dice:

—¿Quién le ha engañado a usted?

—No entiendo...

—Alguien le habrá dicho que aquí se despachaban esos expedientes.

—Sí, señor.

—Pues ese alguien es un imbécil.

—No diré lo contrario. Me lo ha dicho Su Excelencia Iván Misenko, miembro del Senado.

—Bueno; no quise ofender a Su Excelencia. Rectifico y digo que se equivocó. Para saber algo de lo que a usted le interesa, vaya al Negociado de Impuestos indirectos.

—¿Dónde está eso?

—En el cuarto piso. Pregunte a los ordenanzas.

—Perfectamente.

El quídam llega al cuarto piso.

Después de una larga peregrinación por los interminables corredores, topa por fin con el Negociado de Impuestos indirectos.

Penetra en una sala inmensa, en la que hay cincuenta mesas polvorientas, que gimen bajo el peso de enormes legajos; pero junto a aquellas mesas no hay un solo empleado. En el extremo opuesto de la puerta de entrada, en una mesa limpia, el visitante advierte dos hombres que miran con consternación el tablero de la mesa, que no escriben, ni leen, ni hablan.

Se acerca lentamente. Tan absorbidos están los empleados, que no advierten su presencia hasta que ya está junto a ellos. El mira y sonríe con benevolencia, pensando: "Mejor es que se entretengan en hacer eso que en tirar piedras." Están jugando a las damas.

—Dispensen. Deseo que...

—¿Y viene aquí con tal pretensión? Esto es el Negociado de Impuestos indirectos.

—Precisamente.

—Le habrán dicho: Impuestos directos.

—¿Cree que allí...?

—Lo ignoro; pero todo es posible...

—Perdonen.

Los Impuestos directos están en el primer piso.

Abre la mampara de la entrada. Entra. En la oficina hay cinco mesas. Junto a cada mesa, un sillón y una silla. En la silla ni en el sillón nadie. Aquello es la soledad de los sepulcros. Dijérase que una catástrofe ha acabado con los empleados.

Pregunta al ordenanza, que duerme tranquilamente puesto de codos sobre la mesilla que hay en el corredor:

—¿Los señores empleados?

—Sólo vienen alguna que otra tarde.

—¿Y por las mañanas?

—Nunca.

—¿Entonces usted...?

—Estoy aquí para decir que ellos no están.

—¿No sería mejor que pusieran un aviso?

—¡Ya lo creo! Así podría yo dormir en casa. En este país, el último mono es el que trabaja.

Y cierra de nuevo los ojos.

La decoración ha variado desde que se hizo la revolución.

Hay menos empleados; pero no se distinguen tampoco por su actividad. Sabiéndolo, me he hecho acompañar por dos guardias rojos.

Y con ellos me dirijo a una de las cárceles.

Dejo los guardias en el zaguán y me encamino al despacho del jefe.

El portero me dice que no está, por más que dentro suenan voces.

—Vaya a secretaría.

Me dirijo allí. Saludo sin gran reverencia.

—¿Sabe usted los nombres de los presos que tienen ustedes aquí?

—Y usted, ¿quién es para preguntármelo?

—Responda primeramente y luego le contestaré a mi vez.

El escribiente se levanta airado.

—¡Va usted a saber lo que es bueno!

Le cojo por la solapa y le obligo a sentarse brutalmente.

—¡Llame al ordenanza!

Obedece y entra un tío con cara de pocos amigos.

—Avise a dos guardias rojos que están en el vestíbulo, que Michenko les llama.

Comparecen los dos guardias.

Y digo al secretario:

—Responda inmediatamente a lo que le he preguntado.

El secretario, pálido, tembloroso, confiesa que no sabe los nombres de ningún detenido.

—El director...

—El portero asegura que no está.

—Viendo a esos camaradas, le recibirá a usted.

Volvemos los dos guardias y yo al despacho del director.

Uno de aquéllos abre sin cumplidos la puerta y nos colamos dentro.

El director es un antiguo soldado de mi regimiento, un haragán de tomo y lomo.

Al entrar nosotros, estaba bebiendo con unos camaradas.

La presencia de los guardias rojos le alarma. Se levanta, me reconoce.

Pone cara de matamoros.

Pregunta a los guardias:

—¿Me traéis un nuevo preso?

Me río.

—No; me acompañan para que yo sepa cómo se trata a los que tienen necesidad de hablar con el camarada jefe.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que me digas el nombre de todos los presos que entraron ayer.

Se rasca la cabeza.

—La verdad es...

—¿Que no lo sabes?

—No. Quizá el secretario...

—Es un imbécil.

—Ciertamente; pero puede que sepa...

—No, tampoco lo sabe; y yo, en cambio, necesito saberlo.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

Llama a un ordenanza y le da una orden. Luego me dice:

—Ayer entraron veinte o veintidós detenidos. Están todos en una sala. Busca entre ellos al que te convenga.

Vamos a la cuadra.

Es una pocilga que hiede de un modo atroz.

Caben en ella cinco o seis personas, y hay veintitrés.

Al ver a los guardias rojos, se asustan los detenidos, como los carneros cuando ven a un lobo.

—¿León Savurin?—pregunto en voz alta.

Con gran trabajo se adelanta uno de los presos.

—Sal al corredor.

Salimos. Respiro. Me asfixiaba dentro de la infecta cuadra.

—¿Por qué te detuvieron?

—Me figuro que porque anteayer no pude darle dinero a Vassia Mikhailovitch, un cazador furtivo de Cherkasy, que ahora se ha convertido en secretario de Krístal.

Miro a León Vassilievitch y le pregunto:

—¿Nada de conspiraciones?

—Nada.

—¿No tienes relaciones con ningún ex noble?

—No.

—Vuelve a esa sentina. Procuraré sacarte de ella.

—Gracias.

Si hablé con imperio y malos modos al secretario de la cárcel y no usé ningún cumplido con el antiguo soldado

de mi regimiento, fué porque los nuevos empleados, no todos, naturalmente, pero sí muchos, han heredado de los antiguos el despotismo, la haraganería y el desprecio de los que tienen que acudir a ellos. Los aldehalas están a la orden del día y sólo el que chilla es obedecido.

—Preguntéle un día a un carcelero el porqué de tal abuso de autoridad, y me respondió:

—Todos los que están en la cárcel, son ex burócratas, o ex oficiales, o ex nobles. ¿A qué andarse con cumplidos? Ahora pagan lo que hicieron antes.

—¿Y los que vayan a visitarles?

—Son de su misma casta.

CAPITULO X

UN SECRETARIO MODELO

Estaba casi seguro de que Savurin me había dicho la verdad. Era demasiado torpe para mentir con tanto aplomo e inventar con tanta rapidez una mentira. En cambio, Vassia Mikhailovitch era un tunante de siete suelas y capaz de los mayores embrollos y delitos.

Tenía dos o tres años más que yo y había sido estudiante. Por trapalón, alborotador y perezoso no terminó sus estudios. Su padre no podía hacer carrera de él y le asedió por hambre. No le entregaba un céntimo para sus gastos y sí únicamente cama y comida. Como a Vassia no le daba la gana de trabajar, se dedicó a cazar en las tierras del barin. Una vez le propinó un guardabosque una tunda soberana. Vassia se dió por avisado, se guardó mejor y continuó cazando. No hubo modo de pillarlo reincidiendo. Era vivo como una ardilla y cobarde como una liebre; pero malo, perverso, temible.

Si se había propuesto sacarle dinero a Savurin, de fijo que lo lograría, de no impedírselo yo. Le conocía lo bastante para saber que la empresa en que me metía era arriesgada; pero recordando que Olga había llorado, no quise que sus bellos ojos derramaran más lágrimas.

Vassia era un enemigo de cuidado. Tan pronto como los "hermanos del bosque" empezaron a incendiar y saquear propiedades, se juntó a ellos y al hacer una correría por el gobierno de Poltava, se llegó solo a los bosques de Cherkasy, se puso en acecho, pegó un tiro al guarda que le había apaleado y prendió fuego a la espesura.

Cuando fueron exterminados los "hermanos", marchó a Petrogrado, figuró en las filas revolucionarias y no alcanzó algún puesto eminente debido a su cobardía. El mal bicho tenía gran apego a su piel, que no valía ni dos kopeks. Era grande amigo de Krístal, hombre audaz y valeroso, revolucionario de buena fe, pero torpe e incapaz de hacer carrera por sí solo.

Vassia le propuso una asociación y el otro convino en ella. Krístal sería quien ocupara los primeros puestos, quien daría la cara, y la sangre cuando fuese necesario, y Vassia se contentaría con ser secretario del grande hombre, inspiraría los actos de éste, y apandaría con casi todo el dinero de la asociación, porque no he conocido jamás hombre derrochador como él, a pesar de que no era la generosidad su mayor defecto. Pero era glotón, borrachín, libidinoso como un sátiro, gustaba de vestir bien, calzar mejor y darse, en una palabra, todos los gustos de que hasta entonces se viera privado.

Tenía clara inteligencia y astucia suma; se conocía sus defectos y esto le daba mayor ascendiente sobre cuantos le rodeaban y no le conocían a fondo, pues sabía disimular a las mil maravillas sus perversas inclinaciones y aparecer en todas ocasiones como resignada víctima de las maquinaciones ajenas. A fuer de listo, descubría al instante las buenas y malas cualidades de los que con él trataban y así resultaba muy difícil engañarle.

En su endiablada índole iba pensando cuando me encaminaba a su casa.

No le encontré en ella y me fué preciso ir a buscarle a un restaurant cercano a la perspectiva Nevsky, donde se pasaba la mayor parte del tiempo, en compañía de dos o tres camaradas tan disipados y malvados como él, pero menos tímidos y no tan listos. Algunas buenas mozas que a costa de ellos vivían, acostumbraban a estar a su lado, bebiendo y alborotando.

Pregunté a un camarero por Vassia y me indicó una salita en la que se oía gran batahola.

Entré sin cumplidos y mi entrada apenas llamó la atención, porque la concurrencia, entregada por completo a Baco y Venus, sólo en esas divinidades pensaba, representadas allí por gran cantidad de botellas de vino de todas clases, cognac, kummel y ponche sueco y por cinco mocetonas que de Venus sólo tenían el traje que llevaba la esposa de Vulcano cuando salió de las saladas olas.

—¡Michenko! — exclama Vassia al verme, no demostrando ni contrariedad ni regocijo—. Como de costumbre, no has llegado a tiempo. Pero toma unas copas y di qué buen viento te trae.

—Quiero hablar un momento contigo.

—Veo que vienes en calidad de aguafiestas.

—Según y cómo—respondo—. Ea, sal un momento.

De mala gana se levanta y me sigue al corredor.

—¿Qué hay?

—Ayer hiciste encarcelar a León Savurin.

—¿A Savurin?

—Eso es. Pues bien; deseo saber por qué.

—Conspira.

—Y tú mientes.

—¡Vladimiro!

—Repito que mientes. Te diré por qué lo has enchiquerado. Tienes necesidad de dinero, no te lo dió y vas a ver si le sacas algo.

—Será él quien te lo ha dicho.

—Sí. ¡Andate con cuidado, Vassia!

—¿Qué interés tienes por ese tío?

—Lo conozco, como tú, de nuestra tierra.

—Y conocerás también a sus hijas.

—Las conozco.

—¿A cuál quieres?—pregunta con su descaro habitual.

Respondo sin vacilación alguna:

—A Ana.

Veo que acerté. Vassia parece satisfecho.

—Yo prefiero a Olga.

Me encojo de hombros.

—Es muy aniñada.

—Pero preciosa. Es una de las mujeres más agradables y bellas que he visto.

—Así será; pero no se trata de eso, sino de su padre. Haz que Krístal lo mande soltar.

—No. Es hombre de cuidado y tengo interés en que me quiera su hija. De estar él en libertad, me serviría de estorbo. A ti mismo te conviene que esté en chirona o que le condenen. Así podrás entenderte con Ana, que parece una emperatriz destronada.

—Déjate de majaderías y da orden de que pongan en libertad a Savurin.

—¿Y si no quiero?

—Miraré de conseguir yo lo que a ti te es tan fácil.

—El caso es que...

—¿Qué?

—Que Krístal está enterado de eso. Cree que Savurin conspira y se negará a soltarlo. Ya sabes lo bruto que es.

—Sé que no tiene tu inteligencia; pero tampoco tu índole aviesa. Con decirle que te equivocaste, lo arreglas todo.

—¿Y si me niego?

—Entonces, un día u otro tendrás que guardarte de mí.

Vassia se rió con desprecio y de mala gana a un tiempo.

—Te crees muy fuerte, Vladimiro Constantinovitch.

—Sé lo que puedo y valgo y eso basta. Te agradeceré que no cometas la indignidad que meditas. ¡Adiós!

Y me marché, porque me daban ganas de matar allí mismo al tunante como se mata a un perro tiñoso.

Al salir del restaurant, fuí en derechura a ver a las hijas de Savurin.

—¿Qué noticias nos trae?—preguntó Ana.

—He visto a su padre; me ha explicado a qué se debe su detención. Como se trata de una falsa acusación, pierdan cuidado; dentro de poco estará libre.

—¡Gracias, gracias, señor Michenko!—exclama Olga.—No puede usted imaginar cuánto le agradecemos el interés que se toma por nosotras.

Permanecí callado unos momentos.

No sabía cómo decir a las dos pobres muchachas lo que urgía que hicieran.

Se iban a asustar, sin duda alguna.

Pero era preciso ponerlas en guardia, para evitar peores males.

Vassia no debía conseguir lo que se proponía.

Después de reflexionar quizá un minuto mientras ambas hermanas me miraban con ansiedad, presintiendo que iban a saber algo desagradable, dije:

—Pierdan, pues, todo cuidado acerca de su padre. Dentro de unos días espero que estará libre. Y ahora, permí-

tanme que les dé un consejo y créanme que les conviene seguirlo.

—Usted dirá, Vladimiro Constantinovitch — respondió Ana.

—Como han podido ver ustedes, dista mucho de reinar en Petrogrado la calma que fuera de desear. Fermentan todas las malas y todas las buenas pasiones humanas a causa de los tremendos trastornos políticos y sociales que aun no han terminado. No es, pues, esta ciudad residencia propia para dos jóvenes que carecen de protectores y amigos.

—Tiene usted razón. Tan pronto como vuelva mi padre nos marcharemos.

—No. Es preciso que dejen Petrogrado hoy mismo.

—¿Cree usted que padre no tardará en salir de la prisión?

—He dado los pasos convenientes para lograrlo; pero creo que no deben ustedes aguardar su presencia para ir a un pueblo o a una ciudad donde tengan parientes o amigos.

Olga me miró con sus claros ojos y dijo:

—¿Tan grave es la situación de la ciudad?

—Más de la que pueden figurarse.

—Pero nosotras somos dos mujeres inofensivas...

—La tempestad no escoge sus víctimas. Destroza a diestro y siniestro cuanto encuentra en su radio de acción. No distingue de los inocentes los culpables.

—Nadie nos conoce.

—¿Quién, entonces, ha denunciado a su padre?

—No sé; no acierto a pensarlo...

—El mismo que ordenó encarcelarlo, puede quererles mal a ustedes.

—¿Quién va a fijarse en nosotras?

Era necesario convencer a las dos muchachas. Para ello, no quedaba otro recurso que decir la verdad.

—¿Recuerdan ustedes un mozo de mala índole, cazador furtivo, haragán empedernido, que vivía en Cheskasy?

—No, señor.

—¿Vassia Mikhailovitch, a quien un día el guardabosque de su padre dió un tremendo leñazo?

—¡Ah, sí! Creo recordar...—dijo Ana.

—Es un mal bico. El es quien, hace algún tiempo, asesinó al guardabosque; él quien ha denunciado ahora a su padre; él quien desea causarles a ustedes el mayor daño posible. No intentó nada hasta ahora, porque tenían la protección de su padre; pero ésta les falta; ¡guárdense!

—Pero, ¿qué interés puede tener en molestarnos?

¿Debía decirles la verdad? ¿Era mejor callarla? Revelando los designios de Vassia, comprenderían las dos hermanas el peligro que las amenazaba.

Me decidí.

—Vassia está enamorado de usted, Olga.

El efecto producido por estas palabras, fué sorprendente.

Mis interlocutoras me miraron con sorpresa indecible y se miraron luego, como si de pronto comprendieran que el peligro que hasta entonces no percibieran se les revelase de un modo claro.

Se retrató en su rostro verdadero susto.

Era indudable que recordaban los escándalos que en la aldea había armado la conducta disipada de Vassia y que hasta su oído llegó la fama de sus fechorías amorosas, que le costaron no pocas palizas y dormir en el calabozo muchas noches. Sin duda, a pesar de su inocencia, se en-

teraron de que, una vez, a no ser porque intervino el padre de Vassia, hubiera sido condenado éste a larga pena de cárcel. El dinero cubrió el crimen. La miserable aldeana violentada, calló; pero en el pueblo fué tremendo el escándalo, porque todos conocían la verdad y el atentado era patente.

—Si apenas nos conoce...

—Pero la vió él a usted.

—¿Y cómo sabe semejante cosa? ¿Cómo la ha descubierto usted, señor Michenko?

—Ese canalla me la ha revelado hace poco.

—¿Ha ido usted a verle?

—Sí, para exigirle que ponga en libertad al barin.

—Y, ¿qué ha dicho?

—Que no tiene influencia para ello. Sin embargo, después de decirle yo algo, parece que ha quedado convencido y me aseguró que hará lo posible para que liberten a su padre.

—¿Tiene, pues, mucha influencia ese hombre?

—Bastante. Es el secretario de Fedor Krístal, y tan malo y perverso como inteligente. Krístal se sostiene gracias a la inteligencia de Vassia, de modo que, en realidad, éste es quien manda en el gobierno con el nombre de su jefe.

—¡En tal caso, estamos perdidas!—exclamó Ana con indecible angustia.

—Todo tiene remedio en este mundo—repliqué—. Vassia tendría influencia omnímoda a no ser por dos cosas que le contienen: que Krístal no es malvado como él y que Vassia tiene un miedo que no le permite nunca dar la cara cuando se trata de un asunto que pueda ponerle en peligro. Cuando he ido a pedirle cuentas quedó aturrullado. Y ha prometido reparación.

—¿Cuenta usted con ella?

—Si puede escabullirse, lo hará; pero sabe que le vigilo y que cuando prometo una cosa la cumplo.

—¿Qué es lo que le prometió usted para arrancarle la libertad de su padre?

—Que le mataría como a un perro si persistía en su canallada.

Olga me miró atemorizada.

—¿No dice usted que ese hombre tiene mucha influencia?

—Sin duda.

—Pues entonces la empleará contra usted.

—¡Bah! El prójimo es de cuidado; pero yo no soy manco Y no se trata de mí, sino de ustedes. ¿Tienen modo de marchar hoy mismo de aquí?

—Sí, señor, si nos dejan.

—¿Adónde desean ir?

Ana reflexionó unos momentos.

—En Narva tenemos un pariente, un hermano de mi madre.

—Que las acompañe su criado de confianza. ¿A qué hora marcharán?

—Lo más pronto posible; dentro de una hora.

—¿Ya saben que el tren no corre por esa línea?

—Sí, señor. Iremos en automóvil.

—¿Me permitirán que las acompañe? Así no tendrán que temer interrogatorios ni detenciones a la salida de Petrogrado.

—¿Y si Vassia da orden de que no salgamos?

—Nadie se atreverá a detener un carruaje en el que vaya yo.

Y añadí:

—Dentro de media hora, estén dispuestas.

CAPITULO XI

EL PRESTIGIO DE LOS GUARDIAS ROJOS

Sesenta minutos después, volví al palacio Savurin.

Las dos hermanas y su criado, estaban dispuestas a partir.

En la calle esperaba un auto grande, nada limpio, pero que parecía bueno para una larga carrera.

He de advertir que desde hacía algún tiempo era yo uno de los jefes de la guardia roja, de aquellos hombres que tenían una reputación merecida de crueldad y de fanatismo por la causa revolucionaria.

En las filas de la guardia roja no había ningún hombre que no hubiese cumplido veinticinco años ni que pasara de los cuarenta y cinco.

Trotsky, que era quien organizó aquella guardia, quería que todos los que formaban parte de ella hubiesen conocido el régimen de la autocracia odiada y pudieran haberse dado cuenta de los horrores que perpetraba la Okhrana, que sancionaban los ministros y altos empleados y que el Czar permitía. Conociendo aquellos atropellos inauditos, los soldados rojos odiarían a los que durante tantos años los cometieran y perseguirían a sus cómplices y no sentirían compasión por ellos.

Algunos de ellos habían conocido las cárceles siberianas y saboreado las delicias del régimen que imperaba en ellas, que podía resumirse en tres palabras: hambre, miseria, knut (1).

Es inútil decir que todos los que estuvieron en Siberia y que libertó la revolución sentían un odio inextinguible contra la nobleza, la burguesía y la burocracia y que hubiesen preferido perder mil veces la vida a volver a padecer lo que padecieron. Eran, pues, gente de la que los jefes revolucionarios podían estar seguros. El nuevo gobierno era para ellos algo que ponían por encima de todo, como los alemanes la patria.

Eran fanáticos; pero, en cambio, no intachables ni mucho menos. Bastantes de ellos sentían una propensión marcada por toda clase de brutalidades, que les inducía a matar sin necesidad y sin orden de nadie. Otros padecían, como algunas grandes damas y notables empleados del antiguo régimen, una kleptomanía invencible.

Para refrenar en lo posible tales inclinaciones, necesitábase jefes que tuvieran mano dura, reputación bien sentada de hombres íntegros y valor acreditado a toda prueba.

Como toda la gente de su calaña, bajo su apariencia espantable, eran fácilmente dominados cuando se empleaba a la vez el rigor y el buen trato.

En los primeros tiempos, Trotsky había hecho escarmientos feroces exponiendo la vida. Una vez les veía apaciguados, les trataba con benevolencia y les permitía a lo mejor algún desahogo, y de ese modo se hizo adorar por aquellos hombres.

Cuando puso unos cientos bajo mi mando, me indicó de qué modo debía tratarlos. Me atuve a lo que me dijo y

(1) Látigo.

todos los que estaban a mis órdenes las cumplían sin vacilar un punto, como autómatas, fuesen cuales fuesen.

Las turbas famélicas y revoltosas, los falsos revolucionarios, los hombres del antiguo régimen, los presidiarios que la revolución sacó de las cárceles, los soldados del ejército regular, temían a los guardias rojos más que a una tormenta, porque destruían con tanta rapidez como aquélla aunque con impasibilidad mayor.

He explicado todo eso para que se comprenda lo que sigue, pues de lo contrario podría creerse que pongo exageración en lo que relato o que me envanezco de hechos que no fueron reales.

Durante los últimos meses de 1917, un solo guardia rojo era capaz de dominar un tumulto y de llevar a la cárcel, como mansos corderos, a quince o veinte hombres, puesto todos sabían que los guardias harían uso de las armas con mayor rapidez que otros mueven ia lengua para proferir amenazas.

¿A qué se debía tal mansedumbre y acatamiento? A que en pos del primer guardia llegaba un grupo de ellos y en breves instantes producía horrores. Aquellos hombres herían y mataban sin compasión y sin tregua, mientras quedaban enemigos o rebeldes en pie. Y jamás se les castigaba por crueldad más o menos. Eran ciegos instrumentos de dominación y muerte. ¿Quién va a castigar la hoja de acero que hiere, mata, dilacera y desgarra, o a la pistola porque hace fuego, o al veneno porque asesina?

Casi nunca vestía yo el uniforme de los guardias. Pero aquel día, y por lo que pudiera tronar, me lo puse y lo cubrí casi por entero con un capote obscuro de caballería, unos capotes amplios, recios, largos, propios para montar a caballo.

Cuando vi que podíamos ponernos en marcha, dije a mis protegidas:

—He traído conmigo a un soldado de los míos para guiar el auto. Supongo que no tendrán inconveniente en que substituya a su conductor habitual. El que ahora guiará es hombre de toda confianza y, en caso de un incidente, capaz para todo.

Olga se estremeció y palideció al oír estas palabras.

—¿Cree usted que puede ocurrir algo?

—Nada malo para ustedes; pero Vassia es muy canalla y vale más estar prevenidos. Pierdan cuidado; respondo de todo.

Cedió el chauffeur su puesto al soldado. Vestía también de uniforme, oculto como el mío bajo otro capote semejante.

Y arrancó el carruaje. A pesar de las instancias de Ana y de Olga, rehusé sentarme en el interior, y me coloqué en la delantera, junto al guardia.

Cuando estuvimos en la carretera, dije al guardia:

—Desabróchate los botones del capote de modo que puedas quitártelo con un movimiento de hombros.

—¿Temes algo, camarada?

—Es posible que se intente detener el auto.

—¡Bah!

—Si alguien da el alto, quítate el capote para que vean con quién van a habérselas, y dispara y mata sin pronunciar palabra.

—¿Aun cuando sean muchos los otros?

—Aun cuando sean ciento; pero creo que no pasarán de seis u ocho.

—Si no son más que ocho, creo que podremos con ellos.

No habíamos hecho quizá tres kilómetros, cuando de

un grupo de árboles que había junto al camino salieron seis hombres.

Uno de ellos hizo un ademán para que detuviéramos el auto.

Dos disparos hicieron caer a otros tantos asaltantes.

Antes de que hubiesen contestado los que quedaban en pie, arrojamos los capotes y mostrando los uniformes de la guardia roja, saltamos del coche y disparamos por segunda vez. Cayeron otros dos enemigos. Huyeron los que quedaban y rodó otro de ellos por el suelo. Mi camarada le había enviado una bala que corrió más que el sorprendido malhechor.

Volvimos al carruaje.

Ambas hermanos estaban aterrorizadas.

—Tranquilícense—dije—. Todo ha terminado.

—¿No habrá otros malhechores apostados más lejos? —preguntó temblorosa Olga.

—No. Vassia no ha tenido tiempo de preparar una celada más segura. Una hora de tiempo, sólo le ha permitido juntar esos perdularios, que intentaron sorprendernos y que han quedado sorprendidos a su vez al encontrarse con dos guardias rojos en vez de un manso chauffeur y dos lindas señoritas.

—Pero, ¿cómo ha podido saber Vassia que partíamos de Petrogrado y que íbamos a Narva?

—Por la Ve-Tche-Ka.

—¿Y quién ha llevado el soplo a la Cheka?—preguntó Ana.

—Uno o dos de sus servidores.

—¿Cree usted eso?

—Tengo la absoluta seguridad de ello.

—Pues, hasta ahora he creído que eran leales todos nuestros servidores.

—Quizás lo son todos... menos uno. El gobierno revolucionario, para evitar una reacción, se vale de los medios que empleaba el czarismo. Al *dvorink* (1), ha sucedido el *kombed* (2), que funciona en todas las casas. A ese comité le avisó algún criado, el comité dió la noticia a la Cheka y ésta, a su vez, avisó a Vassia.

—¿De modo que no se puede fiar ni en los que están en la propia casa?

—No. Ahora, todas las paredes oyen.

Llegamos a Narva. Dejamos a mis protegidas en casa de su tío.

Al despedirnos, Olga, llorosa, al darme la mano, me preguntó en voz baja:

—¿No le ocurrirá nada malo por habernos protegido?

—No, señora.

—Ha dicho Iván Petrovitch que han caído cinco de los asaltantes.

—Cinco perros menos—respondí.

Y añadí en voz alta, para que lo oyeran todos los presentes:

—Si algo les ocurre a ustedes, den inmediato aviso a los guardias rojos de esta población, diciendo que soy yo quien las ha protegido y las protejo. Así se guardarán de ofenderlas. Y si algo desean, si en algo puedo servirlas, ya saben mi dirección.

—Si le es posible, señor Michenko, procure salvar a nuestro padre.

—Dentro de un par de días estará con ustedes.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Para acabar con aquel enojoso asunto, apenas llegué a la capital fuí en busca de Vassia Mikhailovitch.

---

(1) Portero.
(2) Comité de pobres.

Le encontré en su casa y solo, cosa que me agradó sobremanera.

Era inútil andar con circunloquios.

Apenas me hube sentado, le dije:

—Entre un camarada y yo acabamos de matar a cinco de los seis canallas que enviaste para detener el auto de las hijas de Savurin.

Al perillán le importaba tres pitos la existencia de sus auxiliares; pero le escoció que le hubiera privado yo de una presa que codiciaba y respondió con perversa intención:

—No sabía que la guardia roja se empleara en proteger a los ex nobles.

—Hay muchas cosas que ignoras, además de esa, Vassia.

—¿Puedes mentarme algunas?—preguntó, conteniendo a duras penas el furor que sentía.

—Sí. Una de ellas es que me vas a hacer el favor, inmediatamente, ¿oyes?, inmediatamente, de lograr que Fedor Krístal ponga en libertad a Savurin.

—¿Y si no quisiera?

—No me da la real gana de contestarte. Sólo añadiré que tengo poca paciencia y que hasta ahora se han arrepentido cuantos me la acabaron. Procura no ser uno de tantos.

Y me marché dejándolo furioso; pero sin que se atreviera a chistar.

CAPITULO XII

LA VE-TCHE-KA

Este nombre, al que, quitándole la primera sílaba y la primera letra de la segunda han convertido los escritores occidentales en *Cheka*, es una contracción de la temible *Vserossykaia Tchrezvitchainaia Kommissia* — Comisión extraordinaria panrusa — especie de tribunal supremo, que tiene sucursales en todas las provincias, agentes en todos los pueblos y afiliados en las aldeas y poblados más pequeños.

No solamente es tribunal, sino también policía; no se limita al castigo de los culpables, sino también a su busca y captura. Compete a la Cheka y a sus sucursales la tarea de vigilar de continuo, sin tregua ni reposo, según las instrucciones de sus directores, a los oficiales, monárquicos, clero, cadetes, mencheviks, socialistas-revolucionarios, uniones profesionales, sociedades de beneficencia, especuladores, comerciantes, industriales, organizaciones contrarevolucionarias y burguesas.

Esta institución, que es una herencia del imperialismo, sucesora de la Okhrana, de funesta memoria, ha tenido en sus primeros años como gran inquisidor a Dzerspinsky, a quien asistían Uritsky, Sternberg y Peters. Un correspon-

sal inglés definía la Checa como una policía dotada de todas las facultades, prerrogativas e iniciativas inimaginables para espiar, detener, juzgar y condenar a muerte en primera y última instancia, sin apelación posible.

Como es evidente, esa organización simplifica mucho los trámites judiciales; pero, en cambio, exponía a tremendos errores. Hecha esa observación un día a Djersjinsky, respondió: "Aun cuando se suprima algún abogado o comerciante que no haya conspirado, no hay el menor mal en ello. No se hace sino ahorrar trabajo para el porvenir, porque es necesario exterminar toda esa raza de opresores". "Las Comisiones extraordinarias—declaró Morozov—son órganos de clase, encargados de sostener la guerra civil."

La definición es clara. Los bolcheviks, a pesar del triunfo alcanzado sobre todos sus adversarios, no consideran terminada su tarea. Quieren ser ellos los únicos dueños de Rusia. No aspiran a dominar solamente en la actualidad, sino en lo futuro, y para ello suprimen a cuantos creen capaces de tener alguna iniciativa contraria a sus ideas. Los pecados de los padres, han de pagarlos sus hijos. Lo que hicieran el Czar, los grandes duques, los ministros, algunos generales, sirve para castigar a toda una generación. Todos los que no están con ellos, están contra ellos. Si no han exterminado a toda la raza de los heterodoxos, es porque no han podido.

Sin embargo de la indignación que ha despertado en otras naciones, la Cheka no es ninguna novedad. Si se estudian las instrucciones de la Ohrana, tan detalladas y complicadas como las de la Comisión extraordinaria, se encuentra en ellas enumeraciones análogas de instituciones, categorías sociales y partidos políticos, sometidos a vigilancia, como ahora, sin tregua ni descanso. Figuraban

en ellas los estudiantes, los judíos, y casi todos los perseguidos hoy, cadetes, mencheviks, socialistas-revolucionarios, maximistas—los dueños de ahora—es decir, cuantos no encontraban excelentes las dilapidaciones de los ministros, la traición de altos empleados, las deportaciones de estudiantes, el empleo del vergajo, el hambre de los presidiarios, la miseria de los mujiks, la concentración de la tierra en pocas manos, la justicia ejercida por jueces y fiscales prevaricadores. La revolución rusa ha adoptado los métodos de la autocracia. Y el gobierno no ha sido mejor ni beneficioso para los más.

La Cheka, durante los primeros años de la revolución rusa, fué, más que un tribunal, el brazo y la voz de la venganza de las muchedumbres hambrientas del Imperio en descomposición. No se entretenía en juzgar: castigaba. No paraba mientes en si el detenido era o no culpable; se fijaba tan sólo en si pertenecía a las clases odiadas en masa: la nobleza y la burguesía. Cuantos más individuos de esas clases suprimiera, menos debía temer que con el tiempo pudieran usurparle el poder conquistado.

Durante las primeras semanas de su creación, la Cheka se limitó a condenar a los rusos; pero poco después se atrevió con los extranjeros sospechosos. Practicaba el internacionalismo. Concedía empleos a los comunistas extranjeros; pero mataba en la cárcel, de hambre, o fuera de ella, con el cuchillo de los chinos, a los extranjeros que no aprobaban la conducta de los poderes constituídos. No repararon los agentes de la Cheka en allanar la embajada de la Gran Bretaña ni en sitiar el consulado de Noruega. Nadie debía escapar a la acción de sus agentes.

Los comisarios del pueblo defienden a los agentes de la Cheka. Riasanov dijo un día que quizá sería oportuno crear una comisión revisadora de las sentencias. Zinoviev

responde: "Piedad, misericordia, equivalen a cuentos de vieja. El gobierno delega a los mejores obreros para que integren las comisiones extraordinarias, y éstos se limitan a la aplicación estricta del precepto marxista que ordena que el proletariado, cuando sea poder, se muestre implacable contra la burguesía. Sin olvidar ni por un instante los axiomas del maestro, los soviets seguirán el camino clásico del terror. "¡Viva el terror rojo!"

De tal modo se las compuso la Cheka para "suprimir enemigos", que podrían considerarse felices aquellos que eran condenados a muerte y caían bajo la cuchilla de los chinos o por las balas de los guardias rojos.

A los que había que compadecer de todas veras, era a los que pasaban algunos meses en las cárceles.

He aquí lo que dice un prisionero de la Cheka:

"La cárcel Deseminsky es la más odiosa y siniestra. Es una cuadra donde el antiguo régimen encerraba veinte prisioneros, estamos doscientos quince, sin ropa blanca, ni asientos, ni jabón. El agua es un lujo burgués. Para apagar la sed, hay un cubo de agua sucia. Los parásitos nos devoran y a veces no tenemos ni ánimo para aplastarlos. ¿Para qué? Son miles. son millones, los que clavan en la piel sus bocas asquerosas.

"El hambre es intolerable. Se nos da todos los días tres octavos de pan de color de alquitrán, una especie de pasta maloliente en la que hay toda clase de porquería, y se nos brinda dos escudillas de una sopa sin nombre, un líquido en el que sobrenadan cabezas de arenques podridos, sopa que rechazan hasta los más hambrientos. Se hinchan las piernas de la mayoría de los presos y se niegan a sostener el peso del cuerpo enflaquecido.

"En nuestra cuadra hay un ex ministro, dos directores de Banco, príncipes, condes, un general de división,

cuatro coroneles, popes, frailes, estudiantes, empleados. Dos de nuestros compañeros han enloquecido; creo que no tardaremos en seguirlos todos. No hay uno que no tenga calentura. Nadie quiere ir a la enfermería; se prefiere morir en la apestosa cuadra. En ésta, por lo menos, los compañeros le consuelan a uno hasta el momento de la muerte: en la enfermería queda el paciente abandonado en absoluto.

"Los extranjeros son los únicos que, si tienen parientes o amigos, pueden comer lo que éstos les envían. Verdad es que los mismos carceleros se les comen, antes de entregárselo, la mitad o más de lo que les pertenece; pero algo es algo, y no padecen tanto como nosotros.

"En muchas cuadras hay también mujeres; en otras, están mezclados hombres, mujeres y presos de derecho común, con los cuales es casi imposible vivir en comunidad, por lo soeces y bárbaros que son la mayoría de ellos.

"Algunos días, a las diez de la mañana, entra el carcelero, acompañado de un grupo de soldados. Pronuncia uno, dos o más nombres. Los nombrados dan la mano a los amigos, salen, serenos o abatidos. No recogen nada de lo poco que es suyo. Saben que van a morir. A veces, uno de los que quedan en la sentina exclama:

"—¡Dichosos de ellos!"

Cuando ocurría algo extraordinario, la Cheka no quebraba, se esforzaba en mantener en alto su prestigio.

Un estudiante, indignado contra los hombres de la Cheka, mató a Urinsky, uno de los jefes de ella. La Cheka contesta fusilando a quinientos detenidos, poniendo presos a cinco mil burgueses, nobles, oficiales, abogados, ingenieros, y declarando que serían todos fusilados si se repetían los atentados contra los jefes bolcheviks.

Dzenjinsky, presidente de la Comisión extraordinaria,

responde a los que pedían garantías, sumarios, averiguaciones:

"No estamos en condiciones normales; nada tenemos de común con la justicia, ni aun con la revolucionaria; estamos en época de terror; nuestro cometido consiste en aterrorizar a los enemigos de los soviets."

Tampoco en la ejecución de rehenes ni en las detenciones en masa fueron los bolcheviks originales. Scheglovitov, presidente del Consejo del Imperio, ex ministro de Justicia, decía, tres días después del asesinato del gran duque Sergio:

"Hemos fusilado a setenta y cuatro estudiantes y anarquistas contumaces. Quizá no tenían arte ni parte en el atentado; pero es preciso que los culpables escarmienten en cabeza ajena."

A consecuencia del mismo asesinato, fueron enviados a Siberia trescientos once sospechosos.

De cuanto queda dicho se deduce que encierra una gran verdad la afirmación de la Biblia: "El que mata con la espada, perecerá por la espada."

Lo único que hicieron los bolcheviks en la época del terror rojo, fué exagerar la nota.

Por lo que hace al régimen carcelario, no hay más que leer "Los sepulcros de los vivos", de Dostoievsky, y "Resurrección", de Tolstoi, para ver que tan bárbaros eran los imperiales como los maximistas. ¡Cosa rara! Estos no emplearon el vergajo que con tanta maestría manejaron los carceleros de Siberia. Pero, en cambio, tenían las casamatas de Cronstand, de horrible memoria.

CAPITULO XIII

FEDOR KRÍSTAL

Fué, durante muchos meses, uno de los jefes de la Cheka; luego Lenin, que le estimaba por su decisión, le nombró jefe de la Oficina de Abastecimientos, cargo difícil en grado sumo, de mucha responsabilidad y que puede causar mucho daño al partido si no se desempeña a conciencia.

No carecía de ésta Krístal, y, a pesar de sus ideas radicales, se guardaban muy mucho de inferir daño a nadie que no le hubiera ofendido o que no conspirara contra el Gobierno del proletariado; pero a veces, sin el auxilio de Vassia no hubiese podido salir airoso de su empeño, y aun con los consejos del fementido estudiante, no siempre podía vencer las dificultades que el cargo traía aparejadas.

La cosa se explica. El Gobierno habíase encargado de mantener a todos los ciudadanos. Si sobraban los víveres como en tiempo normal, la tarea resultara fácil; pero teniendo apenas trigo en la tierra que lo produce en abundancia, se corría el peligro de que se quedaran sin comer millones de personas. Para facilitar la tarea, se clasificó a todos los habitantes de Rusia en cuatro categorías de alimentación:

1.ª Guardias rojos y obreros;
2.ª Empleados y sirvientes;
3.ª Antiguos empleados;
4.ª Intelectuales y burgueses.

Los campesinos debían cuidar por sí mismos de su alimentación. El nuevo régimen les había dado tierras y, por lo tanto, trabajándolas, tendrían comida bastante y aun de sobra.

La primera categoría era la mejor tratada; se le señalaba media libra de pan diaria y cinco arenques; a la segunda se le daba un cuarto de libra de pan y cinco arenques; a la tercera, cincuenta gramos de pan y tres arenques; a la cuarta, nada de pan y tres arenques. Los intelectuales podían decir a los burgueses: *sic vos non vobis* y entretenerse leyendo "La conquista del pan".

Las angustias de Krístal dimanaban de que no siempre llegaban de provincias las provisiones suficientes y entonces comían únicamente los de la primera categoría y los demás debían apretarse el cinturón y tener paciencia hasta el día siguiente.

La moneda alcanzaba una depreciación fabulosa. Todo el metálico había desaparecido de la circulación. Unicamente se compraba y vendía mediante billetes de Banco, que día tras día valían menos. Los campesinos rehusaban los billetes; el Gobierno quería hacérselos tomar a la fuerza y empleaba un procedimiento muy sencillo: los soldados se apoderaban del trigo o de lo que fuese y se marchaban tan campantes, sin entregar siquiera aquella moneda, puramente imaginaria.

Pero tal procedimiento daba un resultado desastroso. Los campesinos escondían los víveres y recibían a tiros a los soldados rojos. Si el combate duraba un rato, la derrota de los soldados era segura, porque, por solidari-

dad y por la cuenta que a todos les tenía, los mujiks de las aldeas cercanas acudían armados en defensa de sus camaradas y los razziadores tenían que marcharse mohinos y apaleados. Algunas veces, y quizás no por propia voluntad, sino por orden superior, volvían contra el pueblo y causaban grave daño a las propiedades y a los propietarios y saqueaban las casas.

Mala era la situación de Rusia y muchos apuros pasaba Fedor Krístal para hacer frente a las reclamaciones desesperadas que de continuo llegaban hasta él, formuladas por miles y miles de desdichados que se quedaban sin comer gran parte de los días.

Aun cuando era hombre de buen carácter, estaba malhumorado casi siempre.

Y acerté a encontrarlo en uno de sus momentos de malhumor, cuando fuí a su casa a fin de que influyera para que pusieran en libertad al padre de Olga.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó.

—Un ex barin.

—¿Rico?

—Lo era; no lo es.

—Ya nadie es rico en Rusia. Vassia me dijo que era hombre peligroso. Avisé a Peters, mi antiguo compañero, y le llevaron a la cárcel. Allí está mejor que en la calle.

—¿Te gustaría estar en su lugar, camarada?—le pregunté.

—No creas que se me importara mucho. Allí, por lo menos, me dejarían tranquilo, cosa que no puedo conseguir aquí. En resumidas cuentas, ¿qué quieres?

—Que pongan en la calle a ese hombre.

—¿Tienes interés en ello?

—Sí.

La familia imperial rusa, cautiva en Tobolsk (Siberia). La fotografía muestra al Czar y a sus hijos, sentados en el techo del invernadero adosado a la casa en que estaban recluidos, buscando el calor de los débiles rayos del sol siberiano.

De izquierda a derecha: las Grandes Duquesas Olga y Anastasia, el Czar, el Czarevitch y la Gran Duquesa Tatiana. De pié la Gran Duquesa María

—Vassia se interesa por lo contrario. Ponéos de acuerdo y no me queméis la sangre entre los dos.

—Advierte, camarada, que te pido una cosa justa.

—Nadie sabe a punto fijo lo que es justo y lo que no lo es, y a mí me jeringa ahora decir lo contrario de lo que dije hace un par de días. Lo siento, Michenko, pero no haré lo que me pides.

Me marché echando chispas. Ganas de daban de acogotar a Vassia; pero pensé que siempre se está a tiempo para cometer una barbaridad y me fuí en busca de Trotsky.

Aun cuando estaba ocupado, consintió en verme cuando le dije que en dos minutos estaríamos listos.

—¿Qué quieres?

—La libertad de un hombre.

—¿Quién es?

—Un barin de Cherkasy.

—¿Ha sido empleado, senador, general, ministro?

—No.

—¿Por qué le han detenido?

—Porque Vassia Mikhailovitch, el secretario de Fedor Krístal, tiene ganas de catar a su hija Olga.

—¿Hablas en serio?

—Sí, camarada.

—¿Qué interés tienes por ese barin?

—Lo conozco del pueblo. He nacido, como él, en Cherkasy.

—Bien. Ve a decirle a Dzenjinsky de mi parte que lo suelte y a Vassia que se ande con cuidado. ¡Abur!

El uniforme de jefe de la guardia roja hacía que se abrieran todas las puertas, hasta las más cuidadosamente cerradas.

Ver al Gran Inquisidor, como le llamaban los franceses, al presidente de la Cheka, era un poquillo difícil, porque,

disponiendo de un poder casi ilimitado en el vastísimo territorio ruso, no tenía un momento suyo.

Pero conocía mi nombre, me conocía también personalmente y por lo que trabajé en las jornadas revolucionarias y en el período prerrevolucionario.

—Supongo que no vienes a constituirte preso ni a prenderme a mí—dijo Torquemada, que estaba de buenas.

—Supones bien.

—¿A qué has venido, pues? Porque aquí, como debes suponer, sólo viene la gente de muy mala gana.

—A desembarazarte de un huésped.

—¿Vienes en busca de un preso?

—A eso mismo.

—¿De quién se trata?

—De un barin de mi pueblo.

—Mal negocio. ¿Quién te mete a redimir a un ex noble?

—Lo han metido en la cárcel por una denuncia falsa.

—¿De qué le acusan?

—De conspirar, y es un hombre sin instrucción, sin ambición, que no fué jamás ni oficial, ni senador, ni empleado.

—¿Por qué hablas en favor suyo?

—Porque de cuando en cuando me siento hombre y me indignan las injusticias.

—¿Y no te indignaban las de la autocracia?

—Sin duda alguna. Por ellas me hice revolucionario, y el regimiento de Volhinia fué el primero en sublevarse. Trotsky acaba de decirme que te diga en nombre suyo que pongas en libertad a Savurin.

—¿Trosty se siente misericordioso? ¡Buena la hicimos! Empezaba a impacientarme.

Para obtener un acto de justicia estricta, había tenido que suplicar a Krístal, a Trotsky a Dzenjinsky...

—¿Te niegas a libertar a ese hombre?

—No; pero te advierto que te andes con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque algunos pueden pensar que no es buen patriota quien protege a los ex aristócratas.

—Todos hemos de morir, camarada Dzenjinsky; lo mismo me da ahora que de aquí a veinte años. Da orden de que me prendan y acabemos.

Algo debió de ver en mi cara y en mis ojos que no le inspiró suma confianza.

Quizá imaginó que si daba la orden de prenderme peligraba su vida.

Y a fe que no se equivocaba.

Me causó una ira furiosa pensar que bajo todos los gobiernos hay hombres que pueden hacer su santa voluntad y otros, tan fuertes o más que ellos, se ven obligados a obedecer como viles esclavos.

Yo, que había expuesto mi vida por romper unas cadenas, me encontraba ahora sujeto por otras. Yo, que adoraba mi libertad, estaba ahora amenazado de perderla. No. No toleraría semejante cosa.

Matar a Dzenjinsky, correr a la puerta, donde había un grupo de guardias rojos, inducirles a rebelarse, lograrlo, y poner en peligro el nuevo régimen o morir a manos de los guardias, sería cuestión de momentos. Pero moriría matando, y no de miseria en una cárcel.

Dzenjinsky me miró como asombrado. Luego, con tranquilidad absoluta, escribió unas palabras en un papel, me lo entregó y dijo:

—Estás servido.

Yo temblaba aún de ira.

—Has cumplido con tu deber, camarada—respondí tomando el papel y saliendo del despacho del presidente.

Cuando estuve en la calle y se me hubo calmado el hervor de la sangre y pude reflexionar, me asombré de encontrarme libre y vivo.

Era indudable que Dzenjinsky había visto en mis ojos la llama que arde en los del asesino y del homicida.

¿Tuvo miedo? ¿Comprendió lo que pasaba en mi alma? ¿Reconoció que no tenía derecho a perpetrar una nueva iniquidad?

El caso es que no llamó, que no intentó siquiera hacerme detener.

Sabía yo de muy antiguo que únicamente se domina a los hombres a fuerza de entereza. En una ocasión, cuando era sargento en el regimiento de Volhinia, un oficial, enfurecido, estaba a punto de insultarme. Le miré y se calmó su furia como por ensalmo. Ahora, dos años después, sin pretender averiguarlo, pude ver que plebeyos y autócratas obran de igual modo y ceden como niños cuando les habla un hombre.

Fuí a la cárcel y salí de ella acompañando a León Vassilievitch Savurin.

Cuando estuvimos en la calle, le dije que sus hijas estaban en Narva, en casa de su cuñado, y que si quería creerme, lo mejor para él sería tomar el mismo camino.

—¿No se ha reconocido mi inculpabilidad?—preguntó asombrado.

—Quizás sí; pero lo probable es que está usted en la calle porque he tenido más influencia que Vassia. Este es una mala pieza. Como pueda, reincidirá y quizá entonces no pueda yo salvarle. Corren malos tiempos para los nobles, León Vassilievitch. En Narva estará usted más seguro; no del todo. Si puede reunir algún dinero, váyase a Finlandia o a Alemania.

—¿Y he de abandonar cuanto poseo en Rusia?

—Pronto no habrá nadie que posea algo. Conservar tierras y casas en estos momentos, es gollería; bastante se hace conservando la vida.

Savurin me miró de hito en hito y dijo con calma:

—Si no fuera por mi hija, ahora mismo reunía unos cuantos ex oficiales y me marchaba hacia el Sur a pelear contra los revolucionarios.

—Yo, en tu lugar, obraría del mismo modo. Pero yo comprendo que lo que ocurre es a consecuencia de lo que ocurrió en tiempo del Imperio. Aquellos polvos traen estos lodos, León Vassilievitch.

—¿Qué culpa tienen mis hijas de los escándalos de la corte, de la traición de Sukhomlinov y Schturmer y de las deportaciones a Siberia.

—Ninguna. Pero hay la ley de herencia.

CAPITULO XIV

LA VENGANZA DE VASSIA

Cuando Vassia se enteró de que, gracias a mi influencia, Savurin había salido de la cárcel y no le amenazaba ningún peligro y corría, a lo sumo, el riesgo de que un individuo del soviet de cualquier parte le denunciara y de nuevo le llevaran a la cárcel, se puso furioso. Pensó seguramente que si conseguía que un perdido de su laya encarcelara al barin, podría yo, gracias a mi influencia, sacarle del atranco, y como no tenía redaños para imponérseme, prefirió tomar otro camino que le asegurara la venganza y le diese la seguridad de que podría realizar más o menos tarde el plan que concibiera de apoderarse de Olga.

El primer obstáculo que se le presentaba, era la presencia del barin. El modo más sencillo para evitarla, consistía en el que empleó ya, en meterlo en la cárcel. Pero le dió mal resultado, según se ha visto, y como el tunante era inteligente, no se le ocultó que si de nuevo lo encarcelaba, otra vez lo pondría yo en libertad.

En una época como la que vivíamos, la vida humana vale bien poco. Nadie se cuida de salvar la propia y esto hace que se dé escasa importancia o ninguna a la ajena.

Ya que la cárcel devolvía la presa, la muerte no la devolvería.

En Petrogrado y Moscou, los comisarios del pueblo y la autoridad, que cada vez se afirmaba más, de Lenin, habían suprimido casi completamente los atentados personales. Zinoviev dijo, cuando las represalias a que se entregaron los obreros al saber el asesinato de Urinsky: "No hay que matar como se ha hecho en un acceso de fiebre revolucionaria. Se debe limpiar a Rusia de parásitos, traidores y tiranuelos, fríamente. Sea la ley quien mate, y no la cólera popular." Y el que infringía las órdenes emanadas de arriba, no lo contaba.

En las otras poblaciones de menor importancia, no hilaban tan delgado las autoridades. En primer lugar, las que a sí mismo se habían nombrado consjeros, administradores, jueces y directores de toda clase de servicios públicos, eran, por regla general, gente poco instruída y no muy escrupulosa, aun cuando casi todos obraban de buena fe y creían que prestaban un buen servicio a sus conciudadanos eliminando a los que consideraban peligrosos para la existencia del nuevo régimen. Y en segundo lugar, como muchos de ellos habían padecido persecuciones y prisión en tiempos del czarismo, ardía aún en ellos el deseo de venganza.

Esa tendencia a devolver mal por mal, innata en el hombre y que sólo se domina a fuerza de reflexión o de palo, hacía que los motines y los atentados fueran cosa natural y corriente y que a nadie asustaran sino a las víctimas de ellos. Algunas veces, esos atentados se cometían por orden de las mismas autoridades; en otras ocasiones, era un particular quien, aprovechando las circunstancias, satisfacía antiguos rencores, amotinando a un grupo de

hombres contra un ex noble o un ex empleado o contra un pope que no siempre se portara como debía.

Al tener noticia del crimen, inquirían las autoridades el nombre y la condición de la víctima, y si ésta pertenecía a las clases odiadas, nada se intentaba contra sus matadores.

Entre los que caían bajo los golpes o la cuchilla de la muchedumbre o de los vengadores, como a sí mismos se apellidaban los asesinos, había algunos que tenían bien merecida su desastrada suerte; pero otros, completamente inocentes, pagaban culpas ajenas o eran víctimas de pasiones aviesas.

Vassia sabía todo esto. Yo no podía presumir que se atreviera a tanto por satisfacer un antojo amoroso y, por lo mismo, no pude evitar lo que ocurrió.

Por aquellos días se había dispuesto la nacionalización de las fincas urbanas y la expulsión de sus antiguos propietarios y con tal motivo se habían exacerbado las pasiones revolucionarias, pues todos recordaban, al oír las quejas de los expoliados, la conducta inhumana que los grandes propietarios observaban cuando podían mandar como dueños. Entonces no había piedad para el arrendatario moroso. El campo, el monte, la casa, todo se le arrebataba de las manos si se retrasaba un día en el pago del arrendamiento.

En los pueblos y en las ciudades de corto vecindario fué donde ocurrieron más disturbios con motivo de la expulsión de los dueños de las fincas urbanas. Algunos se resistieron y mataron a los que iban a tomar posesión de sus domicilios y muebles; otros huyeron después de haberse negado a entregar las llaves.

La ocasión la pintan calva y hay que asirla por un pelo.

Lo sabía Vassia y aprovechó la coyuntura para realizar lo que había decidido.

Apenas supo que en las poblaciones pequeñas el decreto de expulsión producía motines y que había ya hecho derramar bastante sangre, envió dos perdularios a Narva con encargo de que a toda costa mataran a Savurin.

Cuatro días después, Savurin había muerto, lo propio que su cuñado, y Ana y Olga quedaban huérfanas y sin más amparo que el de una tía vieja y sin recursos para vivir, y su criado Iván, ya cincuentón y nada inteligente, dos viejos, en suma, que antes debían servir de estorbo que de apoyo a las jóvenes.

Al día siguiente de la muerte de Savurin, estuvo en mi casa Iván.

—¿Qué ha pasado?—pregunté, nada tranquilo al ver el aspecto del criado.

—Ayer vinieron unos hombres a echarnos de casa, diciendo que debíamos marcharnos. Quisieron, Alejo Iranovitch y León Vassilievitch, llevarse unos libros y unos trajes para las niñas, opusiéronse los revolucionarios, dijo León Vassilievitch que aquello era un robo, y la respuesta de aquellos desalmados fué asesinar a mi amo y a Alejo Ivanovitch, a la vista de Matrevna Alexandrovna y de las niñas.

—Y ¿qué ha sido de éstas?

—Un vecino de la misma casa, que es hombre influyente entre los revolucionarios, nos ha acogido a todos y procura consolar a las niñas y a su tía, asegurándoles que nada han de temer estando con él y su familia.

—¿Cómo se llama ese vecino?

—Sergio Sergeievitch Kamenko.

—¿En qué se ocupa, si lo sabes?

—Dicen que es miembro del soviet de Narva.

—¿Tenéis dinero?

—Las niñas tienen alguno.

—Bien. Yo iré a verlas mañana. Marcha en seguida y no las abandones un momento como no te arranquen de su lado.

Cuando supe la muerte violenta de Savurin, adiviné de dónde procedía el golpe que le arrancó la vida. Pero nada podría hacer sin pruebas, o sin indicios por lo menos. Estaba convencido de que era Vassia el autor por inducción del asesinato y ganas me daban de hacer pagar caro al miserable su felonía inicua; pero, ¿y si me equivocaba?

Como he dicho, por aquellos días había un recrudecimiento de fiebre revolucionaria y bien podría ser que un grupo de camaradas hubiese querido celebrar en Narva la nacionalización de las casas con la muerte de un par de aristócratas.

Por otra parte, no me sería cosa fácil dar con Vassia. Tanto si era él quien indujo a que se asesinara a Savurin, como si únicamente había sabido su muerte, procuraría evitar mi presencia. No me entretuve, pues, en buscarle, dejando para otra ocasión saldar cuentas con aquel canalla si resultaba cierto, como presumía, que la muerte del barin fuera obra suya.

Pedí licencia para pasar ocho días fuera de Petrogrado y me marché a Narva a la mañana siguiente.

Una vez allí fuí en busca del jefe de la guardia roja, que era amigo mío, le expliqué a lo que iba y le pedí informes de Kamenko.

—Es el secretario del soviet local. ¿Te ha jugado alguna mala pasada?

—¿Tan fementida reputación tiene, que me preguntas eso?—respondí, alarmado.

—Peor de cuanto se diga.

Creció mi alarma de punto al oír esto, porque me constaba que mi amigo era incapaz de mentir y de calumniar.

Procuré, sin embargo, tranquilizarme, y dije:

—Pues, te equivocas de medio a medio, Mitia. Ese hombre me ha prestado un buen servicio y voy a su casa para expresarle mi reconocimiento.

Mitia me miró unos momentos como si no creyera que había hablado yo en serio.

—¿Se puede saber qué clase de servicio es el que te ha prestado?

—Ayer mataron unos camaradas a dos ex nobles en Petenkaia.

—Lo sé.

—Uno de ellos tenía dos hijas.

—Es posible.

—Pues bien; Sergio Sergeievitch ha recogido a esas dos huérfanas, cuya madre murió hace diez años por lo menos, las tiene en su casa y les ha dicho que pierdan todo temor, pues estando en su casa no habrá quien se atreva a causarles el menor daño.

—¡Ah!

—Como me intereso por esas muchachas, que son de mi pueblo y estoy enamorado de una de ellas, ¡mira si tengo qué agradecer a ese hombre!

—¿Son honradas, esas muchachas?

—No lo dudes.

—Entonces, ¡andando! Te acompaño.

Le miré asombrado.

—¿Vienes conmigo?

—Sí, hombre.

—¿Para qué?

—Cada minuto que pasan esas muchachas en casa de

Kamenko, implica para ellas mayor peligro que pasando un año en un music-hall.

Se me ocurrió una idea que me hizo estremecer.

—¿Conoces a Vassia, el secretario de Fedor Krístal?

—Sí.

—¿Sabes si es amigo de tu Sergio Sergeievitch?

—Mucho.

—¡Corramos, entonces! — exclamé, poco menos que uniendo la acción a la palabra.

—¿Qué te pasa?

—Que ya sé por qué ese indecente ha recogido a las muchachas.

—¿Eh?

—Sí; Vassia está enamorado de una de ellas, que es precisamente...

—...la que te gusta a ti.

—Eso es.

Y añadí:

—¿Crees que van a oponerse a que entremos en la casa?

—Nadie puede impedir la entrada a dos jefes de la guardia roja—respondió Mitia, medio amoscado de que dudara yo de su autoridad y de la mía propia.

Pero, maldito si sabía yo lo que hacía ni lo que pensaba.

Al llegar a la puerta de la casa donde vivían las dos hermanas, vi a Iván Petrovitch, que parecía estar de guardia.

—¿Qué haces aquí?

—Me han echado a la calle.

—¿Por qué?

—Ha venido un hombre de Petrogrado y ha dicho a

Sergio Sergeievitch: "Arroja a ese lacayo a la calle." Y así lo han hecho.

Subimos volando la escalera.

—¿Quién va?

—La guardia roja.

Se abre la puerta. Aparece en ella un hombre a quien aparto brutalmente y que se enfurece. No me ocupo de él. Sigo un corredor, empujo una puerta, entro en una habitación.

En ella están Olga, llorosa, y Vassia, sonriente.

De un salto me arrojo sobre éste. Empuño la pistola que llevo en el cinto.

Una mano firme contiene la mía. Mitia me dice:

—¿Qué sucede?

—¡Déjame!

—No seas botarate. Hay tiempo para todo.

Y grita con acento imperativo:

—¡Sergio!

Comparece el compinche de Vassia, que pierde el color al verme con la pistola en la mano y enfurecido el semblante.

Procura adoptar un continente digno y pregunta a Mitia:

—¿Por qué allanáis mi casa?

—Para que Vassia Mikhailovitch no la convierta en un lupanar y tú no puedas ejercer más tiempo de tercero—respondo yo.

Hace ademán de abalanzarse a mí. Mitia le contiene.

Yo cojo un palo y sacudo de firme a Vassia, que chilla como un condenado.

Le dejo hecho una lástima y luego le arrojo a puntapiés a la calle.

Hago que Ana y Olga tomen lo poco que tienen y las

saco de aquella casa donde en mala hora entraron. Nos acompañan Matrevna Alexandrovna y el criado.

Encargo a Mitia que haga comprender a Sergio Sergeievitch y a Vassia que toda reincidencia en molestarme les costará la vida.

Yo tomo el tren con mis protegidos. Primero iremos a Nidjni-Novgorod y luego hacia el Sur, donde si los hombres tienen iguales pasiones que en el Norte, la naturaleza es más benigna y el esplendor del sol dora hasta los harapos y convierte en púrpura la sangre, que entre la niebla toma tintes negros que acaban de inspirar horror.

Mientras nos dirigimos hacia Poltava, examino con atención el aspecto del país que atravesamos. Apenas ha cambiado. La tierra no cuida de revoluciones. Las luchas de los hombres, por tremendas que sean, no aciertan a hacer mella en el suelo. Los incendios y las explosiones devastan las ciudades y las ruinas no desaparecen si la mano del hombre no interviene. La piedra ha muerto y queda como se la deja. Pero la tierra vive siempre y la hierba crece aún cuando un incendio haya calcinado la capa superficial del suelo. El manto de verdura oculta los destrozos de los proyectiles, la desvastación del fuego y desde lejos da a todas las comarcas el aspecto riente, sano y robusto de las selvas y de los campos.

Las aldeas no están desiertas, como pretenden los agoreros. Y, a pesar de que los incendios fueron numerosos, en la extensión inmensa de bosques que abarca territorios mayores que dos grandes naciones europeas, no se notaba el estrago de las llamas. Sólo de vez en cuando alguna de esas construcciones vastas, cuadradas, rodeadas de otras más pequeñas y bajas, que sirvieron de habitación a los grandes propietarios rurales, y que por regla general se

levantan en un altozano, delataban por sus paredes ennegrecidas y sus techos hundidos, que la cólera de los hombres destruyó en unos momentos lo que otros hombres edificaron a fuerza de tiempo y trabajo. Pero en la dilatadísima llanura de la Rusia central, que comprende las cuencas del Volga, del Dnieper y del Don y en la que la montaña más alta no alcanza doscientos metros, de cada veinte casas señoriales, una sola había sido destruída. Fué repartida la propiedad; pero no destruída.

Los poblados tienen el mismo aspecto mísero de siempre. Las isbas se confunden, desde lejos, con el suelo pardo, se ocultan entre los árboles y ni las iglesias se elevan sobre el común rasero. En un pueblo tan místico como el ruso, la religión no ha podido tomar vuelo. Se reduce a una serie de ritos tradicionales; pero no enciende ni ha encendido nunca las almas campesinas, que sueñan y anhelan por su cuenta, y no por consejo ajeno. Quizá la falta completa de ideales—de ideales asequibles, por lo menos —es lo que ha permitido la secular esclavitud de los mujiks.

Algunas estaciones han sido saqueadas y quemadas por los aldeanos estúpidos, y los trenes no se detienen en ellas. Han desaparecido casi todos los guardabarreras y esto hace que sean frecuentes los siniestros ferroviarios y los accidentes de personas y de toda clase de vehículos, que atraviesan la vía sin tomarse la molestia de mirar si se aproxima un tren.

El material móvil de todas las líneas se halla en un estado deplorable, y si no se remedia el mal, dentro de poco cesarán de circular trenes y se habrá paralizado el tráfico o quedará reducido al de poquísimos camiones automóviles y al de las antediluvianas carretas. Ruedan los coches por las vías; pero nadie se cuida de limpiarlos como es

debido. Los empleados se conceden licencias por su propia cuenta, y los revisores no revisan, los conductores no se cuidan de su cometido, los maquinistas no reparan las averías de las locomotoras, y poco a poco van arrinconándose en los depósitos máquinas y vagones sin que nadie piense en substituirlos. Como falta material, la gente se amontona en los coches, y ese exceso de pasajeros contribuye a inutilizarlos y a que se hallen en un estado de suciedad repugnante. En tiempo del Imperio, eran famosos por su hedor y su porquería los coches de tercera. En la actualidad, todos son iguales, porque los primeros pasajeros que entran en un tren, sea cualquiera la clase de billetes que lleven, se dirigen siempre en derechura a los coches de primera y no se llenan los de segunda sino cuando aquéllos están atestados, dejando las terceras para el último extremo y los postreros llegados. De ahí resulta que el que es medianamente listo, en cuanto el clima lo permite sube con preferencia a las terceras y se instala lo mejor que puede, en la seguridad de que no será mollestado, porque, salvo contados días, viaja mucha más gente ahora que antes, y los coches de tercera casi nunca van llenos. Desde los primeros días de la revolución se suprimieron los vagones-camas y el vagón-restaurant, porque después de comer eran muchos los que se negaban a pagar, y los vagones-camas eran tomados por asalto, sin abonar el exceso de precio que antes aprontaban los que querían viajar cómodamente.

Hablando con algunos campesinos, he sabido que las aldeas, en vez de despoblarse como se propala, se pueblan poco a poco. Han vuelto a ellas, después de una temporada de merodeo, los soldados del antiguo ejército, y muchos obreros que en las ciudades se morían de hambre por falta de trabajo, de buena o de mala gana se han visto obli-

gados a volver al trabajo sano y fecundo de los campos.

—Ahora que os han repartido las tierras que deseabaïs, —dije a uno—supongo que estaréis contentos.

—No lo creas.

—¿De qué os quejáis, pues?

—De que tenemos tierras; pero el fruto es para la gente de las ciudades.

—Así tenéis la seguridad de vender la cosecha.

—Peor es venderla que guardarla en los silos.

—¿Por qué?

—Porque para vender y no cobrar, se pierde y no se gana. ¿Qué sacamos de trabajar, entonces?

—¡Cómo, que no se os paga!

—En apariencia, sí; en realidad, se nos llevan el trigo sin pagárnoslo.

—No entiendo eso.

—Muy sencillo. Nos pagan hoy en billetes que valen—a lo que dicen—el precio del trigo que entregamos. Una hora después vamos a comprar algo, y al pagarlo resulta que los billetes han perdido la mitad de su valor. Dos horas después no valen ni una cuarta parte, y al día siguiente no los quieren sino por una centésima parte de lo que representaban al cobrarlos. De ahí que no queramos vender y escondamos el trigo.

—Pero así condenaréis al hambre a los obreros y soldados.

—¡Bah! Peor va a ser luego, como se empeñen en saquearnos.

—¿Qué es lo que haréis?

—No sembrar.

—Moriréis todos.

—Pero no trabajaremos en vano. Piensa que con libertad y con tierras, estamos peor que antes. Si entonces tra-

bajábamos para los señores, ahora trabajamos para la gente de las ciudades. Y no queremos que esto continúe.

—¡Qué remedio hay!

—Uno muy sencillo.

—¿Cuál?

—Que todo el mundo sea aldeano. Así trabajarán todos y ninguno padecerá hambre.

—Pero careceríais de lo más indispensable: no tendríais ropas.

—Teniendo pieles de carnero, no se muere uno de frío.

—¿Quién construiría los arados?

—Uno cualquiera de nosotros.

—¿Y los ferrocarriles?

——Que se pierdan; ninguna necesidad tenemos de ellos.

—No habría albañiles.

—Fabricaríamos cabañas.

—No tendríais estufas.

—Quemaríamos leña en el fuego y agujerearíamos el techo para no ahumarnos.

—De modo que los aldeanos abomináis de la revolución y de los revolucionarios...

—No es eso; pero hay que arreglar las cosas.

—Todo se andará. ¿Recordáis lo que os decían los estudiantes y los revolucionarios hace unos años?

—Sí.

—Os prometían, cuando os quejabais, que tendríais las tierras de los señores. Ya las tenéis. Os lamentáis ahora de que los billetes no valen un céntimo. Lenin trabaja sin descanso por conseguir que se revaloricen. Entonces tendréis tierras y dinero.

—Bien; pero, ¿no decíais que todos somos iguales y que debemos trabajar igualmente?

—Sin duda. Ya así se hace. El que no trabaja, no come.

—¿En qué trabajas, tú?

—Defiendo la causa del pueblo.

—El caso es que no trabajas.

—Pero sé hacerme matar, si es preciso.

—Nunca es preciso matar. Todos los soldados debieran volver a las aldeas y trabajar la tierra.

—¿Y la nación?

—La nación somos nosotros y si todos trabajamos, no habrá nadie que amenace nuestras cosechas.

—¿Y los ladrones?

—Se los cuelga.

—¿Y los asesinos?

—Ojo por ojo y diente por diente.

—¿Y si se levanta un tirano?

—Si nadie le apoya, poco durará su tiranía.

Aquel mujik me cargaba. Quise acabar el diálogo.

—Procura trabajar.

—Ya lo hago. Eres tú, camarada, quien debes volver a la tierra. Si vas a Petrogrado o a Moscou, di a Lenin y a Trotsky que los campesinos desean que no huelgue nadie y que aborrecen a los ciudadanos, pues la ciudad nada produce.

—¿Y la industria?

—Se limita a transformar lo que nosotros producimos.

—Bueno, ¡vete al cuerno! No tengo ganas de dar una conferencia de alta política.

—Y tú, camarada—replicó el místico sin descomponerse—procura predicar con el ejemplo. ¿Quieres que todos seamos mansos de corazón? Pues no induzcas a que se nos arrebate lo que cosechamos después de un trabajo ímprobo.

CAPITULO XV

EN POLTAVA

El presidente del soviet de Poltava, Iván Semenovitch Kondrachenko, había sido estudiante conmigo en Petrogrado y luego sargento en el mismo regimiento de Volhinia en que yo gané o me dieron los galones de igual empleo. Podía confiar en él como en mí mismo. Era un excelente amigo en toda la extensión de la palabra. Tenía—cuando yo dejé de verlo, unos meses antes—fe ciega en las excelencias de la revolución y en la omnisapiencia de los soviets, creyendo firmemente que de unos y otros dependía nuestra salvación; pues bien, a pesar de ello, tengo la seguridad absoluta de que si me encontrara yo en abierta rebelión con las autoridades revolucionarias y en trance apurado fuera a pedirle protección y auxilio, no vacilaría un punto en satisfacer mi deseo, pues cuando las jornadas de marzo salvó al capitán de su compañía, que unos soldados perseguían con intención de dar fin de él, y me dijo luego, sonriendo:

—Le salvo porque es un buen compañero y porque, antes que revolucionario, soy hombre.

Por lo que pudiera tronar y no sabiendo hasta qué punto mis casi conciudadanos estaban tocados del virus revo-

lucionario agudo, apenas puse los pies en Poltava, requerí el auxilio o compañía de dos camaradas del ejército rojo. Servirían para que ningún grupo de campesinos intentara algo contra mis protegidos, pues, a pesar de mi uniforme y mi grado, de tal modo revelaban su linaje la tía y las dos sobrinas y su condición humilde Iván, que era de temer un desavío según el grado de exasperación a que hubieran llegado la pasión revolucionaria y la ira vengadora en aquella ciudad por la cual sentía yo gran cariño, poblada, en general, por gente trabajadora y sensata; pero que la gran sacudida de la guerra y la más tremenda aun de la revolución, podían haber transformado, ya que ni uno mismo sabe lo que lleva dentro de energías y pasiones hasta que un influencia exterior despierta lo que vive en estado latente.

Como centro de una comarca casi puramente agrícola y rica, había poca industria y, por lo tanto, la clase proletaria desconocía las doctrinas marxistas y no sentía un odio razonado contra los propietarios, sino la envidia invencible de la inmensa mayoría de los desheredados por los que pueden vivir de sus rentas sin trabajar. Esa envidia habría desaparecido probablemente, una vez saqueadas y repartidas las propiedades, que había pasado a manos de sus antiguos arrendatarios. Quizá no sintieran compasión por los despojados, pero debía haber cambiado mucho el carácter de mis paisanos para que abrigaran rencor contra los caídos.

No contaba yo con un factor de gran importancia. Lo mismo en el campo que en la ciudad, de igual modo en las regiones del Sur que en las del Norte, así en Oriente como en Occidente, hay entre las masas humanas que trabajan y padecen sin chistar y con la resignación propia de la ignorancia, una minoría rebelde al trabajo y en cuyo

pecho hierven todas las malas pasiones, hombres que lo mismo pueden convertirse en héroes que en asesinos. Bastan, en tiempo normal, las autoridades para tenerlos a raya. Las cárceles, el patíbulo, el destierro, reprimen o suprimen la exuberancia de sus pasiones. En épocas de revueltas, de guerra, de hambre, no hay quien les contenga ni dome. Entonces, arrastrados por su temperamento, se lanzan a lo más duro de la pelea, son caudillos de los amotinados y sacian su hambre sin pensar en las consecuencias de las fechorías que para satisfacerla cometen.

De esa minoría surgen los jefes improvisados, los gobernantes de fibra, ellos son los que se arrojan a las empresas que se reputan imposibles; ellos los que en momentos críticos salvan o hunden las naciones. No hay obstáculo que les detenga, castigo que les atemorice, crueldad que les repugne, consejo que apacigüe su furia. Van adonde se han propuesto, como la bala va al blanco, aunque para alcanzarlo haya de derribar sin vida a un hombre. Sólo la muerte puede detenerlos. ¡Guay del que se atraviese en su camino!

Esa minoría estaba ahora desencadenada y la mayoría iba tras ella como la grey sigue al pastor, sin saber hacia qué punto la dirige. Son fuerzas ciegas. Ni ellos mismos saben adónde van ni lo que quieren. Corren, derriban, matan, asuelan y se estrellan contra un obstáculo y se amansan súbitamente en la blanda arena de la vida normal, como las olas en la playa, como el viento en una región donde el aire está equilibrado. Son una fuerza distinta de las demás fuerzas que conocemos y que nos son familiares; asustan cuando entran en acción; aterrorizan cuando prosiguen su obra devastadora; se les teme y se les odia; se les deja libre la trayectoria que siguen; se les desprecia y se les calumnia; pero pocos son los que afrontan su cho-

que. Son el turbión que pasa; la tormenta que dura y subvierte el suelo, el aire y el agua; el fuego que consume y asuela; pero como el turbión, sirven para fijar un equilibrio inestable; como la tormenta, barren las inmundicias y purifican la atmósfera; como el fuego, sirven para destruir y para crear, pues si es volcán aniquila, y si es sol engendra y sostiene la vida universal. Como la peste selecciona las razas, y como la podredumbre hace pulular los organismos, así esa hez de la sociedad concibe y arraiga teorías apenas esbozadas y las transforma en realidades fecundas.

Si Poltava gemía bajo el poder de una de esas turbas tremendas, debía temer por mis protegidos. Necesitaría emplear todas mis fuerzas para evitarles un accidente.

Pregunté a mis camaradas:

—¿Hay tranquilidad aquí?

—Completa.

—¿Se teme algo?

—Sí; que se levanten los blancos, y entonces se habrá acabado la tranquilidad. Querrían volver las cosas como estaban antes, y eso no puede ser.

—Ni será—repliqué—. Para evitarlo estamos nosotros.

—Es verdad.

—¿Se han nacionalizado las casas?

—No sé qué significa eso.

—Sencillamente, que se arroja de ellas a los antiguos propietarios y se las destina a los obreros.

—¿Se ha hecho esto en Moscou y en Petrogrado?

—Sí; ahora acaba de ponerse en planta el decreto.

—Me parece muy bien.

—¿De modo—pregunta el otro guardia, que hasta entonces permaneciera callado—que podremos vivir ahora en donde se nos antoje?

—Es decir, donde el soviet decida; pero siempre en mejores casas que las que ahora habitáis.

—¡Bravo! ¡Eso, eso es práctico!

—¿Quién ha decretado eso?

—Los comisarios del pueblo, de acuerdo con el soviet central.

Y añadí, sin dejarles tiempo para reflexionar:

—¿Conocéis al presidente del soviet local?

—Sí.

—¿Es buen patriota?

—Excelente, y muy enérgico también.

—Traigo un encargo para él. Debe de ser muy amigo de Trotsky.

—¿Por qué?

—Porque él es quien me ha dado el encargo.

—Ha estado muchos años en Petrogrado. Era estudiante; fué luego sargento en el regimiento de Volhinia.

—Como yo.

—¿Y no le conoces?

—Debo de conocerlo. Había un bravo mozo que se llamaba Kondrechenko. Iván Semenovitch, ¿verdad?

—Sí.

—Me alegro infinito.

—Mira, camarada—dice uno de los guardias, indicándome un gran edificio que en otro tiempo era el gobierno militar de Poltava—ahí vive.

—Muchas gracias por la escolta y por vuestra buena voluntad.

Ni en el zaguán de la casa, ni en la puerta del piso principal, donde vivía el presidente del soviet, había ningún guardia rojo.

Hice que Olga y sus acompañantes se sentaran en el recibimiento, y sin el menor cumplido entré en el vasto sa-

lón, con pocos muebles, mucha luz y bastante polvo en el suelo y paredes. En un rincón se veía una mesa con bastantes papeles, pocos libros y algunos legajos. Junto a la mesa estaba Kondrachenko, hablando con una muchacha robusta, fresca y de agradabilísimo aspecto.

Al punto me reconoció mi amigo y se adelantó para estrecharme la mano.

—¡Cuánto me alegro de verte, Michenko! ¿De dónde vienes?

—De Narva .

—¿Vives allí?

—No, en la capital; pero vengo de Narva y directamente aquí con objeto de pedirte un favor.

—¡Ven, Katiuchka!

Se acercó la garrida muchacha.

—Este buen mozo es Vladimiro Constantinovitch Michenko, de quien tantas veces te he hablado; gran amigo de Trotsky, hombre de pelo en pecho, muy listo y amigo mío de todas veras—dijo, sacudiéndome con fuerza la mano, que no había soltado desde que nos la estrechamos—. Y aquí tienes a mi mujer Catalina Alexandrovna, a quien quiero con toda mi alma y viviendo con la cual no se comprende el divorcio.

Nos apretamos las manos, alegres y sonrientes.

—Sé que Iván te quiere y, por lo tanto, cuenta conmigo como con una hermana—dijo Katia.

—Cree que sólo deseo probarte que correspondo a tu buena amistad, amiga Katiuchka.

—¡Ea! Venga ahora tu favor—exclamó Iván—. Puedes hablar delante de Katiuchka, pues ya sé que no vas a pedirme nada que no pueda saber ni oír mi mujer.

—Tienes razón. Se trata de salvar a dos muchachas, a una tía suya y a un ex criado de ellas.

—¡Demonio! ¿Te has convertido en Cromwell?

—¿Qué quieres decir?

—Que te has transformado en "gran protector".

—¡Bah!

—Dime, ¿no podrías reducir la lista de esos ex?

—No. El criado es un hombre excelente.

—¿Y la tía?

—Será buena camarada, andando el tiempo, y hasta ahora ; como no era rica, ningún daño causó a los desvalidos.

—En cuanto a las muchachas, supongo que una de ellas será guapa.

—Te equivocas; lo son ambas.

—¡Demonio! Se me antoja que el contacto con esos ex te ha pervertido.

—¿Por qué?

—Porque en vez de proteger a una mujer, proteges a dos.

—Pero sólo quiero a una.

—¿Esas tenemos?

—¿Qué quieres? La conozco desde que ella era barinia. Nació en el mismo pueblo que yo. Su padre era barin. Le ha hecho asesinar Vassia, el secretario de Krístal.

—¿Dónde está esa familia interesante?

—La dejé en la antesala.

—Llama a esa gente.

Entraron las tres mujeres y en pos de ellas Iván Petrovitch.

Kondrachenko las recibió con agrado y cortesía, lo mismo que su joven esposa.

Hablamos todos largo rato, comimos juntos y luego dijo mi amigo:

—Durante las primeras semanas de la revolución, algunos patriotas que no andaban sobrados de muebles vinieron a esta casa para proveerse de los que necesitaban, y a consecuencia de ello, tenemos la casa muy grande, pero casi desamueblada. Además de la nuestra y de la que ocupa la sirvienta, sólo tenemos una cama. Se puede hacer una cosa: Matrevna Alexandrovna irá, con Iván Petrovitch, a pasar una temporada en Kalirk, donde viven mis padres. Allí estarán en completa seguridad y bien atendidos, te lo prometo. En cuanto a Olga y Ana...

Se detuvo un momento, y luego prosiguió:

—...vivirán con nosotros. Serán unas primas de mi mujer, que vivían en Cronstadt y creo que estarán aquí bien seguras y atendidas hasta que quieran honrarnos con su compañía o que tú dispongas otra cosa. ¿Qué os parece, camaradas?

—Que es la mejor solución posible, y que eres, como ya sabía de antiguo, todo un hombre y un amigo excelente.

—Supongo que no sientes ser deudor mío.

—¿Por qué?

—Porque se me antoja que tratas de pagarme en lisonjas—respondió sonriendo.

No perdí un minuto.

Después de despedirme de Ana y Olga, me llevó a su tía y a Iván hacia Kalirk y allí les dejé en casa de los padres de Kondrachenko.

Quedé tranquilo en absoluto acerca de la seguridad en que dejaba a los dos viejos.

La aldea en que vivirían en lo sucesivo era pequeña y sus huéspedes tenían fama de gente acomodada. Poseían

campos, bosque, unos prados que producían comida bastante para las vacas, bueyes y novillos que criaban. El padre de Kondrachenko, a pesar de sus sesenta años, era robusto como un roble, erguido como un pino y siempre estaba de buen humor, prueba evidente de que nada temía de su conciencia ni de sus convecinos.

Y así era, en efecto. Todos los aldeanos le querían y a ninguno, ni a los más pobres, se le ocurrió robarle el ganado durante la revolución ni después de ella denunciarlo a la Cheka a fuer de propietario rico. No. Simeón Fedorovitch era algo así como el patriarca de la aldehuela y mal lo pasara quien atentase contra su propiedad o su persona, pues todos los mujiks sabían que en caso de apuro encontraban en su casa algún dinero para remediarse, un buen consejo para ir por el buen camino y crédito ilimitado para pagar sus deudas, si acaso alguna habían contraído en perjuicio del buen labrador.

El padre era tan franco, leal y desinteresado como el hijo y los dos pertenecían a esa clase de hombres que reconcilian al más pesimista con la humanidad miserable, torpe y envidiosa.

CAPITULO XVI

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

Cuando volví a Poltava, después de pasar unas horas en la aldea, me parecía que era otro hombre. Estaba de buen humor, me encantaba contemplar el paisaje, espaciar mis ojos por aquellos campos que llevaban un trigo magnífico, el pan para un año; aquellos bosques que auguraban y aseguraban leña para el invierno y algún dinero para comprar lo necesario; bañarme en aquel calor benéfico, sentir la caricia de aquel sol del Mediodía, tan distinto del desmayado y pálido que alumbra las ciudades del Norte; respirar el aire puro, saturado de aromas, en vez de la atmósfera pesada, densa, de Petersburgo. Dijérase que me habían quitado cinco años de encima, que volvía a ser el muchacho que al empezar la guerra, lleno de ilusiones y esperanza, se alistó en las filas del ejército para defender la patria contra la invasión de los alemanes rapaces y calculadores y llevar la palabra salvadora a los soldados, predicándoles la igualdad, la bondad y aborrecimiento de todas las tiranías.

Tan bien dispuesto me sentía, que quise hacer a pie el viaje de vuelta, y durante tres horas, andando a buen paso, la distancia que media de Kalirk a Poltava, dejé de

pensar casi. Miraba y admiraba, y las galas de la naturaleza bastaban para mi actividad cerebral. En los momentos de suma felicidad, de una dicha completa, se anula el pensamiento, lo propio que en el espasmo del miedo o de la desesperación, que se resuelve a veces en el suicidio. En esos instantes de la vida, ese soplo poderoso e indefinible es más fuerte que la razón y el pensamiento. Diríase que el hombre vibra al compás de los orbes y que su vida se confunde con la vida universal.

Olvidé durante aquellas tres horas benditas todas las pequeñeces, angustias y falsedades de la existencia. Desapareció la visión del pasado aborrecible; se borró el presente angustioso; desvanecióse el porvenir. Estaba solo en el campo, sano de cuerpo y de espíritu; acababa de realizar una buena acción y de hablar con un hombre que me ayudó a salvar a unos infelices y que estaba exento de ambición y de envidia. No me preocupaba el rumbo que tomaría la revolución, ni lo que sería de mí en lo sucesivo, lanzado como me hallaba en la vorágine que amenazaba tragar, con lo viejo, lo nuevo; hombres y cosas.

Llegué a Poltava, tranquilicé a Olga y a su hermana acerca de su tía y de Iván.

—¿Cómo se ha portado mi padre?—preguntó Kondrachenko.

—Como su hijo; de tal palo, tal astilla.

—¿Te ha gustado mi ciudad natal?—me dice riendo.

—Cuando menos, está uno más tranquilo que en Petrogrado o Moscou.

—¿Habías estado ya en Poltava?

—Sí, hace años; cuando era muchacho.

—Pues, mira, ha crecido bastante, a pesar de la guerra, o quizá a causa de ella.

—¿Ha habido aquí mucho alboroto?

—No. Aquí somos todos campesinos y los mujiks, ya sabes: tierra y vodka.

—Parece que ahora se bebe de firme.

—Más de lo que fuera de desear. Pero, como hay poco dinero, no se achispa quien quiere, sino quien puede. Tú que vienes de la capital, dime si te parece que se volverá a trabajar pronto.

—Lo dudo. Mientras la moneda esté depreciada, no habrá modo de reanudar la vida normal y tampoco se volverá a la normalidad — una normalidad desconocida y completamente nueva — en tanto que no haya cesado la guerra civil, que tantos destrozos causa.

—Los vencidos no se resignan.

—Y los vencedores quieren exterminarlos, por lo que reza el refrán: "muerto el perro, se acabó la rabia."

—Tardarán en conseguirlo. El terror puede ser contraproducente. Ha terminado la guerra; los principales culpables del desastre han sido castigados. La familia imperial no puede conspirar. Los grandes duques están fugitivos o en la cárcel. ¿Qué se espera, pues, para calmar los ánimos con una política pacificadora?

—Que la gente del antiguo régimen se convenza de su impotencia para recuperar lo perdido. Lenin y Trotsky saben que algunos generales andan buscando gente para levantarse en armas. Y organizan el ejército rojo y dictan medidas para transformar radicalmente la sociedad rusa. Instrucción, religión, propiedad rústica y urbana, comercio e industria, todo anda de cabeza.

—Lo que me temo es que no pueda volver a andar por su pie.

—Sí. Andará. Ha habido en el mundo cataclismos mayores que éste. Han perecido las formas sociales; pero la

humanidad persistió. Al desquiciarse el imperio romano, que abarcaba todo el mundo conocido, los que presenciaban la catástrofe imaginaban que acabaría con la raza humana. Y se equivocabn. De aquellas ruinas se engendró el Renacimiento, después del período caótico de la Edad Media. Ahora se ha hundido el capitalismo en Rusia; cambia de forma la propiedad, pero la tierra no desaparece y ella es la que nos nutre. Mientras los árboles den frutos, mieses los campos, y las mujeres conciban y paran, no se acabará el mundo Todo se reduce a una transformación más o menos profunda. Tienes claro juicio y debes ver con claridad lo que yo veo.

—Cierto que no moriremos todos a manos de los revolucionarios, como no perecimos por culpa de Nicolàs II y sus acólitos; tengo la seguridad de que más o menos pronto terminará el espantable desbarajuste en que vivimos. Pero, ¿no sería mucho mejor abreviar la prueba, derramar menos sangre y establecer cuanto antes el reinado de esa fraternidad que hasta ahora es una palabra vana?

—Sin duda. Hay un solo inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no es posible.

—¿Por qué?

—Todos los burócratas, los oficiales del antiguo ejército, y cientos de miles de parásitos del antiguo régimen, creen posible una restauración. Dicen, y así lo creen, que una ínfima minoría es la que gobierna, la que, gracias a su osadía y a su suerte, se ha apoderado de Rusia. Se equivocan. Los campesinos tienen tierras y aunque reciban a tiros a los soldados rojos cuando van a quitarles trigo, lino, avena, no querrán en modo alguno quedarse sin tierra por el gusto de arrodillarse ante un nuevo Padrecito. Los obreros, aun cuando pasan hambre y tienen que so-

La casa de "Ipatiev" en Ekaterinburg, donde fueron recluídos los miembros de la familia imperial rusa

meterse al trabajo obligatorio, tampoco consentirán en volver a la esclavitud antigua. Lo que digo, es el evangelio; pero nuestros adversarios no admiten tales verdades y hasta que hayan probado nuevamente fortuna y se les haya aplastado, no se convencerán de ello. Entonces es cuando se avendrán a reconocer lo existente, a someterse a lo ineludible.

—¿Y si dura mucho la contienda?

—Tanto peor para todos. Pero no puede durar. Lo caduco ha de morir forzosamente.

—Los que se levanten en armas, tendrán el apoyo de las naciones occidentales.

—Les darán dinero y armas; pero no un soldado.

No replicó más Kondrachenko. Permaneció un ratito callado, meditando. Después me miró sonriendo, como de costumbre, y dijo:

—Lástima que sea necesario, para vivir unos años, que los hombres peleen de un modo tan feroz entre sí. De buena gana dejaría yo la presidencia de ese consejo de todos los demonios; pero temo hacerlo porque hay por aquí, como en todos lados, una pandilla de perdularios que si yo dejara esto harían mangas y capirotes y no se atreverán mientras yo esté presente, por que saben que, conmigo, el que la hace, la paga.

—Eso quiere decir que sabes emplear la fuerza.

—Cuando es necesaria.

—Pues lo propio hacen Lenin y Trotsky.

—Cualquiera que te oyese diría que eres un hombre tremendo, Vladimiro Constantinovitch y yo estoy seguro de que ya debes estar hasta la coronilla de matanzas y de rigor. Te conozco y no me darás gato por liebre.

—Aciertas; pero me guardo de juzgar a los otros por lo que yo pienso y hago, y jamás me he creído infalible.

Lenin es hombre de talento, de voluntad y de fibra. Le conozco. Quiere que los desdichados sean libres y felices. Puede equivocarse; pero su intención es buena.

—¡Làstima que cueste ríos de sangre! Se me antoja que te equivocas, Michenko.

—Dentro de unos años lo veremos.

—Si no estamos en la huesa.

—En tal caso, nada tendremos que temer de los blancos ni de los rojos. De todos modos, parece que se va calmando la Cheka.

—Bueno, no hablemos más de eso, hasta que se presente ocasión de que a las palabras pueda seguir la acción... Y vamos a cenar, que la caminata debe haberte abierto el apetito.

CAPITULO XVII

LAS DOS HERMANAS

Pasé cuatro días en Poltava, paseando por la ciudad y el campo, sin pensar en la política ni en sus hombres. Me sentía renacer en casa de mi amigo. La cordialidad de Iván Semenovitch y de su amable y franca esposa Katiuchka, las veladas que pasaba junto a las dos hijas del desdichado Savurin y el sol de mi tierra, me tenían encantado. A ser posible, allí me quedara para pasar el resto de mi vida, ni envidiado ni envidioso, sin ambiciones y sin otro deseo que vivir al lado de los que tan caros me eran y que me demostraban un afecto y una amistad entrañables.

Olga no ocultaba el agrado con que me veía. Aun cuando jamás habíamos hablado una palabra de amor, estábamos convencidos uno y otra del que sentíamos yo por ella, ella por mí. El lenguaje de los ojos es tan claro y más veraz que el de los labios. Una sonrisa es más elocuente a veces, que una frase apasionada.

Ana, que al principio se mantenía callada, seria y poco expansiva, cuando marché hacia Moscou mostraba ya el abandono y la confianza propios de la juventud. La compañía de Katiuchka, el buen humor de Kondrachenko, las atenciones de que era objeto por parte de sus huéspedes,

el agradecimiento que sentía por mí, la conciencia de que a causa de la revolución había cambiado por completo su situación social la habían transformado. Sólo quedaba de la altiva barinia la belleza del rostro y de la apostura, y la juventud sana y fuerte, fortuna más cierta que la que perdiera antes de heredarla.

Alguna vez, la tristeza que sentía asomaba a su rostro.

—¿Por qué lloras, Ana?—pregunté un día.

—No por el presente, sino por el porvenir. ¿Cuàl va a ser nuestra suerte? Hemos perdido padre, posición, fortuna. ¿Qué sería de nosotras sin tu apoyo y la franca hospitalidad de Iván Semenovitch y Katiuchka?

—El porvenir está oculto a las miradas de todos. Nadie puede adivinar lo que nos reserva. ¿A qué preocuparse por él? ¿Quieres un ejemplo de ello? La ex emperatriz, relegada ahora en una cárcel, perdió en pocos días poder, fortuna, cortesanos. Ahora puede temer hasta la muerte, y padece ya el abandono y la pobreza. Cuando en el palacio de Invierno y en Tsarkoie-Selo su voluntad era ley para Rusia entera, sin excluir a su marido, ¿cómo podía imaginar el actual desamparo? ¿Por qué afligirse pensando en lo futuro, si quizá ese futuro te reserva dichas y no penas, cariño y no despego? Amo a tu hermana, aun cuando jamás le ha hablado de mi ternura. Cuando pueda tomarla por esposa vivirás a nuestro lado, hasta que alguien hable a tu corazón y se prende de tu belleza. Entonces, a tu vez, formarás un nuevo hogar y tu existencia, no por haber tomado otro camino que el que parecía esperarte, serà menos dichosa.

—¿Y hasta entonces?

Permanecerás al lado de Kondrachenko y su esposa, a menos que encuentres algún inconveniente en ello. Aquí estáis seguras de que nadie os faltará al respeto.

—Y, ¿cómo pagar lo que hacéis por nosotras y por nuestra tía y por el pobre Iván Petrovitch?

—Desde muy joven prediqué la fraternidad humana, oponiéndola a la servidumbre y a la desigualdad injustas. Para conseguir que triunfara, me sujeté a la disciplina militar y me batí contra los "faraones" y los cosacos. Kondrachenko hizo lo mismo que yo. Ha triunfado el régimen por el que propugnamos, ¿y no hemos de practicar nuestras doctrinas? Nada nos debéis tú y los tuyos, como no sea una reciprocidad de servicios, si llegara para nosotros la hora de la desdicha y para vosotras la de la fortuna. ¿Consentirías, acaso, que corriera peligro un hombre, pudiendo tú salvarlo?

—¡Gracias, Vladimiro Constantinovitch! Si todos los revolucionarios fueran como tú, me sentiría revolucionaria.

—Lo serán.

—¿Cuándo?

—Cuando a los ignorantes se les enseñe que cada cosa engendra su semejante: que la buena semilla da el buen grano. La maldad es hija de la ignorancia. Conociendo a los hombres se aprende a amarlos. Pero tú no necesitas, para ser buena, de mis consejos, ni es menester convertirte.

El día siguiente era el de mi marcha. Debía estar en mi puesto al terminar la licencia.

Por la mañana salimos a dar un paseo, Olga, Ana y yo. Luego de andar largo rato, nos sentamos para descansar antes de emprender la vuelta.

Miré a Olga, que parecía ansiosa y triste.

Sin preámbulo ninguno, le dije:

—Dentro de unas horas tomaré el tren para Kursk y probablemente tardaremos algún tiempo en vernos. Sabes que te amo y creo que me quieres también. ¿Me he engañado, acaso?

—No, Vladimiro. Yo también te amo.

—¿Crees que puedes ser dichosa a mi lado? ¿Tienes confianza en mí?

—Absoluta.

—Revueltas están las cosas en Rusia. Nadie sabe a qué atenerse, ni puede responder sino del presente. Quizá podamos comer siempre, quizá pasemos apuros, ¿Te atreverás, poniendo tu mano en la mía, a correr el riesgo que implica lanzarse a la ventura?

—Estando a tu lado, soportaré todas las privaciones y no perderé nunca la esperanza.

—Tu hermana vivirá con nosotros. La unión hace la fuerza y si han de llegar días de prueba, serán menos duros estando juntos que aislados.

—¿Volverás pronto?

—No puedo decirlo. Sólo te aseguro que cuando vuelva, será para no separarnos. Te dejo con tu hermana y con mi amigo. En Kondrachenko podéis tener tanta confianza como en mí mismo. El os dirá cuándo podréis ir a visitar a Matrevna Alexandrovna sin riesgo. No se os ocurra marcharos de aquí. Suceda lo que suceda, Kondrachenko os protegerá. Y ahora, vamos a casa, que ya es hora.

Comimos con buen apetito y de sobremesa dije a mis amigos que Olga y yo éramos novios desde hacía un par de horas.

Kondrachenko me preguntó:

—¿Qué es lo que piensas hacer, camarada, para asegurar tu pitanza y la de estas encantadoras muchachas?

—No lo sé todavía. En Cherkasy tengo alguna hacienda. Cultivada por mí mismo, bastará para mantenernos.

—Mal oficio es el de mujik en estos tiempos, y más aun para el que no está acostumbrado a él.

—¡Bah! Soy joven y robusto.

—¿Y si un día te confiscan cuanto hayas cosechado a fuerza de trabajo?

—He pensado en ello y no me seduce mucho la perspectiva; pero sólo me queda entonces un recurso.

—¿Cuál?

—Seguir en el ejército y ser general dentro de poco, si hay guerra civil—como preveo—o es preciso sostener guerra con algún país vecino que quiera aprovecharse de nuestra política pacifista...

—¡Oh!—interrumpió Olga con vehemencia—. No expongas tu vida.

—No sé todavía lo que será mejor para vosotras y para mí. Cuando esté en Moscou decidiré.

—¿De modo—dijo Kondrachenko—que crees que habrá combates?

—Sí.

—Yo opino lo mismo, y quizá los ukranianos entremos en la lucha antes que otros.

—¿Contra Rusia?

—O contra los reaccionarios. Es difícil prever el porvenir.

—En caso de guerra civil, ¿por quién tomarías partido?—pregunté.

—Por los que tengan razón.

—¡Bien dicho, camarada! ¡Si así procedes, siempre estaremos juntos!

Se acercaba la hora de la partida.

Olga se empeñó en ir a la estación a despedirme, y con ella vinieron los demás.

—¡Vuelve pronto!—dijo al arrancar el tren.

CAPITULO XVIII

CÓMO ESTABA RUSIA

Al llegar a Moscou para dirigirme a Petrogrado, hablé con algunos hombres importantes de la nueva situación, y como sabían que podían confiar en mí, explicáronme las últimas noticias, que fueron desastrosas. En ocho días había aumentado considerablemente la agitación provocada por socialistas, cadetes y anarquistas. Ukrania se preparaba para adquirir una independencia absoluta, los cosacos del Don volvían a las andadas. Finlandia podía considerarse perdida. A orillas del Volga, reuníanse partidas hostiles al gobierno; en Siberia cundía la insurrección.

Pero todo aquello implicaba menor riesgo que el cierto, inminente, representado por la falta de víveres en Petrogrado, Ekaterinoslav y otras ciudades populosas e industriales. El hambre se cebaba en todos los habitantes, en los ex aristócratas y ex burgueses y en los obreros y soldados. Nadie podía comer la cantidad de alimentos que le pedía su estómago. La causa era la de siempre: mal servicio de comunicaciones rápidas y la negativa de los campesinos a entregar sus cosechas a cambio de un papel moneda que carecía de valor casi por entero.

El gobierno se decidió entonces a ejercer de acapara-

dor. Se quedó con cuanto había en los almacenes y tiendas y decretó el aprovisionamiento por medio de sus agentes. Estos repartían bonos y contra éstos se entregaba a sus portadores cantidades insuficientes de pan, harina y arenques. Si algo más había, más se repartía; pero siempre teniendo en cuenta que los soldados y los obreros debían ser los primeros en comer y los que pudieran comer con mayor abundancia. A los demás se les recomendaba paciencia y ocasión hubo en que, no pudiendo darles ni un gramo de substancias alimenticias, se les entregó sal en cantidad bastante para sazonar la comida de un año. En cambio, el azúcar faltaba por completo.

Me consta que el gobierno hacía cuanto estaba en su mano para mejorar situación tan desesperada; pero no lo conseguía. Los gobiernos de las naciones todas de Europa, comprendían el peligro que implicaba para ellos el régimen sovietista y habían formado un cordón de tropas en las fronteras terrestres y declarado y establecido un bloqueo riguroso en las costas rusas. Y no pasaba de fuera adentro ni un saco de comestibles y se condenaba a los rusos a perecer de hambre. Esperaban los políticos europeos que, acuciados por la necesidad, enloquecidos por el espectáculo lastimoso de sus hijos, que morían de hambre, los hombres válidos que había en Rusia se levantarían en masa contra Lenin y sus compañeros y les arrojarían del poder que tan audazmente conquistaron.

Se equivocaron de medio a medio, esos políticos. Lenin, Trotsky, Zinoviev, Ricov, Stalin, Kameney, Chicherin, Lunacharsky y los demás compañeros bolcheviks no disponían de las fuerzas militares bastantes para romper el círculo de hierro en que se había encerrado a Rusia; pero por medio de hábiles proclamas hicieron creer al pueblo que lo que pretendían las naciones extranjeras era el aniqui-

lamiento de Rusia, y que, por lo tanto, era menester resistir hasta el último momento, trabajar para desbaratar los planes del enemigo.

"Todo el mal viene de los reaccionarios—decía una proclama de Trotsky—. Ellos son los que lanzan hacia Ukrania los soldados alemanes, los que dan ánimo a los finlandeses para que renieguen de la patria rusa, los que en el Don sublevan a los cosacos.

"El pueblo no debe dejarse seducir por falaces quimeras, no puede creer a los que durante siglos le han esclavizado. Rusia es la nación más rica del mundo. Tiene más territorio y habitantes que los Estados Unidos y el Brasil y el Canadá juntos. Crecen en sus llanuras plantas de todas clases. Ukrania produce más y mejor trigo que la cuenca del Mississipí. Tenemos más ganado que los norteamericanos. En nuestros montes hay una riqueza forestal y minera casi inagotables. ¿Y cederíamos ante una amenaza, ante una coalición indigna? No. El pueblo ruso reaccionará. Ahora que ha conquistado la libertad a fuerza de sangre, no consentirá en perderla. Los campesinos trabajarán sus tierras; comprenderán que la fraternidad humana exige un esfuerzo, y una vez lo hayan realizado, terminará la situación excepcional que padecemos, y Rusia, libre, fuerte, rica, volverá a ser la proveedora de Europa. Gracias a sus nuevos gobiernos, el dinero que a manos llenas entrará en la nación, servirá de provecho a los campesinos y obreros, en vez de ir a parar a los bolsillos sin fondo de los grandes duques, ministros, senadores y metropolitanos. Trabajemos todos y Rusia renacerá mejor y más fuerte que nunca y será ejemplo para los pueblos que intentan imponerle un yugo que ha roto para siempre."

A los cosacos que seguían a Kaledin y Kornilov, les

apartó de la rebelión por medio de un decreto firmado por el Consejo de los Comisarios del Pueblo, que disponía:

"1.° Suprimir el servicio militar obligatorio de los cosacos, substituyéndolo por una instrucción militar de corta duración.

"2.° Hacer que en lo sucesivo corra por cuenta del Estado el equipo y armamento de los cosacos llamados al servicio militar.

"3.° Suprimir las guardias semanales de los cosacos en la dirección de la Stanitza (pueblo cosaco), los ejercicios en invierno, las revistas y los campamentos.

"4.° Dar libertad completa a los cosacos para cambiar de residencia."

En otra proclama dirigida a los cosacos, se decía:

"Cuantos cosacos sacudan el yugo de Kaledin y de Dutov, serán acogidos fraternalmente y encontrarán el apoyo necesario en la República de los Soviets."

Pero todos los esfuerzos para llegar a una normalidad estable, resultaban inútiles. Y más que todos los peligros y riesgos, era tremendo el del hambre, que no se remediaba ni con proclamas ni con razzias. De tal modo producía espanto al mismo gobierno, que Lenin decía en Petrogrado, en un discurso: "Hemos llegado a un instante en que se nos presenta un problema incomparablemente de más difícil resolución que el de la lucha con los contrarrevolucionarios. Nos es necesario que lleguen a nuestro poder los productos de primera necesidad, de los que se han apoderado, no las clases altas de la burguesía, sino innumerables pequeños propietarios campesinos. No hay otra solución que la dictadura del proletariado, el poder de una mano de hierro implacable, que acabe la revolución social. A las nuevas dificultades que se nos presentan, contesta-

remos llamando en nuestra ayuda a los millones de míseros de la campiña."

Los campesinos, no solamente se quejaban de que se les arrebatara el fruto de la tierra, sino de cómo se había verificado el reparto de ésta.

Tan pronto como los bolcheviks se hubieron hecho dueños del poder, los Comisarios del pueblo declararon que desde aquel momento "quedaban anulados los derechos de propiedad de las grandes haciendas, sin indemnización alguna." Todos los latifundios, así como las tierras pertenecientes a monasterios, iglesias, juntamente con todo el ganado, material agrícola, bienes mobiliarios y accesorios, fueron entregados a los Comités agrarios cantonales y a los soviets locales de diputados campesinos, hasta que se reuniera y deliberara la Asamblea Constituyente. Quedaban únicamente exentos de confiscación las propiedades de cosacos, soldados y campesinos.

No fueron del agrado de éstos semejantes disposiciones, porque lo que ellos querían era la posesión inmediata de las tierras, y no que se apoderara una corporación que, en último término, equivalía a uno de los antiguos poseedores.

Peor les supieron las instrucciones que publicó el periódico oficial *Izvestia,* que decían textualmente:

"El derecho de propiedad de la tierra queda anulado para siempre. Las tierras no podrán ser readquiridas, ni vendidas, ni cedidas en arriendo ni garantía, ni expropiadas por ningún concepto.

"Todas las tierras quedan confiscadas sin indemnización, se convierten en propiedad nacional y pasan a disposición de los trabajadores que las cultivan.

"El derecho de usufructo de las tierras pertenece a todos los ciudadanos, sin distinción de sexo, que deseen

cultivarlas, ayudados de su propia familia o en asociación, y únicamente en la cantidad compatible con su capacidad de trabajarlas.

"Todas las tierras, después de su confiscación, son transmitidas a un fondo agrario, y su reparto entre los trabajadores está asegurado por las administraciones locales y centrales.

"Toda la riqueza del subsuelo, minas, naftas, carbón, sal, etc., así como los bosques y las aguas que tienen importancia nacional, pasan a poder exclusivo del Estado."

Se dió esta ley, pero no se redactó un reglamento para puntualizar los derechos y deberes de los Comités administrativos y esto dió lugar a muchos y graves abusos. Fueron reprimidos los que se llegó a conocer y castigados sus autores; pero por cada abuso conocido había mil ignorados y entre los campesinos fueron los más necesitados y más torpes los que menos tierras recibieron, y los más osados y dispuestos a dar propina los que apandaron con los mejores y mayores bocados.

El gobierno bolchevik tenía una ventaja enorme en su favor desde el primer momento. Apenas se apoderó del mando, suprimió más de 400 periódicos de la oposición, dejó solamente 22 y con previa censura, y a los del mismo partido sólo les permitió dar las noticias que le convenía que llegaran a conocimiento del público. Con las reuniones y mitines, que podían substituir la acción de los periódicos, no se mostró menos severo. Fueron disueltos todos aquellos en que un orador intentó criticar cualquier medida adoptada por el gobierno.

Por lo que hace al comercio, lo nacionalizó asimismo el gobierno y abrió almacenes por su cuenta, para expender, no solamente toda clase de géneros alimenticios, sino también otros artículos necesarios, como tejidos, calzado y va-

rios otros objetos; pero con pésimo resultado, porque lo poco que se trabajaba en Rusia desaparecía antes de llegar a manos del gobierno y quedaba en poder de los comerciantes particulares que, a pesar de toda clase de decretos y de haber sido fusilados algunos, continuaban vendiendo por su cuenta y a precios usurarios, sin que ninguna de sus víctimas se decidiera a denunciarlos, porque teniendo necesidad apremiante de lo que les vendían aquéllos, pagaban de buena gana el precio que se les pedía, si a tanto alcanzaban sus medios.

Si no pudo impedir la venta clandestina de muchos artículos, por medio de un simple decreto acabó con el negocio de los Bancos y de los banqueros. Ordenó que el dinero existente en todos los Bancos, ya en calidad de depósito, ya de cuentas corrientes, pasara a poder del Banco del Estado, y no permitió a los cuentacorrentistas y depositantes que sacaran de las cajas de éste más de 150 rublos semanales. Todos los capitalistas que no habían retirado sus depósitos quedaron arruinados, menos algunos que, mediante fuertes propinas, consiguieron retirar parte del dinero que amenazaba desaparecer.

La falta de víveres hizo nacer y prosperar una profesión que en realidad era tan vieja como las primeras sociedades humanas, pero que los medios de comunicación rápidos y relativamente seguros habían suprimido desde muchos cientos de años.

Todo el que disponía de veinte, treinta o más rublos y había quedado sin trabajo a consecuencia del cierre de talleres, fábricas y oficinas públicas y particulares, se compraba un zurrón, una mochila, un morral, cualquier cosa que pudiera contener una cantidad regular de trigo, maíz, azúcar, chocolate, harina, fruta, o de cualquier otra substancia alimenticia y echaba a andar hacia la campiña.

A lo mejor caminaba tres o cuatro días en vano; pero otras veces encontraba un aldeano que se avenía a venderle algo de lo que a él le sobraba, y aunque tuviera que pagarlo muy caro, el "mochilero" sabía que había hecho un negocio redondo. Por regla general, vendía diez veces más caro de lo que compraba, y así realizaba magníficas ganancias. En ocasiones, ese exceso de ganancia le ocasionaba grave perjuicio, pues al mismo tiempo que nació el oficio de "mochilero", apareció una nube de salteadores que en un instante se apoderaban de lo que a los primitivos negociantes les había costado fatiga y dinero adquirir.

Fué necesario que los "mochileros" se juntaran en grupos. Iban armados y entablaban verdaderos combates con los bandoleros. Estos, acosados por las tropas rojas, se vieron obligados a dejar su productivo, pero arriesgado oficio, y muchos de ellos la piel.

Durante unos días se persiguió también a los "mochileros", alegando que se entregaban a un contrabando nocivo a los intereses del Estado; pero al fin se les dejó en paz, pues los agentes del nuevo poder tenían otros quehaceres de más importancia.

En cuanto a la industria, puede decirse que desapareció apenas iniciada la revolución de marzo. Tolstoi explica en "La Esclavitud Moderna" de qué manera se trataba a los obreros en la mayoría de las fábricas de Rusia. En tanto que los capitalistas obtenían ganancias anuales equivalentes a un 60 y un 80 por 100 del dinero empleado, a los obreros se les pagaba salarios de hambre por un trabajo que se prolongaba 10, 12 y 14 horas, realizado en pésimas condiciones higiénicas, pues aun cuando había una reglamentación oficial para él, nadie se cuidaba de tal reglamento: ni fabricantes, ni autoridades, ni obreros. Estos, lejos de sus pueblos natales, sin apoyo ninguno, torpes en

demasía, aguantaban la miseria sin chistar, pues cuando hacían alguna reclamación a los capitalistas, éstos pedían la intervención de la fuerza armada, que era siempre desastrosa para aquéllos.

Al triunfar la revolución gracias a ellos, el resorte que había estado tantos años comprimido, se extendió y, sin reparar ni siquiera poder calcular las consecuencias inevitables que iba a producir su actitud, los obreros quisieron a su vez hacer sentir a los capitalistas avarientos y despiadados que había variado por completo la situación. En lo sucesivo, debían ser los obreros quienes dictaran la ley. El trabajo se haría en las condiciones que ellos impusieran, o no se haría. No había discusión posible, ni previa avenencia. Aquel que a hierro mata, a hierro muere.

Desde que se reanudó el trabajo, después de las jornadas de marzo, la jornada fué de ocho horas y se obtuvo un aumento de salario. Se prohibió que se cerrara las fábricas y talleres a la hora precisa de empezar el trabajo, se exigió media hora de margen para la entrada, y huelga decir que todos o la gran mayoría de los obreros se aprovechaban de ese margen, que reducía el tiempo de trabajo a siete horas y media. Acordaron asimismo los obreros que el capitalista estaría obligado en lo sucesivo a pagar el jornal a los que cayeran enfermos o por una causa justificada dejaran de acudir a los talleres y fábricas. Eso se hace en favor de cuantos trabajan en la administración, en en ejército, en los escritorios de comerciantes e industriales. ¿Por qué no habían de obtener la misma concesión los que en realidad son productores de todas las mercancías manufacturadas? Si ellos no las fabricaban, ¿quién las fabricaría? ¿De qué servirían los dependientes de industriales y comerciantes, si no había materias que cambiar o expedir o vender? ¿Qué sería de los almacenes al por ma-

yor y menor? Los fabricantes tuvieron que ceder. De golpe y porrazo se habían reducido sus ganancias en cerca de la mitad.

Pero, dice un refrán que "el comer y el rascar, todo es empezar". Sin saber el latín, los proletarios de Rusia dijeron, como el romano: "O César, o nada." Y, obtenido lo principal, quisieron lo accesorio. Y poniendo mano a la obra, presentaron a los dueños un reglamento que fué preciso aceptar.

Los fabricantes y dueños de talleres no podían despedir a ningún obrero sin causa justificada y sin ponerse previamente de acuerdo con el soviet de obreros que se nombró en cada taller y en cada centro fabril. En caso de no poder ponerse de acuerdo amos y soviets, éstos eran los que debían hacer prevalecer su voluntad. Si había empate de votos, ganaban los obreros.

No podía ser el dueño quien contratara nuevos trabajadores, cuando hicieran falta. El soviet era el encargado de presentarlos y admitirlos.

Quedaba prohibido en absoluto el trabajo a destajo.

Se imponía el jornal mínimo.

Los ingenieros, los encargados, gerentes y mayordomos que no fueran del gusto de los obreros, debían cesar en sus cargos, y si alguno de ellos levantaba la voz y trataba de imponerse, se le sacaría a la puerta de la calle por el procedimiento de la carretilla, que consiste en colocar al "indeseable" en un carretón y llevarlo fuera del taller. Los burgueses no podían protestar de la decisión tomada, ni admitir nuevamente al ingeniero o mayordomo, o lo que fuera.

Las mujeres debían percibir el mismo jornal que los hombres.

La jornada de trabajo nocturno debía ser de seis horas, con media de margen para la entrada.

No se podría admitir en ningún taller ni fábrica muchachos de menos de diecisiete años, y su jornal alcanzaría siempre las tres cuartas partes del de los demás obreros.

En cada fábrica habría un botiquín completo y todo lo necesario para prodigar los primeros auxilios en caso de accidente.

Quedaban prohibidas en absoluto las horas extraordinarias de trabajo.

Pasar de un régimen capitalista a un régimen absolutamente obrero, resultaba para los dueños una cosa inconcebible y sobre todo inaceptable.

A muchos se les ocurrió cerrar las fábricas; pero a ello se opuso el soviet central de obreros y soldados, que funcionaba en Petrogrado juntamente con el gobierno provisional.

Por medio de un decreto, se declaraba confiscada toda fábrica o taller que cerrara sus puertas sin causa justificada, y debía continuar funcionando por cuenta de los obreros, que nombrarían una comisión para administrarla.

Teniendo la sartén por el mango, los obreros descubrían a menudo nuevas concesiones que estimaban necesarias, aun cuando no figuraran en el reglamento redactado por ellos e impuesto a los propietarios, y esto daba ocasión a frecuentes alborotos, huelgas y actos de sabotaje.

Durante los dos primeros meses de la revolución, se cerró once fábricas en Petrogrado, 14 en Moscou, 8 en Kharkov y 9 en Kiev, quedando más de 25,000 obreros sin trabajo. Fueron cerrados también, en todas las grandes ciudades de Rusia europea, 127 talleres y más de 200 que empleaban de 40 a 500 obreros, con lo cual aumentó en

más de 30,000 el número de los que holgaban. Esto en los dos primeros meses.

Los dueños de esas fábricas y talleres prefirieron perder la propiedad de esas fábricas y talleres a continuar trabajando en tales condiciones. Y se expatriaron.

Aquellos que no tenían dinero bastante para tomar resolución tan radical, continuaron trabajando, pero de mala manera. Muchos de ellos, únicamente para contraer deudas y declararse en quiebra y realizar de este modo parte de la fortuna que amenazaba perderse por entero. Verdad es que así causaban perjuicios grandes a comerciantes y particulares que nada tenían que ver con los nuevos métodos de trabajo; pero no cuidaron de ello. Dijo uno que realizada la quiebra, pudo pasar rico al extranjero: "Cuando se llega a una situación semejante, se hace lo que cuando naufraga un barco: cada cual cuida de sí mismo, sin pensar en el prójimo."

Los conflictos entre obreros, mayordomos, ingenieros y demás empleados, eran continuos. Y como nunca, ni por casualidad, se daba la razón a los técnicos, éstos abandonaban las fábricas y talleres y los obreros quedaban una temporada más o menos larga dueños de ellos; pero al cabo tenían que abandonarlos porque las máquinas no funcionaban, porque no podían adquirir primeras materias sino pagando al contado, porque el gobierno se negaba a adelantar dinero, porque la administración no funcionaba o funcionaba de tal modo, que en vez de facilitar la marcha ordenada de la producción, sólo servía para entorpecerla.

Se paralizaba, pues, el trabajo y cuando Lenin se apoderó del gobierno, la industria—la gran industria—de Rusia, no existía.

¿Cómo no vieron los obreros lo que fatalmente debía

ocurrir? ¿Cómo no advirtieron que forzosamente debían cerrarse fábricas y talleres?

Es evidente que a los más listos no se les ocultó tal contingencia; pero no quisieron dar su brazo a torcer. Prefirieron quedarse sin trabajo a hacer a sus antiguos opresores condiciones más aceptables. Quisieron mandar ellos después de haber obedecido tantos años. Y quisieron que prevaleciera su voluntad. Como siempre, una tiranía engendraba otra contraria. Un abuso llamaba otro. El arrepentimiento de unos llegaba tarde y el deseo de venganza de otros no obedecía a ningún freno. No todos los que cerraron fábricas y talleres lo hicieron de buena gana; no todos pudieron pasar al extranjero. Muchos hubo que, obligados por las circunstancias, permanecieron en Rusia, y cuando llegó la época del hambre, la padecieron más que sus antiguos obreros, y algunos sucumbieron a ella. Un poco más de cordura en la prosperidad, evitara a unos y otros los horrores de la miseria y los desastres del odio.

Cuando los bolcheviks mandaron como dueños, el mal ya no tenía remedio.

La producción había bajado de un modo enorme, a pesar de que los jornales se pagaban doble y triple que antes de la revolución y la duración de la jornada se redujo hasta cuatro horas. Los técnicos que no eran rechazados, se marchaban; el soviet no conseguía ni hacerse obedecer por sus compañeros, ni encauzar el esfuerzo común; las primeras materias escaseaban. El gobierno se decidió a confiscar parte de las fábricas y talleres; pero el remedio no resultó eficaz. Entonces se pensó en la nacionalización y al cabo de pocas semanas quedó realizada.

El mal estaba ya hecho. No pocos de los obreros habían abandonado las fábricas y vuelto al campo, otros se enganchaban en el ejército rojo, y la producción disminuía

haciendo prever que aumentaría poco a poco la deserción y que todo cuanto necesitaban los rusos tendría que venir del extranjero, lo cual no era posible, por la sencilla razón que nadie quería conceder crédito a los que se negaban a reconocer las deudas contraídas por los funestos gobernantes del régimen caído.

La depreciación de la moneda, que se acentuaba todos los días, acababa de hacer imposible la producción industrial, no sólo la de las grandes empresas, sino la de los talleres pequeños y modestos.

En la campiña, los mujiks tronaban contra las ciudades y se negaban a sembrar. En las ciudades, aparecía el espectro del hambre. Toda la gente acomodada que a fuerza de astucia lograba pasar la frontera, emigraba llevándose cuanto podía.

Se llegó al colmo del malestar y de la desdicha, cuando, a consecuencia de la incuria general, estalló una epidemia de tifus, que produjo estragos en las ciudades y en las aldeas, matando en pocos meses más de medio millón de personas. Algunos casos de cólera, que cortó la aparición del invierno, anunciaban para el año próximo otra epidemia tanto o más temible que la del tifus. No hubo medio de contener la marcha asoladora de éste; duró tres mortales meses. Faltaban médicos y medicamentos; nadie seguía las advertencias de las autoridades; muchas de éstas estaban como enloquecidas y no acertaban ni a imponerse, ni sabían lo que convenía hacer. Algunos burgueses se defendían bien que mal; pero las clases bajas eran más que diezmadas allí donde el azote hacía su aparición.

Pululaban los mendigos de profesión y los de ocasión —que eran los que a consecuencia del cambio de gobierno quedaron sin pan—abundaban los atracos y robos, a

pesar de que se aplicaba la pena de muerte con más frecuencia aun que en tiempos del Imperio.

Toda la población de Rusia vivía en zozobra y estaba poseída de una inquietud indecible. De cuando en cuando la gente de las ciudades emigraba hacia el campo; otras veces desertaban del campo los aldeanos y acudían a las ciudades para probar fortuna. Muchos de los emigrantes hacían el viaje a pie. Las carreteras estaban en ocasiones más concurridas que las calles. Los que podían permitirse el lujo de un "tarantáss", considerábanse felices, aun cuando aquellos carricoches sin muelles eran el prototipo de la incomodidad ambulante. En las mismas carreteras morían docenas de hombres, que permanecían insepultos días y días, como aviso y pregón de las desdichas que caían e iban a caer sobre Rusia.

CAPITULO XIX

OLGA EN LA CÁRCEL

Por regla general, no hay quien sepa los recursos infinitos de que dispone un gobierno para saber cuanto le conviene y hacer lo que le parece. Cuando ese gobierno manda y se sostiene en el poder contra la voluntad de los gobernados, más de la mitad de sus agentes de toda especie, so pena de destitución y de castigo, sirven para darle noticia de lo que ocurre, de lo que se dice y hace, y, en particular, para comunicarle todos los actos y pasos de las dos o tres mil personas que más le interesa vigilar. Los agentes subalternos ignoran, naturalmente, cuáles son los enemigos más encarnizados del régimen, es decir, aquellos de cuyas acciones, al parecer más insignificantes conviene que estén enterados los que mandan a su antojo. Les han de indicar sus jefes quién debe ser vigilado.. Y esos jefes, muchas veces obran por cuenta propia. Indican a sus esbirros un hombre que es enemigo suyo, y no del gobierno, hacen que se le espíe sin descanso y aprovechan cualquier acto suyo que pueda transformarse, con buena voluntad y mala intención, en intención delictuosa. El que está puesto en el índice por los ministros o por sus consejeros o principales auxiliares, debe desconfiar de todo y de to-

dos. El compañero de restaurant o de café, el camarero de la fonda, el patrón o la patrona de la casa de huéspedes, el vecino dueño de una tenducha situada frente a su casa, y que se pasa la vida junto a la puerta en espera de los clientes, que no aparecen nunca, el que viaja en el tren, si viaja, el criado o la criada que le sirve, no pocas veces la amante, y en ocasiones su propia esposa, le acechan, le siguen, miran sus papeles, registran sus bolsillos, recuerdan—bien o mal—sus palabras más insignificantes y, transmitiendo a sus superiores lo que han visto, oído o supuesto, dan ocasión para perderle.

Si el gobierno que manda espiar a sus súbditos teme por su vida ministerial en tiempos normales, o por la vida de sus miembros en tiempo de revolución, entonces es facilísimo que el hombre y la mujer más inocentes sean acusados, encarcelados y tengan un fin trágico, sólo porque a uno de los jefes subalternos del poder se le ocurre deshacerse de ellos para satisfacer odios antiguos o lograr algo que la víctima podía estorbar.

A los pocos días de estar en Petersburgo, tuve dos noticias que me causaron impresión desastrosa; en Ukrania se habían rebelado los cosacos acaudillados por su ataman; Olga y su hermana estaban en la cárcel de Poltava, acusadas de conspirar contra el gobierno de los soviets.

Supuse de dónde venía el golpe.

Vassia era quien, habiendo averiguado el paradero de las muchachas, mandó encarcelarlas. Pensaba que el miedo le entregaría indemne a la que deseaba.

Corrí en busca del miserable; pero no pude dar con él.

Escribí a Kondrachenko y no obtuve contestación. Sabedor de los procedimientos empleados para aislar a una persona, fuí a ver a Trotsky y le rogué que me diera el

mando de uno de los regimientos que marchaban hacia Ukrania.

Conseguí lo que deseaba y marché a Kharkov. Reinaba allí un desbarajuste indecible. Todo el mundo mandaba y nadie obedecía. Unos querían acabar con los cosacos matando a todos los que podían favorecerles; otros, haciendo marchar contra los sublevados hasta a las mujeres, dándoles armas. Estos proponían pagar una gran suma a varios asesinos a fin de que mataran a Kornilov y Kaledin; aquéllos opinaban que se debía emprender inmediatamente la acción armada. Pero Trotsky no podía, de momento, ponerse al frente del ejército que había reclutado y organizado, y los demás jefes no servían para el caso.

Entretanto, las partidas enemigas acometían a los nuestros, entraban en pueblos y ciudades y fusilaban sin piedad a todos los que formaban parte de los soviets locales y a cuantos les habían apoyado y servido. En Kilbirsk, pueblo que cuenta unos 4,000 habitantes, fusilaron a más de 600. Uno de los caudillos cosacos, Piotr Vendikin, que no había cumplido veinte años, parecía poseído de una demencia que le hacía cometer atrocidades ante las cuales parecían inocentes bromas las tétricas ejecuciones de la Okhrana y de la Cheka. El jefe del soviet de Kilbirsk, tres meses antes, había encarcelado a los padres y a un hermano de Piotr y en la prisión murieron los tres.

Cuando entró Vendikin con su partida de jinetes en el pueblo, mandó apoderarse del que acusaba de haber asesinado a sus padres; de todos sus compañeros de consejo; de todos los agentes de la Cheka; de cuantos se habían significado poco o mucho en favor de los bolcheviks, y los encerró en un caserón, que rodeó de soldados, los cuales tenían orden de disparar contra todo el que se asomara a

las ventanas, a las puertas; contra el que pretendiera hablar con los centinelas .

Para que la captura fuera rápida y fácil, reunió a los hombres más significados del pueblo y les dijo que si al cabo de dos horas no estaban en poder suyo todos cuantos de lejos o de cerca intervinieron en el encarcelamiento y asesinato de sus padres, y en imponer el régimen sovietista, el pueblo ardería por los cuatro costados y serían fusilados en masa bolcheviks y mencheviks, imperialistas y revolucionarios, viejos y niños, hombres y mujeres.

La amenaza surtió efecto y antes del plazo tenía Vendikin en su poder a los que deseaba.

Entonces prendió fuego a sus casas, después de haberlas hecho saquear por la soldadesca. Las mujeres e hijos de los ciento y pico de detenidos, fueron encerrados con éstos.

Y entonces empezó el suplicio. Durante tres días no se dió de comer ni beber a los presos.

El cuarto día, cuando el hambre y la sed tenía enflaquecidos a los desdichados, varios cosacos pusieron en mitad de la plaza una enorme vasija de madera, en la que cabrían más de trescientos litros de líquido, llena de agua limpia y fresca, y otra de igual tamaño y forma que contenía un guiso de carne y patatas. Luego se situaron dos escuadrones en doble línea, armados de fusiles, en uno de los frentes de la plaza, y se abrió las puertas del caserón donde estaban los presos. Arrojáronse como dementes hacia el agua y la comida. Y como, a pesar de ser grandes los recipientes, no cabía en torno de ellos ni la décima parte de los que padecían sed y hambre, sucedió lo que el bárbaro cosaco había pensado. Se trabó una batalla tremenda ante los dos lebrillos. Los hombres rechazaron a golpes a las mujeres y niños, tan ávidos como ellos, pelea-

ron entre sí y los más fuertes pusiéronse a comer y beber. Pero los otros les pegaban furiosamente; las mujeres y los niños, cogiendo piedras, les herían a cantazos; reñían hombres con hombres, hombres con mujeres, mujeres con niños. Los mayores de éstos destrozaban a pedradas el cráneo de los menores; morían los hombres echados de bruces, sin intentar defenderse, atentos tan sólo a saciar el hambre o a calmar la sed. Y aquella horda de miserables formaba un cuadro feroz, repugnante, horrendo. Gruñían como fieras los que comían o bebían, lanzaban alaridos de dolor y cólera los que caían heridos, se estremecían con trágicos y grotescos movimientos los moribundos y con ferocidad inaudita luchaban todos. Un hombre cayó muerto en la desmedida gamella de la comida, salpicando en torno, vertiendo el contenido. Fué arrojado de allí y los matadores y una mujer desgreñada, cubierta de sangre la cara, se arrojaron al suelo y comieron con ruido pavoroso de sus quijadas, aquella bazofia mezclada con la sangre del que ya era cadáver. Detalle horrible: los niños lamían las ropas del muerto y la herida del cuello, por donde, con la sangre arterial, se escapó la vida.

Exterminaronse unos a otros aquellos infelices, y cuando ya no quedaban sino cuarenta o cincuenta hombres válidos en torno de las vasijas y otros tantos heridos que gemían, Vendikin dió una orden breve, y resonaron dos descargas hechas con una precisión que daba grima. Luego, algunos disparos sueltos y todo acabó. Seiscientas veintiuna personas habían muerto, después de una agonía que ni al Dante se le ocurriera.

Cuando supimos aquella atrocidad, acudimos para ver si era posible capturar al sanguinario cosaco; pero al lle-

gar mi regimiento a Kilbirsk, ya no encontramos a uno sólo de los verdugos.

A riesgo de dar de lleno con el grueso del enemigo, perseguí a Vendikin y después de dos días y una noche de marcha forzada y casi continua, vi su campamento levantado cerca de un arroyo, en una llanura que no tenía hasta el horizonte la más leve ondulación.

Aquello era una contrariedad grande para mi gente, que estaba compuesta sólo de infantes. A la primera alarma, montarían los enemigos a caballo y, o bien cargarían contra nosotros, o huirían sin que fuese posible darles alcance, y en los dos casos mi situación y la de mis soldados, distaba mucho de ser halagüeña.

Al abrigo de una casa de campo, pude aproximarme algo al campamento y me convencí de que el feroz cabecilla tenía más gente a sus órdenes que yo a las mías. Pero ellos dormían y nosotros estábamos despiertos y apercibidos.

Si podíamos llegar a quinientos metros de ellos sin que advirtieran nuestra presencia, estaban perdidos.

Por entre los sembrados, disimulándonos lo mejor que podíamos y amparados por la obscuridad de la noche, conseguimos acercarnos hasta unos seiscientos metros. A tal distancia estábamos cuando relinchó un caballo de los cosacos. Contestáronle otros y se armó tal escándalo, que despertaron muchos de los cosacos para ver qué era lo que tal alboroto producía. Aprovechando la ocasión, avanzamos más, y a cuatrocientos metros abrimos un fuego nutrido de fusiles y ametralladoras.

La sorpresa fué tremenda; pero no era Vendikin hombre cobarde ni impresionable. A pesar de que les habíamos causado muchas bajas, los cosacos tenían mayor nú-

mero de soldados que nosotros, y parecían la flor y nata de los jinetes del Don.

Arremetieron con ciega furia contra nosotros.

Sin retroceder un paso les detuvimos, haciendo fuego a discreción, tan nutrido y certero, que al cabo de pocos momentos volvían grupas, dejando más de cien bajas en el suelo.

Echamos tras ellos sin cesar de hacer fuego. De pronto, arremetieron de nuevo. Nos clavamos en el suelo y recibímosles a pesar de que llegaban como un turbión, con tal fuego, que por segunda vez volvieron grupas.

Galopaba yo delante de mis soldados, cuando un jinete de los que huían, viendo que estaba solo y que los míos no dispararían por miedo a herirme a mí, se detuvo, cambió de dirección y vino en derechura hacia mí, sable en mano.

—¡Tú pagarás por todos, canalla!—gritó desde cerca.

No respondí. Saqué una pistola y tiré sin que saliera el proyectil. Arrojé aquella arma inútil y cuando ya casi estaba el cosaco junto a mí, paré el caballo, eché pie a tierra de un salto y el sablazo que me estaba destinado sólo alcanzó el cuello de mi montura. Maté la suya de una estocada y a pie, delante de mis soldados, peleamos los dos unos momentos. La lucha fué breve. Recibí un sablazo en un hombro. Contesté con una estocada y el cosaco cayó a mis pies con el pecho atravesado.

Era Vendikin.

—Has pagado tu fechoría—dije cuando agonizaba.

Los suyos huyeron y nosotros volvimos hacia Kilbirsk llevando el cadáver de Vendikin.

CAPITULO XX

LIBERTO A OLGA

Antes que pudieran llegar refuerzos en número suficiente, Kaledin y Kornilov nos obligaron a retroceder hacia el Dnieper y ellos entraron en Kharkov después de un combate encarnizado, que duró tres días con sus noches y de quedar las calles de la ciudad cubiertas de cadáveres y heridos de ambos bandos.

Nos detuvimos en Poltava. Estábamos a ciento veinte kilómetros de Kharkov. Volamos el puente de un río para evitar que el enemigo aprovechara el ferrocarril; preparamos la defensa atrincherándonos delante de la ciudad, pusimos en batería más de cien ametralladoras, abrimos pozos de lobo, construímos caballos de Frisia y esperamos. Cinco regimientos de mil doscientos hombres, bien podíamos resistir cuatro o seis días, suponiendo que fuéramos atacados. En tal caso, y si resistíamos, el enemigo se encontraría entre dos fuegos, porque no tardarían más allá de cuatro días en llegar de Moscou gente bastante para acabar con los cosacos levantados en armas.

Mientras no era necesario combatir, me ocupé en salvar a Olga de manos de sus enemigos.

Me dirigí a casa de Kondrachenko, a quien sólo vi dos

días antes, delante de mucha gente. Después que Katiuchka hubo alejado a la sirvienta con un pretexto cualquiera, por si era espía de los chekistas, me dijo mi amigo:

—Ya sabes lo ocurrido. No me opuse por la fuerza a esos canallas, temiendo, no por mí, sino por ellas. Podía mi resistencia empeorar su situación. He hecho cuanto he podido a fin de que soltaran a nuestras amiguitas; todo en vano. Indudablemente, tienen órdenes muy severas respecto de ellas.

—Vassia habrá armado un enredo de mil demonios; pero es menester de todos modos que queden libres hoy mismo.

—Si no obtienes una orden de Dzenjinsky o de Lenin, no veo cómo podrá ser eso.

—De un modo más sencillo. Dando yo la orden.

—No te obedecerán.

—En tal caso, que se cuente con los muertos el que resista.

—Te matarán a ti después.

—¡Bah! En mi regimiento hay unos trescientos hombres que están a mi lado hace más de cinco años. Darían por mí su vida y yo la mía por ellos. Los conoces. Son los de la tercera, quinta y sexta compañías de Volhinia. No hay quien se atreva conmigo estando entre ellos. Después de matar al carcelero, si no cede, asaltaré la cárcel.

—¿Y si se subleva el resto del regimiento?

—¡Ca!

—Suponiendo que así no sea, tampoco escaparás indemne.

—¿Por qué?

—Lenin y el propio Trotsky ordenarán tu detención.

—Veremos quién me coge.

Kondrachenko se encogió de hombros.

Yo me reí.

—Claro es que no voy yo a hacer frente a Rusia entera.

—¿Entonces?

—Ukrania se subleva contra Moscou y Petrogrado. Yo soy ukraniano. ¿Por qué no me he de portar como tal?

—¿Serías capaz...?

—¿Por qué no? Rusia es un manicomio y todos estamos locos. Cada cual hace lo que le viene en gana. ¿Por qué he de ser yo menos que los otros? Cuando se padece una tiranía, se queja el tiranizado. Por no padecer la tiranía imperial, sublevamos tú, yo y otros, los regimientos de la guardia. Ahora otros tiranos ocupan el lugar de los antiguos. No quiero soportar sus iniquidades. No admito que hagan padecer a dos inocentes. ¿No hemos proclamado la igualdad de derechos? ¡Ay del que atente contra los míos!

Estaba furioso, decidido a lo peor, a llegar hasta donde pudiera. Tenía armas y me seguirían unos cientos de hombres.

Lo comprendió así Kondrachenko y me dijo:

—Te pierdes, Michenko.

—Me tiene sin cuidado.

—Te pierdes sin salvar a las que están presas.

—No lo creas; ya verás cómo ni a mí ni a ellas les ocurre lo más mínimo.

—¿Qué pretendes hacer?

—Lo verás dentro de poco.

Como he dicho antes, el ejército rojo o, mejor dicho, los cinco regimientos que podíamos defender el camino de Poltava, estaban atrincherados delante, y bastante lejos, de la ciudad. La mitad del que yo mandaba quedó en Pol-

Habitacion de la casa de Ipatiev, en la que fueron asesinados los miembros de la familia imperial rusa y sus compañeros de cautiverio

tava, así para mantener el orden como para amparar la retirada, caso de resultar vencidos los nuestros.

Tenía, pues, a mis órdenes directas a seiscientos hombres, con los cuales podía contar. La mitad de ellos me eran adictos en absoluto; los capitanes de las otras dos compañías y toda la oficialidad me obedecería y sus soldados no era de creer que se rebelasen.

En contra mía, y obrando con rapidez, tenía o tendría únicamente doscientos hombres de tropa de la Cheka, que no resistirían ni cinco minutos el embate de los míos. Buenos para aterrorizar presos y camaradas pacíficos, se rendirían temblorosos ante los que se habían batido a orillas del Bzura contra los alemanes y les acompañaron, acosándoles, hasta la corriente del Wartha.

Seguido de diez de mis camaradas, me dirigí a la oficina, o lo que fuera, de la Cheka.

Junto a la puerta había cuatro soldados de los suyos.

Dentro estaba el jefe, Mitia Voronev, que en sus malos tiempos fué sepulturero y luego presidiario. Libertado por la revolución, pasó de preso a carcelero.

Era un tío ruin, mal encarado. Algo así como un gato flaco, salvaje, sucio, viejo, pelado, que muerde y araña; pero huye sin hacer frente.

Aquel jefe, que ni leer sabía, era el espantajo de una ciudad de cien mil almas.

Habían cambiado los tiempos y las personas; pero los métodos de gobierno eran los mismos.

Y la inmensa mayoría de los ciudadanos continuaban sumisos y sujetos a la voluntad de unos pocos más osados.

Entré solo en el antro.

Me dirigí en derechura hacia Voronev y le dije:

—Vas a poner inmediatamente en libertad a dos mujeres que tienes presas.

El ruin felino bufó, aprestándose a morder y arañar.

—¿Desde cuándo tienes autoridad para mandarme?

—Desde ahora.

—¿Quién te la ha dado?

Di un paso hacia la ventana sin contestar.

Llamé a mis soldados.

En dos saltos estuvieron a mi lado.

—Coged y desarmad a esos granujas.

Cuando estuvieron sujetos, repetí:

—Pon en libertad a esas dos mujeres.

—No.

—Pegad un tiro a cada uno de ellos. ¡Vivo!

Voronev pidió perdón.

Resonaron dos disparos.

Salimos de aquella fementida casa. Llegamos a la cárcel, fracturamos las puertas y pusimos en libertad a todos los presos.

—¿Ha habido contrarrevolución?—preguntó uno.

—Calla, huye y ocúltate—respondí.

No se lo hizo decir dos veces.

Un momento después, Olga y Ana estaban a mi lado.

Antes que hubiesen podido saber lo que ocurría los telegrafistas y ferroviarios, habíamos roto los alambres de la estación y su jefe estaba en mi poder.

Di orden de formar un tren y de ponerlo en marcha media hora después hacia Elisavetgrad.

Allí estaban más de cuatro mil ukranianos levantados en armas contra los rusos. No hacían causa común con los alemanes ni con los cosacos. Obraban por su cuenta. Querían la libertad entera, completa; no la menguada que se les otorgaba desde Petrogrado y Moscou.

La revolución la habían hecho todos para todos. Ellos no querían someterse, después de quebrantar una tiranía,

a otra tiranía tan sangrienta y férrea como la anterior.

Allí sería recibido con los brazos abiertos.

Sería un ciudadano más de una república nueva.

Antes de subir al tren, fuí a casa de Kondrachenko.

Le encontré armado y a punto de marcha.

Katiuchka, sonriente como siempre, estaba a su lado.

—¡Buena la has hecho!—me dijo mi amigo.

—¿Por qué?

—Porque, como jefe del soviet de Poltava, he de matarte; y como no estoy dispuesto a hacerlo...

—¿Qué decides, pues?

—Marcharme contigo.

—¡Andando!

Los tres subimos a un auto desvencijado y roñoso y al cabo de pocos minutos estábamos dentro del tren, en el que ya habían tomado asiento mis soldados.

Mientras el tren atravesaba los campos que se extienden a la orilla izquierda del Dnieper, pregunté a Kondrachenko:

—No puedes figurarte cuánto me alegro de tenerte a mi lado; pero ¿me dirás por qué sigues mi suerte?

—¡Qué bárbaro eres, camarada!

—¡Gracias!

—¿No comprendes que no me quedaba otro recurso? Sabían todos los mandones que era amigo tuyo.

—¡A mucha honra!

—¿Cómo podía justificarme de haberte dejado abrir la cárcel y matar al canalla de Voronev y su compinche sin tratar de contener tus ímpetus? O fuí traidor o cobarde. Y no quiero pasar por una cosa ni por otra.

—Pero te expones a algo peor, mi pobre Iván Semenovitch.

—¿A qué?

—A que te fusilen.

—Ahora diré lo que me decías antes de cometer tu barrabasada.

—¿Qué es lo que dije?

—"¡Bah!"

Nos echamos a reír.

—Además, ahora ya puedo decirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que ya estaba harto de soviets, de Chekas y de ver aparecer a cada paso el espantajo del hambre.

—¿Y la pobre Katiuchka?

—La soga tras el caldero. Seguirá mi suerte, buena o mala. Ya tiene compañeras. Y dime, ¿qué vamos a hacer?

—Ver a Petliura.

—¿Y qué más?

—Combatir por la independencia de Ukrania.

—¿Y a los bolcheviks, de paso?

—¿Por qué no? Quizá logremos vencerlos.

—Lo dudo.

—Y yo también. Me he convencido de que, desgraciadamente, Rusia necesita estar gobernada por una mano de hierro. Stolypin u otro, ¿qué más da? Lenin lo sabe y obra en consecuencia. Los cosacos, nosotros mismos, cuando hayamos desertado la bandera roja, combatiremos sin entusiasmo, sin convicción. En cambio, los rojos pelean con furia y están dispuestos a dar su vida, del primero al último. ¿Por qué? Por dos motivos. Porque se les ha hecho creer que son libres, que nadie puede hacerlos esclavos ¡y lo son todos de los Comisarios del Pueblo! Nosotros sabemos que no podemos ser libres, a menos de que se subvierta la sociedad, a no ser que todos los hombres sean inteligentes, porque entonces serían buenos, y eso es imposible Unicamente se baten bien los hombres cuando creen

hacerlo por su libertad. Los hombres necesitan ser engañados. Y a nosotros no pueden engañarnos. He ahí porque no creo en el triunfo de Petliura.

—Tienes razón, Michenko. Pero no nos queda otro recurso.

—Sí; una vez libres, podemos pasar a Rumanía, de allí a Francia o a Inglaterra. Reina allí una libertad relativa...

—¿Y dinero?

—Llamad a una puerta y se os abrirá—contesté con solemne acento.

—O permanecerá cerrada.

—Todo es posible. Esperemos lo mejor. La Esperanza es la última diosa.

—Lo que siento de veras es que Katiuchka y Olga y Ana tengan que compartir nuestra suerte.

El tren se detuvo de pronto, a pesar de que allí no había ninguna estación.

Nos asomamos a las ventanillas.

Cerca de la vía estaban formados varios regimientos ukranianos.

Un grupo de jinetes que acompañaba a un hombre barbudo que vestía uniforme de general, se adelantó hacia el tren y gritó con recio acento:

—¿Quién es el jefe de estos guardias rojos?

Abrí la portezuela, salté en tierra y dije.

—Yo.

—¿Adónde vais?

—A presentarnos al general Petliura. Estamos hartos de bolcheviks. Soy ukraniano y mi compañero también. Deseamos combatir a vuestro lado.

—Bienvenidos. Haced bajar del tren a los soldados.

—¿Pueden conservar sus armas?

—Sí.

Bajaron todos de los coches y entonces Kursevo—que así se llamaba el general—nos dijo:

—Para ver a Petliura, es inútil que vayáis más lejos.

—¿Por qué?

—Porque está muy cerca.

—¿Dónde?

—En aquel bosque de pinos. Id allí y preguntad por él a los centinelas.

CAPITULO XXI

LOS UKRANIANOS

Tan pronto como estalló la revolución rusa, los agentes secretos de Alemania y Austria trabajaron con actividad febril para aprovechar las circunstancias favorables de aquellos días a fin de debilitar a Rusia de un modo irreparable. Podía venir una reacción. Nicolás II, su hijo Alejo o su hermano Miguel, quizá reinaran y quizá también quisieran permanecer fieles al tratado de alianza que firmara Alejandro III con Francia. Todo ello era posible. No debía serlo que Rusia se encontrara en situación de continuar la guerra.

¿Qué táctica se debía seguir? Puesto que el Imperio ruso era un conjunto de pueblos y razas distintas, los agentes de los Imperios centrales debían favorecer las tendencias particularistas de las diferentes regiones, cuyos habitantes no estaban bien asimilados a los rusos. Finlandia y las provincias bálticas, Ukrania y el Cáucaso y Georgia eran los puntos indicados para la propaganda separatista. Polonia ya se había cuidado de arreglarse por su cuenta. En el Cáucaso y en Georgia, los naturales de aquellos países no necesitaban ajenos estímulos. Como Polonia, trabajaron por su cuenta y tan pronto como los bolcheviks al-

canzaron el poder, se declararon independientes. Pero en Ukrania fué menester que los propagandistas alemanes obraran con energía y repartieran dinero e hicieran promesas de auxilio. Lo propio sucedió en Finlandia. Así los finlandeses y los ukranianos se declararon también independientes.

Como los bolcheviks no tenían bastantes soldados rojos para someter a tantas provincias y regiones, y como el ejército del Imperio había dejado de existir como tal ejército, tuvo que contentarse el de los revolucionarios con enviar algunos miles de soldados rojos a combatir contra los finlandeses, los cuales, después de porfiada lucha, que se distinguió por sus muchas alternativas favorables y adversas, consiguieron la absoluta independencia, que en malhora les arrebataran los emperadores de Rusia.

Por lo que hace a Ukrania, la situación no fué nunca clara. Invadida por los polacos y por los alemanes, tuvo que resistir con sus solas fuerzas, que eran bien menguadas, por cierto, el embate de esos enemigos. Como quería a toda costa su autonomía, cuando estuvo libre de enemigos exteriores, los bolcheviks quisieron someterla y le fué preciso oponerles resistencia. Por fortuna, aun el ejército rojo era poco numeroso para conseguir su intento; pero de todos modos, la lucha fué larga. Ahora, los cosacos complicaban la situación, y aquellas tierras ubérrimas, las mejores de Rusia y de Europa para la producción de trigo, amenazaban quedar asoladas.

En tal ocasión llegamos al campamento del general Petliura.

Yo conocía al general desde el principio de la revolución. Era un hombre amable y enérgico a un tiempo, instruído y nada fanfarrón.

Nos recibió con toda cortesía y amabilidad, dió las ór-

denes oportunas para formar un nuevo regimiento con los soldados rojos y más de cuatrocientos emigrados rusos que deseaban combatir contra los bolcheviks y me nombró coronel de la nueva unidad y teniente coronel a Kondrachenko.

La mayoría de los emigrados que el general puso a mis órdenes, eran soldados del antiguo ejército y algunos oficiales.

Me enteré de la procedencia y situación de cada uno de estos últimos, y los mejores, con permiso de Petliura, hice que recobraran el grado que tenían.

Ninguno se mostró reacio a servir a mis órdenes. La necesidad mandaba.

Entre mis nuevos subordinados había uno que fué un riquísimo propietario de Odessa. No podía volver allí porque los alemanes la ocupaban y él les aborrecía cordialmente; pero, a pesar de no poder cobrar un céntimo de las propiedades que tenía en Odessa, gastaba cuanto le venía en gana y favorecía a sus amigos y a todos los emigrados en general. Retiraba mes tras mes cuantiosas sumas del Banco de Inglaterra y nunca estaba desprovisto de metálico.

Sergio Rostov se convirtió en nuestra providencia.

A los pocos días de conocerla y tratarla, se enamoró perdidamente de Ana Savurin.

Le expliqué la precaria situación de ella y su hermana, con la que me iba a casar en breve. Al saber que, además de ser tan bella, era hija de un barin de vieja cepa, se aficionó más aun a la muchacha y se casó con ella el mismo día que yo lo hice con Olga.

Pasamos unos meses tranquilos. Bien lo necesitábamos, tanto Kondrachenko como yo, pues desde que empezó la revolución no habíamos disfrutado ni un día de calma.

Los nervios, sobreexcitados, nos producían un cansancio intolerable, un malhumor continuo, unas ganas de pelea, un ansia indecible de cataclismos y desastres. Creo que la mitad de los desafueros, cuando menos, cometidos por los revolucionarios de toda laya, de bolcheviks de toda especie, de comunistas de todo linaje, se debía a que casi todos ellos se encontraban dominados por una excitación semejante a la nuestra.

Al cabo de un mes de aquella vida sosegada, parecíamos otros hombres. El mismo Sergio Rostov se había transformado.

Kondrachenko, que era el más razonable de los tres, nos dijo un día:

—Parece que imagináis que ha terminado la revolución y que vamos a pasarnos la vida sin inquietudes y sin combates.

—Es lo probable—respondió Rostov.

—¿En qué te fundas para creer tal cosa?

—En que los bolcheviks están escarmentados y no intentarán nada contra Ukrania.

—Pues, te equivocas. Si conocieras, como los conocemos nosotros, a los jefes revolucionarios, no abrigarías esa esperanza. Todos ellos están contagiados del mal del proselitismo, y no cejarán hasta que su doctrina se propague por todas las antiguas provincias imperiales. Ellos quisieran que en Europa entera dominaran la hoz y el martillo...

—¡Claro!—exclamó riendo Rostov—. Ya sé por qué.

—Dilo.

—Para que todo el mundo trabajara y ellos pudieran holgar.

—Algo hay de eso. Pero, dejando de escudriñar motivos, vayamos a los hechos: quieren propagar sus doctrinas.

—¡Ya! Pero como nosotros no las acatamos y sabemos defender las nuestras, cree que nos dejarán.

—No. Es una tregua temporal y forzosa la que disfrutamos. Ahora no pueden combatirnos y nos dejan como olvidados. En cuanto sometan a los finlandeses y acaben con Denikin y Koltchak, no tengáis la menor duda, vendrán contra nosotros y habrá una carnicería horrible, tanto si nos sometemos como si no.

—¿Someternos?—dijo Rostov—. ¡Jamás!

—Bueno. Vamos a lo que importa.

—Tú dirás.

—Después de lo que hemos pasado y de lo que no queremos pasar, supongo que a vosotros, lo mismo que a mí, os tendrá sin cuidado lo que pueda sucedernos.

—Ciertamente.

—Pero hay que pensar en nuestras mujeres. ¿No habremos de buscar un medio para sustraerlas a las contingencias enojosas del porvenir?

—Sí.

—Ni Michenko ni yo tenemos dinero.

—Mientras tenga yo...

—Gracias.

—Soy comunista a mi manera, o, por decirlo mejor, como lo eran los cristianos. Doy lo que es mío; pero no se me ocurre tomar lo ajeno.

—Digo, pues, que tú puedes hacer lo que te venga en gana; pero nosotros no.

—Estoy dispuesto a seguir vuestra suerte. Decid lo que pensáis hacer.

—Por mi parte, combatir a los bolcheviks. Contribuí a la revolución porque aborrecía la tiranía y a los que la ejercían. Ahora tenemos nuevos tiranos. Es preciso derribarlos también. Mientras tenga aliento y tenga manos, pe-

learé. Tanto peor si pierdo la vida en la demanda. Y tú, Michenko, ¿qué piensas hacer?

—Recuerda que yo fuí quien te metió en este fregado...

—No; me salvaste de aquel infierno.

—Pues ya lo sabes; pelearé.

—Y yo, camaradas—declaró Rostov—. Yo tengo más motivos que vosotros para luchar contra los rojos. Iré donde vayáis y haré cuanto pueda para acabar con esa farsa sangrienta.

—Bien. Ahora que hay tiempo para pensar y para realizar lo que se decida, es preciso acordarse de nuestras mujeres. No pueden continuar aquí. ¿Adónde las llevaremos para que estén seguras?

Sin vacilar un punto, Rostov respondió:

—A Besarabia. Cerca de Kisinev, hay un pueblo, casi una aldea, Reutiks, donde tengo una propiedad. Allí vivirán Katiuchka, Olga y Ana. Siempre que sea posible, iremos a pasar unos días a su lado y cuando acabe la revolucin las traeremos de nuevo a Rusia. ¿Convenido?

—Sí; pero, ¿cómo nos las compondremos para el dinero que les es necesario?

—Soy rico aun. Me quedan más de trescientos mil rublos en Inglaterra y esa propiedad en Besarabia, que vale más de cien mil. Con esto hay lo suficiente para mí y para ellas durante cinco o seis años. Después... ya veremos.

Era lo único que se podía hacer.

Mucho les dolió dejarnos a las pobres muchachas; pero no había otro remedio para que no corrieran graves riesgos.

Así lo comprendieron, y cinco días después estaban instaladas en una inmensa casa de campo, rodeada de huertas y prados.

En lo sucesivo, Ana, que tan arrogante apostura te-

nía, iba a mandar como dueña en aquella posesión regia cuyos bosques llegaban hasta las orillas del Dniester.

Volvimos a Rusia, es decir, a Ukrania, tristes y satisfechos a la vez.

CAPITULO XXII

EL ASESINATO DE LA FAMILIA IMPERIAL

El 20 de agosto de 1918, estábamos Rostov y yo paseando por la calle mayor de Kremenchug, cuando se nos acercó un hombre de buen aspecto, joven aun, y saludó cariñosamente a mi compañero.

—¿De dónde sales, Puknik?

—De Siberia.

—¿Qué hacías allí?

—Ejercía de teniente del ejército rojo. Pero ya estaba harto y aquí me tienes.

—Y, ¿qué pasa por Siberia?

—Lo mismo que aquí: la ola roja. De fijo que no se sabe aún la gran noticia aquí.

—¿Cuál?

—La muerte de Nicolás II y de su familia.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El 16 de julio, por la noche. Fué algo espantoso, horrible.

—¿Sabes detalles?

—Sí; he hablado con uno de los guardias rojos de Ekaterinburg.

—¿Asistió él a la matanza?

—No; pero sí un compañero suyo.

—Cuéntanos eso.

—Ya sabéis que el gobierno de Kerensky ordenó que Nicolás II y su familia se trasladaran de Tsarkoie-Selo a Tobolsk. Kerensky declaró que tomaba tal medida porque debiendo proceder con mano firme contra los bolcheviks, ocurrirían choques armados que podían ser fatales para la familia imperial. Valía más que estuviera alejada del centro revolucionario y esperara en Siberia lo que la nación dispusiera acerca de ella. Otros afirmaban que aquel destierro obedecía a instigaciones de los bolcheviks, que temían que parte del ejército quisiera pronunciarse en favor de la vuelta del antiguo emperador.

Lo cierto es que el 14 de agosto de 1917, la familia imperial salió de Tsarkoie-Selo y llegó el 17 a Tiumen, que es la estación de ferrocarril más cercana a Tobolsk. Allí tomaron el barco "Russ" y al día siguiente, remontando el curso del río, pasaron por delante de la aldea de Rasputin y pudieron ver la casa del fementido staretz. Los marineros, riendo, indicaron a una de las grandes duquesas cuya había sido aquella casa que sobresalía entre las isbas. El 19 por la tarde, el Emperador llegó a Tobolsk.

Como no estaba aún preparada la nueva vivienda y en buenas condiciones, pasaron los imperiales unos días a bordo del buque en que hicieron la travesía, y el 26 se instalaron en el primer piso de la casa del gobernador, amplio y bien dispuesto. El séquito ocupó otra casa situada casi enfrente, al otro lado de la calle. Los soldados de guardia pertenecían a los regimientos de tiradores y vinieron con el ex emperador desde Tsarkoie-Selo.

La casa era espaciosa; pero en cambio, sólo tenía un patio angosto y una huerta pequeña. Por ésta o por aquél,

únicamente, podía pasear la familia imperial. Quince días después llegó a Tobolsk un delegado, Pankratov, que Kerensky enviaba para vigilar a los detenidos. Le acompañaba un adjunto. Ambos, aquél y éste, habían sido, durante el régimen imperial, deportados a Siberia, como lo era ahora la familia imperial. Pankratov era un hombre instruído y cortés. Su a látere, en cambio, se mostraba riguroso e impertinente siempre que podía, y una vez que el coronel que mandaba a los soldados le indicó ser supérflua una precaución que quería adoptar, respondió: "A eso nos obligaban a nosotros; que se fastidien ahora ellos."

Algunas veces, en las grandes festividades, se concedía permiso al ex emperador y a los suyos para asistir al templo, y aquel breve paseo producía sumo placer a las grandes duquesas y al gran duque Alejo.

Según explicaban algunos de los servidores de la familia imperial, lo que más dolía al ex emperador era no saber una palabra, o poco menos, de lo que ocurría en Rusia. Cartas, se recibía alguna, muy pocas, quizá porque se las interceptaba por el camino.

De todos modos, se supo que luchaban ya con empeño dos partidos contrapuestos, minimistas y maximistas, acaudillados por Kerensky y Lenin. Los más exaltados amenazaban acabar con los relativamente moderados. Y si aquello sucedía, el ex Czar comprendía que Rusia estaba perdida. Se alegró al saber que el general Kornilov había propuesto a Kerensky marchar contra la guarnición de Petrogrado y acabar con el maximismo en unas horas o perecer en el combate. Poco le duró la alegría, porque pocos días después, por el periódico local de Tobolsk, supo que aquella proposición de Kornilov sólo había servido para perder a quien la formulara.

Algún tiempo después, se enteró Nicolás II de que ha-

Pozo de mina donde fueron arrojados los restos de la ***familia imperial, después de la incineración***

Examinando los restos de una hoguera que se encontraron cerca del pozo de mina donde fueron arrojadas las cenizas ***procedentes de la incineración***

bían triunfado los bolcheviks y temió que aquella victoria repercutiera hasta Siberia y acarreara funestas consecuencias para sus deudos.

A mediados del mismo mes de noviembre, estuvo enferma de alguna gravedad la gran duquesa Tatiana; pero su juventud y el cuidado del médico de cámara, doctor Botkin, vencieron la dolencia.

Si los prisioneros sabían pocas noticias de Rusia y ninguna de Europa, los paisanos y los militares conocían por telegramas las más dignas de interés y seguían con todo cuidado la marcha de la revolución. Y como se acentuaba con el triunfo de los maximistas las tendencias a un radicalismo sangriento que tenía por objeto acabar con los nobles y los burgueses a fin de que no estorbaran en la dominación ya indiscutible del proletariado, sucedió lo que era de prever: que los mismos soldados que hasta entonces se habían mostrado indiferentes hacia la familia imperial, en lo sucesivo demostraron la antipatía que les inspiraba, no por cuenta propio, sino porque uno de esos hombres que gustan de levantar de cascos a la gente sencilla e ignorante, explicó a aquellos soldados que el ex emperador causó males sin cuento a su país y a su ejército, ya que lo enviaba a combatir sin que tuvieran armas para ofender y defenderse, ropa para abrigarse, provisiones para comer, y medicinas para curarse los soldados, a quien los ministros traidores lanzaban contra las líneas alemanas o austro-húngaras.

Al cabo de unos días de esas conferencias, la mayoría de los soldados que custodiaban a los Romanov habían constituído un soviet que por su propia cuenta vigilaba a los prisioneros e imponía al jefe de ellos, coronel Kobilinsky, su voluntad y las medidas que estimaba necesarias para evitar una posible fuga de los detenidos.

Las noticias que llegan al ex emperador, son cada vez más desastrosas. Los alemanes se han apoderado de Reval y Rovno y avanzan en todo el frente. Los bolcheviks se muestran decididos a firmar una paz a todo trance.

El coronel Kobilinsky entrega al ex emperador un número de los *Izvestia,* que dice textualmente, en un artículo político:

"Es necesario firmar la paz a costa de cualquier sacrificio. El pueblo la necesita y la salvación del pueblo ha de ser la ley suprema de todos los gobiernos. La guerra consume vidas y millones, para exclusivo provecho de los soberanos. Rusia está desangrada y pobre. Ya es tiempo de que se remedie su situación. Si los alemanes abusan en el momento de firmar la paz, en el pecado llevarán la penitencia: tarde o temprano pagarán su falta. Lo esencial es que mejore la condición del proletariado."

Pocos días después de saber tan desastrosa noticia, el soviet de los soldados decidió que Pankratov cesara en su cargo y que viniera un nuevo delegado de Moscou. El motivo de semejante cambio era que Pankratov no se mostraba bastante severo con el ex soberano y su familia.

A medida que en Petrogrado y en Moscou se acentuaba la persecución contra la gente ex acomodada, se conocía en Tobolsk el avance del bolchevismo por una infinidad de detalles que redundaban en molestia y luego en daño de la familia de Nicolás Romanov.

Un día se les antojó a los del soviet que los jefes y oficiales no debían llevar charreteras y, por lo tanto, que el ex emperador tampoco podía usarlas. Otro día acordaron que hasta en el paseo por el patio de la casa era necesario que uno de los soldados acompañara a Nicolás II y a su hijo. En una ocasión advirtieron que permitir que comieran los detenidos manteca y caviar era un derroche,

y desde entonces no se volvió a servir en la mesa ninguna de aquellas dos aristocráticas substancias.

A consecuencia de la desmovilización del antiguo ejército, el 15 de febrero los soldados del cuarto regimiento de tiradores, que estaban custodiando a la familia imperial, desde que salió de Tsarkoie-Selo, fueron licenciados y en su lugar llegaron otros que no se portaron nunca con la benevolencia de aquéllos.

Pocos días después, el coronel Kobilinsky recibió un telegrama de Moscou, diciendo que: "Desde primero de marzo, Nicolás Romanov y los suyos deberían contentarse con la ración de un soldado y que cada individuo de la familia recibiría 600 rublos mensuales, sacados del interés de su fortuna personal."

A causa de esa reducción de renta, fué preciso despedir a diez criados de los que acompañaron al ex Czar a Siberia. Lamentáronse los despedidos cuando debían de alegrarse, pues, probablemente aquel despido les salvó la existencia.

Durante el mes de marzo continuaron las vejaciones. Se habló en Tobolsk de un proceso que en breve se incoaría contra Nicolás II por delito de lesa patria. Pero nada de ello fué cierto.

A primeros de abril, por orden de Moscou, hubo un minucioso registro en las habitaciones de la familia imperial, sin que se encontrara nada sospechoso. Los que lo practicaron apoderáronse del puñal que llevaba Nicolás II en el cinto cuando vestía el uniforme de cosaco.

El 23 del mismo mes llegó a Tobolsk el nuevo delegado del gobierno de Moscou. Llamábase Yakovlev. Visitó toda la casa, se enteró de los detalles de la existencia que llevaban allí Nicolás Romanov y sus deudos, y comprobó, en

compañía de su adjunto, que Alejo Romanov estaba en cama a consecuencia de un fuerte ataque de hemofilia.

En aquella visita, el delegado anunció que venía expresamente de Moscou para llevarse consigo al ex emperador; añadió que no se trataba de causarle el menor daño, y que si alguien quería acompañarle, no se opondría a ello.

La ex emperatriz, después, de muchas dudas, porque le duele dejar a su hijo enfermo, decide que acompañará a su esposo, dejando que sus hermanas mayores cuiden de Alejo Nicolaievitch. La menor de las hijas, María Nicolaievna, parte con sus padres.

Después de despedirse de sus hijos y compañeros de cautiverio, Nicolás Romanov, su mujer y su hija María suben a un *tarantáss* (1), a las cuatro y minutos de la madrugada, marchan de Tobolsk hacia... donde sólo el delegado sabe y no dice.

Luego se supo que el soviet de delegados del pueblo había acordado, a instancias del gobierno alemán, que la familia imperial se trasladara a Moscou, y que el comisario Yakovlev tenía orden de cuidar de que se realizara aquel traslado, pero que al llegar a la estación de Ekaterinburg, casi al pie de los montes Urales, los guardias rojos rodearon el tren y no permitieron que siguiera su ruta. Encerraron en la cárcel no sólo a Nicolás II, a su mujer y a su hija, sino también a los soldados del segundo regimiento de tiradores que les acompañaban. Estos fueron puestos en libertad dos días después.

Al ex emperador se le llevó desde la cárcel a una casa particular y allí se le dejó bajo la vigilancia de los guardias rojos.

Las tres grandes duquesas y el gran duque Alejo reciben orden de marchar a Ekaterinburg. Les acompañan los

(1) Carro sin muelles que usan los campesinos.

doctores Derevenko y Botkin, el príncipe Dolgoruky, el general Tatichtchev, la condesa Hendrikov y la señorita Schneider, el señor Gilliard, profesor del ex príncipe imperial, un ayuda de cámara, un cocinero y un marmitón, que fué el único a quien se perdonó, en razón de no haber cumplido aún trece años.

Al llegar a Tiumen, el 22 de mayo, se separó de las grandes duquesas a la baronesa de Buxhoeveden y al doctor Derevenko y al profesor del gran duque Alejo.

Mientras éste y sus hermanas, juntamente con el marinero Nagorny y Sedniev, el marmitón, se dirigían en busca de los ex soberanos, los otros viajeros que formaban parte del séquito volvieron hacia Tiumen, donde fueron libertados el 20 de julio por la llegada de las tropas "blancas" del almirante Koltchak, que tomaron la ciudad. El 25 fué tomado Ekaterinburg y se supo en Rusia entera que en esta ciudad había unos pasquines en las esquinas diciendo que "la sentencia de muerte pronunciada contra el ex Czar Nicolás Romanov fué ejecutada durante la noche del 16 al 17 de julio, y que la ex emperatriz y sus hijos fueron evacuados y puestos en lugar seguro".

CAPITULO XXIII

EJECUCIÓN E INCINERACIÓN

—Hasta ahora—prosiguió diciendo el teniente Puknik —no se ha podido saber a punto fijo si la muerte de la familia imperial se debió a una orden del gobierno ruso o si verdaderamente fué obra del soviet del Ural, más exaltado cuando ocurrió la matanza que en tiempos normales. Sabían las tropas rojas y el soviet y las demás autoridades bolcheviks de Ekaterinburg que las divisiones de checoeslovacos y los voluntarios de Koltchak se acercaban a marchas forzadas. Veían que el poder se les escapaba de las manos y antes de entregarlo quisieron acabar con el ex emperador, cuya presencia en las filas del ejército reaccionario hubiese dado a éste mayor prestigio en su marcha hacia Occidente.

Cuando el almirante Koltchak se hubo apoderado de Ekaterinburg y de algunos de los que tomaron parte en la matanza, fué fácil descubrir de qué modo ocurrió el hecho sangriento; pero no hubo manera de averiguar de dónde partió la iniciativa de matar a Nicolás II. El gobierno de Moscou no quiso que se le atribuyera tal acto y negó en redondo que hubiera dado órdenes para ejecutarlo; los que formaban parte del gobierno del Ural, echaron la culpa

a Moscou y así ha quedado hasta ahora envuelto en el mayor misterio el origen del hecho.

En cambio, gracias a una información detallada que emprendió por orden del almirante Koltchak el juez Sokolov, se pudo conocer casi en sus detalles todos la tragedia, y quedó evidenciado que no solamente pereció Nicolás II, sino todos sus hijos y su esposa, que los miembros del gobierno del Ural pretendían haber ocultado únicamente a fin de que no pudiesen servir de pretexto para una guerra civil.

He aquí, brevemente resumido, lo que resulta de la información abierta por el juez Sokolov y que se prolongó durante muchos meses, a causa de las precauciones minuciosas adoptadas por las autoridades soviéticas para ocultar la verdad.

El 30 de abril de 1918 fueron conducidos el ex emperador, la ex emperatriz y la gran duquesa María a una casa de Ekaterinburg, en la que habitaba un comerciante llamado Ipatiev, que fué arrojado de ella, a pesar de ser su propietario. La casa se rodeó de una cerca de madera que llegaba a la altura del segundo piso. Acompañaron a la familia imperial en esa casa, el doctor Botkin y tres criados: Ana Demidova, camarera de la ex Czarina, Tchemadurov, criado del ex emperador y Sedniev, ayuda de cámara de las grandes duquesas.

Durante los primeros días custodiaban la residencia de los presos soldados rojos, que se relevaban a menudo. Después fueron substituídos por obreros armados, conocidos por su adhesión a las ideas soviéticas. Estaban a las órdenes de un comisario, Avdiev, furibundo revolucionario y borrachín contumaz.

Tres semanas más tarde, el 23 de mayo, llegaron a Ekaterinburg el ex príncipe imperial y las grandes duquesas,

que fueron encerradas en la misma casa que sus padres. Iban con ellos cuatro criados más. Uno de los que estaban en la casa de Ipatiev, el ayuda de cámara de Nicolás II, enfermó y fué llevado al hospital, donde le olvidaron los rojos, y gracias a ello conservó la vida cuando la perdieron sus compañeros y sus amos. Tchemadurov fué quien una vez puesto en libertad por los blancos, dió detalles acerca de lo que sucedía en la cárcel improvisada y de lo que pensaba Nicolás Romanov acerca del fin de su cautiverio.

Una tarde, hablando con su esposa y con el doctor Botkin, como la ex emperatriz se mostrara temerosa de que se les condenara a muerte o se les asesinara, Nicolás II pronunció éstas o parecidas palabras, que quedaron grabadas en la mente de su servidor:

"—Todo es posible en este mundo, y el estado a que nos vemos reducidos nosotros, después de haber sido dueños de Rusia entera, lo prueba. Pero cuando no se nos ha encausado y condenado hasta ahora, es poco probable que se haga en adelante. ¿Asesinarnos? Sería un crimen inútil. El gobierno rojo parece que se afianza. Cuando no tenga que temer una reacción, nos dejará en libertad, desterrándonos."

Pero mientras esperaban la hora de la libertad, tenían que soportar mil vejaciones e impertinencias.

En la casa de Ipatiev vivían, además de la familia imperial, Avdiev, su adjunto Mochkin y tres o cuatro obreros. El resto de éstos habitaban en los sótanos; pero cuando se les antojaba entraban en la habitación de los presos y lo revolvían todo brutalmente, sin dar explicación alguna de su conducta. Avdiev, Mochkin y los cuatro obreros, comían, lo mismo que los criados, en la mesa de los

ex emperadores, que se veían obligados a soportar toda clase de groserías.

La casa se había convertido en una fortaleza. Había centinelas en el interior y en el exterior, ametralladoras en algunas ventanas de la planta baja y de día en día aumentaba el número de soldados que se albergaban en ella.

El día 4 de julio, a consecuencia de haber notado que Avdiev y Mochkin no se mostraban bastante rigurosos en el cumplimiento de su deber de carceleros, fueron revocados y substituídos por Yurovsky y Vikulin, éste adjunto de aquél. La guardia de obreros armados fué trasladada a una casa contigua y con Yurovsky, que era judío, se posesionaron de la casa-cárcel diez soldados, casi todos prisioneros de guerra austro-húngaros, escogidos entre los sicarios de la Cheka.

Yourovsky sale algunos días a caballo y hace largas excursiones de la ciudad, buscando un sitio adecuado para hacer desaparecer los restos de las víctimas que se propone inmolar. El día 15 da órdenes de que el lacayuelo Leónidas Sedniev, que no ha cumplido aún trece años, abandone la casa de la familia imperial y vaya a aquella donde están los obreros soldados. Al día siguiente, al anochecer, da orden de que le traigan los doce revólveres de que disponen los soldados-obreros. A Medviedev, que es quien le entrega las armas, le anuncia que aquella noche morirán todos los presos y le encarga que lo comunique a los soldados.

Minutos antes de media noche del 16 al 17, Yurovsky penetra en las habitaciones de la familia imperial y de los servidores y les ordena que se preparen a seguirle, pretextando que hay motines en la ciudad y que estarán más seguros en las habitaciones de la planta baja. La familia imperial, el doctor Botkin, Ana Demidova, Kharitonov y

Trup son conducidos a una habitación de la planta baja que da al callejón Vosnessensky.

Allí aguardan más de media hora. De pronto penetra en la habitación Yurovsky, acompañado de los comisarios Ermakov y Vaganov, de Medviedev y siete soldados austrohúngaros. Yurovsky dice al emperador: "Los vuestros han querido salvaros; pero no lo han logrado y nos vemos obligados a mataros." Y dispara a quemarropa contra Nicolás II, que cae muerto. Suena entonces una descarga general. Casi todas las víctimas han muerto; pero el príncipe gime aun; Yurovsky lo remata. La gran duquesa Anastasia y Ana Demidova respiran todavía. A bayonetazos se acaba con ellas.

Después de quitar las alhajas que conservan las víctimas, éstas son llevadas a un camión que espera delante de la puerta. El fúnebre carro y su séquito se dirigen hacia un bosque de los alrededores. Hay en él un claro. Vaganov, a caballo, precede a los demás, para que nadie se entere de lo que van a hacer.

Es de noche aun cuando el camión llega al calvero. Echan al suelo los cadáveres, que son desnudados en parte. Entonces los comisarios descubren algunas joyas que las grandes duquesas llevaban ocultas bajo los vestidos. Se apoderan de ellas los victimarios; pero algunas quedan en el suelo, son pisoteadas y desaparecen entre el barro. Los cuerpos, después de troceados, son echados a grandes hogueras, cuyos elementos se habían preparado de antemano. Las cabezas y grandes huesos son destruídos con ácido sulfúrico. Durante diecisiete horas Yurovsky y Ermakov y Vaganov trabajan para hacer desaparecer las huellas de las hogueras y de los restos humanos (1).

(1) Estos detalles los explicaron en sus declaraciones Medredico, Yakimov y Proscuriakov. Los dos primeros asistieron al asesinato. El tercero tou pero formaba parte de la guardia de la casa-cárcel.

El día 20 de julio se avisó, por medio de un bando, a los ciudadanos de Ekaterinburg, la muerte del ex Czar.

El 25, los diarios de Perm publicaron esta declaración:

DECISION

del Presídium del Consejo regional de los diputados obreros, campesinos y guardias rojos del Ural:

Considerando que las partidas checoeslovacas amenazan la capital roja del Ural, Ekaterinburg; considerando que el verdugo coronado puede escapar a la justicia del pueblo (se acaba de descubrir una conspiración de los guardias blancos para libertar a la familia Romanov), el Presídium del Comité regional, en nombre del pueblo y por su voluntad soberana, ha decidido: el ex Czar Nicolás Romanov, culpable ante el pueblo de innumerables crímenes sangrientos, será fusilado.

La decisión del Presídium del Comité regional ha sido ejecutada la noche del 16 al 17 de julio.

El Presidente del Consejo regional de los diputados obreros, campesinos y guardias rojos del Ural

DECISION

del Presídium del Comité ejecutivo central de todas las Rusias, del 18 de julio:

El Comité ejecutivo central de los diputados obreros, campesinos, guardias rojos y cosacos, por la persona de su presidente, aprueba la acción del Presídium del Consejo del Ural.

El Presidente del Comité ejecutivo central: *Y. Sverdlov.*

CAPITULO XXIV

PRESOS EN RUMANÍA

Lenin y Trotsky han reconocido, después de sostener una lucha enconada con los finlandeses, que *le bout ne vaut pas la chandelle.* Finlandia es una región pobre, poco poblada; tiene un clima riguroso; no será nunca una provincia rica y feraz. La quieren sus hijos, como quiere su choza el aldeano; pero una nación inmensa como Rusia no tiene necesidad de una región casi polar.

Es mucho mejor dedicarse a la reconquista de las tierras negras que a recuperar las tierras blancas. Se firma la paz con Finlandia, se aumenta el ejército rojo, Trotsky en persona marcha hacia el Sur. Quiere a toda costa acabar con los ejércitos de la reacción y lograr que Ukrania, que tantos puntos de contacto tiene con los demás rusos, deje de formar una nación aparte. Un día u otro ha de llegar la regeneración de Rusia, y ese día han de estar unidas, formando un haz compacto, todas las provincias conquistadas a los turcos, todas las tierras en que se hablan lenguas que tienen parentesco con las de la antigua Grecia. Hay otro motivo más poderoso para anhelar la posesión de Ukrania. Ninguna tierra rusa ni europea es tan fértil como la que riegan el Dnieper, el Dniester y sus afluentes.

Envían por delante una legión de agentes secretos provistos de dinero en abundancia para que preparen el terreno a fin de que cuando lleguen las tropas rojas no topen con la mala voluntad de todos los ukranianos, porque si tiene Trotsky arrestos y fuerzas para dominar los tropas de Petliura, sabe que no podrá vencer de un modo definitivo si se ve obligado a luchar contra la animadversión de todo un pueblo numeroso y rico.

Esos agentes penetran también en Rumanía, para ver si en esa nación se olvida el odio que sienten sus habitantes contra Rusia desde que el malvado Schturmer, el ministro hechura de Rasputin, abandonó a los rumanos, después de hacerles declarar la guerra a Alemania y hacer que Mackensen y Falkenhayn aplastaran su ejército y se apoderaran de sus ciudades.

Conocedores del peligro que amenazaba a nuestra patria, Kondrachenko y yo hicimos hasta lo imposible por organizar la defensa de Ukrania y conseguir que nuestro ejército estuviese en condiciones de contender sin desventaja contra el rojo, cosa un tanto difícil por cuanto los rojos marchaban a la pelea con ardimiento y esperanza, y nuestros soldados solamente por pundonor y para que nadie pudiera imaginar que eran malos patriotas. Estaban todos cansados de invasiones y guerras. Desde que empezó, en 1914, la peela, habían padecido las consecuencias desastrosas de ella y conocido luego los horrores de la invasión. A pesar de ello, contábamos poder defendernos y aun vencer. En realidad, ignorábamos cuanto se había hecho durante los seis últimos meses en Moscou.

Dividido el trabajo entre los comisarios del pueblo, y más aun, entre la Administración, la Cheka y los directores de la situación, Lenin tuvo tiempo para estudiar y legislar, y Trotsky para organizar el ejército rojo hasta lle-

gar a hacer de él un instrumento de suma eficacia. El que sólo leía las noticias que de esas tropas daban los periódicos extranjeros, no sabía la verdad ni a medias.

Decían esos periódicos que el núcleo del ejército rojo se componía de chinos y mongoles, lo cual era una equivocación, pues esos chinos y mongoles sólo estaban a las órdenes de la Cheka, que tenía sus soldados propios. Pero ninguno de ellos, ni uno siquiera, sirvió jamás para batirse contra los reaccionarios ni contra los extranjeros. Aseguraban que carecía por completo de disciplina y de entusiasmo. Lo propio afirmaban cuando la revolución francesa los periódicos de Inglaterra y Alemania, y quedaron pasmadas cuando aquellas tropas *sans culottes* y bisoñas derrotaron en Valmy a las mejores europeas, a las prusianas.

En sus acometidas contra Wrangel, demostraron los rojos que sabían batirse y que disponían de armas y municiones en abundancia. Por eso los que habíamos estado en sus filas temíamos luchar con ellos y nos preparábamos para combatirlos.

Mientras esperábamos la primera acometida de los rojos, recibió Sergio Rostov una carta del administrador de su propiedad de Reukits—la aldea donde estaban Ana, Olga y Katiuchka. Decía así:

"Camarada Sergio Rostov: Siento comunicarte una noticia desagradable. Ayer, por orden del gobernador, fueron detenidas tu esposa, su hermana y la esposa del teniente coronel ukraniano Kondrachenko, que vive con ellas en tu finca del distrito de Kischinev.

"Se verificó un detenido registro en la casa, sin que los agentes pudieran llevarse otra cosa que algunos libros y las cartas que procedían de ti y de los maridos de las otras dos detenidas.

"Como supongo que lo ocurrido es efecto de una equivocación lamentable, creo que será fácil hacerla patente; pero, de todos modos, es preferible que procures evidenciarla, para evitar molestias a esas señoras y temores a ti y a tus amigos.

Fernando Rodescu."

Era Sergio Rostov hombre impresionable en grado sumo.

Apenas hubo recibido esa carta, corrió desalado en busca de nosotros y nos la enseñó.

El susto fué mayúsculo por parte nuestra; uno de esos sustos que cuesta digerir.

—¡Maldición!—exclamó Kondrachenko.

—¿A qué se deberá eso?—interrogó Rostov con angustia.

Yo no dije una palabra: reflexionaba.

Aun cuando la carta no lo mentaba siquiera, por no saberlo sin duda el autor de ella, era evidente que la detención de las tres mujeres se debía a una delación.

Como no se las podía acusar de ningún delito de derecho común, lo más probable es que su detención obedeciera a que se las hubiese atribuído ser agentes de alguna intriga política, y en tal caso, y dadas las circunstancias anormales en que se hallaba Rumanía, lo mismo que Ukrania y Rusia, la detención amenazaba prolongarse si nadie se interesaba por la suerte de aquellas infelices mujeres.

Pero, ¿quién podía tener interés en acusarlas, para que pasaran unos meses en la cárcel, padeciendo lo indecible?

Nadie, que yo supiera. Y, sin embargo, la policía rumana no hubiese procedido al arresto y registro sin que alguien hubiese acusado con visos de verosimilitud.

De pronto creí adivinar la verdad.

Sí, no podía ser otra cosa. Nadie más que él era capaz de inventar un embuste tan desastroso.

Vassia fué el criminal. Su naturaleza rencorosa le había sugerido aquella treta infame.

No podía vengarse de mis insultos y amenazas desde que abandoné las filas del ejército rojo.

No tenía manera de herirme en lo vivo.

Unicamente pagando a un asesino le hubiese sido fácil vengarse. Pero un asesino le costara mucho dinero, y el que mata por cuenta ajena es generalmente cobarde y no toma con empeño el cometido que se le ha encargado.

Corría, pues, el riesgo de gastar bastante dinero y no lograr que yo desapareciese del reino de los vivos.

—¿Qué demonios piensas?—preguntó Kondrachenko.

—Que es necesario ir cuanto antes a Kishinev.

—Hay que pedir permiso.

—Yo mismo iré a ver al general Petliura y le explicaré lo que ocurre. Como la ofensiva de los rojos no empezará por ahora, me dejará marchar.

—Es probable; pero, ¿a qué se debe esa campanada de la policía rumana?

—Apostaría cualquier cosa que es obra de alguna trama tenebrosa inventada por Vassia.

Kondrachenko respondió al punto:

—Sí, nadie más puede tener interés en fastidiarte. ¡Canalla! Pero, ¿tengo yo que ver contigo ni con Olga? ¿Por qué ha denunciado también a mi mujer?

—Un hombre como él, goza haciendo daño. Tú, lo mismo que yo, has desertado del campo bolchevik. ¡Ahí tienes!

Rostov preguntó a su vez:

—¿Quién es ese Vassia?

—Un mal bicho, inteligente y que tiene influencia en

Moscou. Se enamoró de Olga y al saber que yo me he casado con ella, ya que no puede lograr lo que intentaba, se venga. Antes de morir su padre, asesinado por orden de ese miserable, había tratado de sacarle dinero. Como no pudo lograrlo, guarda rencor a las dos hermanas.

—¿Dónde está ese hijo de perra?

—En Moscou.

—¡Que se guarde de mis manos!

—¡Y de las mías!—repliqué yo—. Dos veces he estado a punto de pegarle un tiro. Si algún día se pone al alcance de mi mano, juro que aunque esté rodeado de sicarios, le mato.

Y añadí, al cabo de un momento:

—Vamos a lo que importa. Ante todo, hay que lograr que se liberte a nuestras mujeres. Voy a pedir permiso al general.

Media hora después, Petliura me lo había dado, a mí y a mis dos compañeros.

Volví al lado de éstos, que me esperaban impacientes.

Por el camino, había reflexionado.

Pensé en lo astuto y sañudo que era Vassia, y en que todo se podía temer de él.

Es indudable que habría pensado que tan pronto como supiéramos la mala nueva nos pondríamos en camino. Y que nos hubiera preparado una celada.

Si los tres caíamos víctimas de ella, quedaba dueño del campo.

Eso debía evitarse a toda costa.

Cuando estuve reunido con mis camaradas, preguntó Rostov:

—¿Tienes el permiso?

—Sí.

—¿Para todos?

—Sí. Pero Kondrachenko se queda aquí.

—¿Por qué?—exclamó éste con extrañeza.

Le expliqué lo que había pensado. Debía quedarse entre los ukranianos para vengarnos si perdíamos nosotros la vida y para salvar a las infelices mujeres.

—De ese manera—dije—tienen ellas mayores probabilidades de quedar libres y Vassia de recibir su merecido.

—Id tranquilos—respondió Kondrachenko.

Pasamos la frontera de Rumanía sin que se nos molestara apenas.

Se nos pidió el pasaporte y nada más. Continuamos tranquilamente hasta la estación de Kishinev.

Allí debíamos apearnos y nos apeamos. Salimos precipitadamente de la estación. Queríamos adquirir noticias de nuestras mujeres y de Katiuchka.

Junto a la puerta de la estación, había dos oficiales de policía montada. Algo más lejos, un grupo de soldados del mismo cuerpo.

Cuando pasábamos junto a los dos oficiales, uno de ellos nos detuvo con un ademán.

—¿Qué hay?—pregunté parándome.

—¿Es usted Vladimiro Michenko, coronel del ejército rojo de Rusia?

—Soy Vladimiro Michenko, coronel del ejército de Ukrania.

—Y el señor, ¿es Sergio Rostov, capitán del ejército rojo?

—Me llamo así—respondió mi compañero—pero tengo ese grado en el ejército ukraniano.

—Perfectamente. Sírvanse venir con nosotros.

—¿Se puede saber adónde?

—A la cárcel.

—¿De qué se nos acusa?

—Lo ignoro.

—¿Puedo enviar un telegrama a Kiev?

—No sé. Todo depende de lo que dispongan los que han de juzgarles a ustedes. Nosotros sólo tenemos orden de detenerlos y no autorización para otra cosa.

Era inútil insistir. Se debía acatar la consigna.

Llegamos a la cárcel, que era un edificio viejo, casi ruinoso, destartalado. En el techo de mi celda, o lo que fuere, había goteras, en la pared, grietas. No era habitación muy segura para guardar a un preso.

Se me sirvió una comida nada apetitosa y dormí casi en seguida, pues a nada conducía desesperarme.

Lo que más sentía era que me hubiesen separado de mi amigo; pero así era.

Al día siguiente comparecí, custodiado por dos agentes, a presencia de un juez militar. Era un comandante de edad provecta, severo, envarado.

Esperé a que me preguntara.

Viendo que yo no me decidía a romper el silencio, habló él:

—Dijo usted ayer a los oficiales que le detuvieron que era coronel del ejército ukraniano.

—Sí, señor.

—No son éstas las noticias que yo tengo. Creo que es usted coronel del ejército rojo y que ha venido aquí en calidad de agente de propaganda comunista.

—He venido exclusivamente con el objeto de deshacer un error lamentable en que ha incurrido la justicia rumana.

—¿Y ese error...?

—Consiste en haber detenido a mi esposa Olga Savurin, a la esposa de mi amigo y compañero de armas Sergio

Rostov, a quien ayer se detuvo al mismo tiempo que a mí, y a Catalina Sukonov, mujer del teniente coronel Iván Kondrachenko, antiguo gobernador de Poltava y en la actualidad segundo jefe del regimiento ukraniano cuyo mando tengo.

La tranquilidad con que dí esta expilcación, parece que produjo efecto en mi interlocutor; pero no el que yo esperaba, sino todo lo contrario.

Me miró frunciendo el ceño, y dijo:

—Ya me habían dicho que era usted hombre de cuidado, y veo que no se me engañó. Pero le advierto que nada sacará usted de empeñarse en embaucarme. Pierde usted el tiempo.

—No pretendo engañarle. Me limito a exponer un hecho y a contestar a sus preguntas.

—¿De modo que no quiere usted confesar que es amigo de Trotsky y conocido de Lenin?

—Conozco a los dos; pero eso no obsta para que sea lo que le he dicho a usted.

—Bien. Tenemos medio de averiguar la verdad.

—Lo celebro, porque eso implica que reconozcan su error y me pongan en libertad. Entretanto, ¿puedo telegrafiar a Kiev?

—No, señor.

—¿Puedo pedirle que me dé usted noticias de mi esposa y de las dos señoras que fueron detenidas al mismo tiempo que ellas?

—No, señor. Confiese que es usted agente del gobierno de Moscou...

—Es imposible que confiese lo que no es cierto.

—En tal caso, nos pasaremos de su confesión.

Tocó un timbre y dijo a los dos agentes que se presentaron:

—Vuelvan al calabozo a este hombre.

* * *

Llegué furioso a mi celda, pero sin encontrar manera hábil de mejorar mi situación ni la de mi amigo.

No había otro remedio que esperar. Tenía la seguridad de que no peligraba mi vida, porque, al fin y al cabo, en Rumanía no reinaba la anarquía y se guardaba respeto a las leyes.

Por lo mismo tenía la seguridad de quedar en libertad en cuanto se reconociera el error de que éramos víctimas. Pero nadie me quitaba lo padecido. Sólo me consolaba la seguridad que tenía de vengarme del miserable que tantas desdichas me acarreara.

Vassia quedaba condenado a muerte desde aquel instante. Tan pronto como yo volviera a Moscou, se ejecutaría la sentencia.

FIN

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
I.—Estalla la guerra	15
II.—La retirada	23
III.—Rasputin	30
IV.—Muerte de Rasputin	43
V.—La revolución	53
VI.—La abdicación	61
VII.—Jornadas revolucionarias	69
VIII.—De Kerensky a Lenín	77
IX.—Los Tchinovniks	95
X.—Un secretario modelo	104
XI.—El prestigio de los guardias rojos	113
XII.—La Ve-Tche-Ka	120
XIII.—Fedor Kristal	126
XIV.—La venganza de Vassia	134
XV.—En Poltava	148
XVI.—La revolución y los revolucionarios	157
XVII.—Las dos hermanas	163
XVIII.—Como estaba Rusia	168
XIX.—Olga en la cárcel	183
XX.—Liberto a Olga	190
XXI.—Los Ukranianos	199
XXII.—El asesinato de la Familia Imperial	206
XXIII.—Ejecución e incineración	214
XXIV.—Presos en Rumanía	220